# EL LUJO

## NOVELA DE COSTUMBRES

ORIGINAL

DE

**ÁNGELA GRASSI**

PALMA
TIPOGRAFÍA CATÓLICA BALEAR
1886.

# ÍNDICE


| | Págs. |
|---|---|
| I. | 5 |
| II. | 34 |
| III. | 59 |
| IV. | 85 |
| V. | 110 |
| VI. | 130 |
| VII. | 155 |
| VIII. | 180 |
| IX. | 196 |

# EL LUJO

## I.

Bello es contemplar el nacimiento del sol desde la estrecha ventana de nuestro aposento; pero es mucho más bello contemplarlo en las orillas del mar, cuando el astro rey parece levantarse del fondo azulado de las aguas; ó en medio de los campos, cuando sube pausadammente por detras de los montes de esmeralda, y se muestra de improviso en todo su esplendor, tornasolando de púrpura y de oro los aéreos ropajes de la aurora.

Por detras de los agrestes picos que rodean á Motril subia el sol pausadamente en una mañana de Mayo de 1856, y sus primeros rayos se deslizaban aquí y allá, ju-

gueteando sobre la fértil vega, dorando los vetustos edificios de la ciudad morisca y la lejana playa, en donde las ondas del Mediterráneo se agitan y murmuran.

Era, como acabo de indicaros, en una hermosa mañana del mes de Mayo, del mes de las flores, las auras y los sonoros ecos. Nacía el sol, y del bosque, del valle, de los cóncavos peñascos, se alzaban dulces é inefables armonías, que iban á espirar entre el murmurio de las ondas, entre los suspiros de la brisa, para reproducirse luego con más vigor, convirtiéndose progresivamente en mágicos himnos de júbilo, elevándose progresivamente hasta las copas de los árboles, mecidas por el viento, yendo, por último, á confundirse con las armonías de los cielos.

Imposible es que haya en la naturaleza otro cuadro más bello que el que allí se ofrece á las miradas; pero, aunque sea tan bello aquel paisaje, aunque sea tan fértil aquella vega, enclavada entre los ásperos montes que la cercan en forma de herradura, y aunque la ciudad ostente magníficos edificios, no quiero que fijeis vuestra atencion, ni sobre la ciudad, ni sobre la vega, ni sobre

el lejano mar; quiero que contempleis únicamente, allá, sobre el alto pico de Lujar, aquellas dos casas que se elevan, la una sobre la cúspide, la otra á mitad del cerro: la primera, de piedra sillar y elegante arquitectura, coronada por siete torrecillas, rodeada de jardines y con escudos de armas esculpidos en las puertas y ventanas: la otra, de ladrillo negruzco, con el techo cubierto de tejas largas y desquebrajadas, con aperos de labranza, pendientes de las paredes del ancho portalon, por únicos blasones.

Nace el sol, y en la de abajo todo es movimiento y algazara: en la de arriba, aunque nazca el sol, y aunque derrame sobre ella sus puros rayos de oro, estos no pueden deslizarse al traves de las celosías para sorprender á los perezosos, que duermen sobre su lecho de plumas.

El patio de la primera se llena instantáneamente de criados, que cantan, rien y vocean. De los mozos, el uno llama á las tímidas ovejas para conducirlas al pasto, el otro unce las mulas al arado, el otro empuña la hoz para despojar á la selva de sus galas. De las mujeres, la una cuida de que en el hogar serpentee la llama amiga para

disponer el almuerzo, la otra corre á arrebatar á las gallinitas sus preciados huevos, y la tercera amasa el pan.

Una jóven blanca y sonrosada, de leve talle, de diminuto pié, preside á estos trabajos matutinos, y da órdenes con voz clara y precisa.

¡Parece una hermosa flor descollando entre zarzales!

Pasa rápidamente el tiempo que se consagra al trabajo.

El sol había dejado ya muy atras los bellos cambiantes del Oriente, cuando los mozos, saliendo uno á uno, dejaron el patio desierto.

Entónces la jovencilla, levantando la cabeza como para llamar á alguno que estuviese en los aposentos superiores, gritó con acento de reproche.

—¡Márcos, Márcos!

Abrióse una ventana, y se asomó á ella un bello jóven, de ojos negros y de negra y rizada cabellera.

Al ruido que hizo la ventana al abrirse se precipitaron en el patio, por un lado una jaca blanca como la nieve, por otro toda una trahilla de perros, ladrando de alegría.

—¡Hé aquí á tus compañeros que te llaman, perezoso!—dijo la niña sonriendo.—El almuerzo humea sobre la mesa. ¡Baja, baja pronto!

Márcos descendió en efecto; pero así que se halló en el patio empezó á pasar con indiferencia la mano por el pelo lustroso de su jaca favorita, correspondiendo con indiferencia á las caricias de sus perros.

Estaba triste y meditabundo.

Cruzó los brazos sobre el pecho, fijó sus ojos en la casa de arriba, y dijo melancólicamente, recostándose en la pared.

—¡Aun duermen!

—¿Qué te importa?—exclamó la jóven vivamente.

Luégo se acercó á él dando palmaditas, y dijo con acento alegre y triste á la vez:

—¿Si será verdad, hermano, lo que me dijeron ayer?

—¿Qué?—preguntó el jóven, levantando la cabeza con inquietud.—¿Qué, Claudina?

—¿Qué?... ¿Qué?...—repuso ésta con infantil donaire.—Adivínalo tú mismo... ¿No? Una, dos, tres... ¿No?... Pues mira: todos dicen que estás enamorado de Cecilia... ¡Sí, de Cecilia, la huéspeda de Teresa, nuestra

antigua señora! ¡Por desgracia se ha marchado ayer!...

Una extraña sonrisa entreabrió los labios de Márcos, quien en vez de responder, se puso á pasear por el patio con ademan más triste y más meditabundo todavía.

Luégo, accediendo á las instancias de Claudina, la siguió á la mesa; pero permaneció inclinado sobre su plato vacío, contando al parecer con escrupulosa atencion los cuadritos del mantel, y dejando que se llevasen el último manjar sin cuidarse siquiera de probarlo.

Así que el almuerzo hubo concluído levantóse en ayunas como se había sentado, dirigiéndose al patio; pero en vez de ensillar la jaca, segun tenía de costumbre, para ir á inspeccionar á los trabajadores, la llevó á la cuadra y encerró á los perros, con grande descontento de la una y de los otros.

Despues se encaminó lentamente hacia la puerta.

En la puerta terminaba una alameda de acacias, que llenaban el aire de perfumes, y en su tronco, formando un espeso follaje, se enredaban las pomposas malvas reales, las tímidas madreselvas y la yedra amante,

miéntras á sus pies crecían las púdicas violetas, las sencillas margaritas.

*Cada hoja ostentaba cien diminutas perlas, que eran otras tantas gotas del rocío; cada flor ostentaba al rededor de su cáliz cien insectillos alados, codiciosos de beber su néctar peregrino. ¡Y qué bien trinaban las aves entre las ramas! ¡Qué suavemente murmuraban los arroyos, serpenteando entre el musgo perfumado!

Márcos parecia indiferente á los encantos de aquella espléndida mañana. Andaba ya de prisa, ya despacio, parándose á veces, á veces hablando consigo mismo; pero teniendo siempre fijos los ojos en la silenciosa casa de la cúspide.

Por fin se detuvo, apoyando su ardorosa frente en el tronco de un árbol, como abrumado por sus dolorosos pensamientos.

Al cabo de un instante sintió que dos manos ligeras oprimian su cintura. Volvióse rápidamente, y vió á Claudina.

Claudina había perdido la expresion de infantil alegría que iluminaba ántes su rostro: estaba séria y triste.

—¿Qué tienes hermano?—le preguntó con voz temblorosa.

—Es preciso que me digas que es lo que así te agita.

—Sí,—dijo Márcos, asiéndola de la mano y obligándola á sentarse junto á él sobre el tronco de un árbol,—debo y quiero hablarte con franqueza.

A pesar de esta decision, hubo un largo intérvalo de silencio. Márcos no se atrevía á formular su pensamiento. Por fin extendió la mano señalando la casa de arriba, y la dijo en voz baja y mirando con recelo á todas partes.

—¿Qué sientes al fijar tus ojos en esa espléndida mansion?...

¿Qué sientes al ver á Teresa con sus ricos trajes, con su córte de bellos adoradores?... ¿Qué sientes, dí, Claudina?...

La jóven se puso sucesivamente pálida, y encendida, y cruzando las manos sobre el pecho, respondió con acento doloroso:

—¡Márcos, Márcos! ¿Por qué vienes á evocar la implacable voz de mi conciencia? ¿No sabes cuánto he sufrido, cuánto he luchado para apagar esa llama que me abrasaba el corazon, para extirpar ese áspid que roía mis entrañas?...

—¡Luégo tienes envidia como yo!—gritó

Márcos con una explosion de salvaje júbilo.
—¡Ah, bien lo había conocido!

—No, no,—se apresuró á decir Claudina, cuyas mejillas se enrojecieron;—no es eso envidia. ¡Yo no quiero arrebatar á Teresa sus trajes, sus preseas; sólo quisiera tener preseas y trajes más bellos que los suyos, para hacer que realzasen mi hermosura!...

—Viene casi á ser lo mismo,—dijo Márcos sonriendo, al ver el inocente subterfugio con que su hermana procuraba excusarse á sus propios ojos.

Claudina apoyó su mano en el hombro del jóven, y murmuró en su oído, cual si temiese que el aire recogiera sus palabras:

—Este es casi un mal hereditario, pobre hermano mío!... Esta envidia, si lo es, ha germinado en nuestro corazon desde la cuna. Nuestra madre, simple arrendataria ántes de los señores de la casa grande, nunca pudo llevar en paciencia que su ama la sobrepujase en lujo, y así que su marido adquirió con el fruto de sus economías esta casita, quiso nivelarse con ella á todo trance. No la fué posible realizar su deseo por la tenaz oposicion de nuestro padre; pero ya que no otra cosa, procuró que nosotros ri-

valizáramos con los hijos de su antigua señora, recibiendo igual educacion, llevando en nuestra primera edad sus mismos trajes... ¡Pero á qué viene que recordemos ahora nuestra triste historia!...

—Porque hace ya seis meses que somos huérfanos,—exclamó Márcos con ímpetu,—y no hemos tomado determinacion ninguna. ¡Seis meses han trascurrido desde que una fiebre maligna se llevó uno tras otro á nuestros padres, uniendo en el sepulcro á los que jamás pudieron estar unidos en la tierra!...

—¡Márcos—interrumpió Claudina con acento de reproche.

—¡Yo no los culpo,—repuso vivamente el jóven,—porque en sus eternas desavenencias, en sus interminables disputas, jamas he sabido quien tenía la razon!

El señor cura se la daba á nuestro padre, dijo tímidamente Claudina;—á nuestro padre, que no quería salirse de su esfera, que amaba la vida modesta, los placeres modestos, y bendecía á Dios á cada instante por los bienes recibidos.

—¡Pues yo se la doy á mi madre!—gritó Márcos con impaciencia.—La ambicion noble, es santa!... ¡El deseo de ser, de en

grandecerse, ha sido grabado por Dios mismo en nuestros corazones, porque es merced á este sublime deseo que el hombre se eleva hasta Él, recibiendo de su mano el sacro fuego productor de las obras inmortales!...

—¡Oh!—se apresuró á decir Claudina.—Ni mi padre ni el señor cura reprochaban la noble emulacion, el digno afan de distinguirse de entre el comun de los hombres; pero ellos no llamaban distinguirse el llevar brillantes trajes, ni el acumular, por cualquier medio que sea, grandes riquezas. ¿Te acuerdas de aquel día, en que te atreviste por fin á decir á nuestro severo padre, que creías indigna de tí la condicion de labrador?... «Sin que entre contigo á discutir sobre esto, respondió, porque siempre se ha considerado hidalga la labranza, sábete, y no lo olvides, que es el hombre, y sólo el hombre, que son sus propias cualidades, las que quitan ó añaden quilates á la profesion que ejerce; que no hay condicion humilde que el hombre probo, inteligente, activo, no ennoblezca; que no hay alta condicion que no envilezca y des-[illegible]re el hombre negligente y disipado. Abraza, por lo tanto, el estado que quieras; pero [illegible]nca pienses en engrandecerte demasiado

de prisa: desconfia de toda elevacion que no conquistes por medio de un asíduo trabajo y las constantes vigilias.»

—Esas son rancias ideas de otros siglos, —interrumpió Márcos con viveza.—¿Quieres que yo piense como pensaba mi padre? Dejémonos de paradojas, y hablemos de lo que es razon. ¿Me preguntabas hace poco si amaba á Cecilia? ¡No la amo, la odio!... ¡Odio á cuantos habitan en la casa grande!... Esa casa es el círculo negro que ha proyectado siempre su negra sombra sobre nuestra humilde casa... ¡Nosotros, ricos é instruídos, aunque labradores, hubiéramos representado aquí el primer papel, si ellos no hubiesen venido á oscurecernos y á humillarnos!... ¡Esto no puede continuar así, porque tú sufres tanto como yo Claudina!... El domingo, cuando viste á Teresa que se dirigia á la iglesia, llevando un lindo vestido de seda azul, guarnecido de encajes, y un gracioso sombrerito, adornado de plumas, debió correr á la vez fuego y hielo por tus venas, porque te pusiste pálida y encendida... ¡Tenias lívida la faz, tus ojos despedian un siniestro brillo, y tus manos, crispadas y temblorosas, no podian sujetar el manto!...

Claudina soltó un grito. En medio de su confusion había fijado sus miradas en el arroyo que serpenteaba no muy léjos de sus pies, y había sorprendido su imágen, retratada en el límpido cristal; su imágen, que ostentaba la misma torva expresion pintada por su hermano.

—Claudina, — repuso este, bajando la voz,—en nuestra mano está el humillar á esos soberbios, el vengarnos de la injusticia de la suerte. Aquí nada podemos hacer, porque se alzarian en contra nuestra las necias preocupaciones de otros tiempos; pero en Madrid será otra cosa... Pongamos por obra el plan trazado tantas veces por nuestra madre, en el caso de sobrevivir á su esposo... Somos ricos: vendámoslo todo; reduzcamos todos nuestros bienes á metálico, y vamos á la córte... Allí encontraré yo un empleo; tú un rico casamiento.

—¡Estás loco!—exclamó Claudina con una extraña mezcla de espanto y de alegría. ¡Estás loco!... ¿Y Pedro?...

—Pues qué: ¿persistes por ventura en casarte con él?

—¡Mi padre lo queria!

—¡Tu padre ha muerto!

—¡Pero yo creo que le amo, Márcos!. . ¡Nos hemos criado juntos!... ¡Le amo á él, amo á su hermana... á su vieja abuela!...

—Considera, —dijo Márcos interrumpiéndola, —considera cual será tu dicha cuando pasees por el prado de Madrid, reclinada en una elegante carretela, ostentando un rico traje, adornado de pieles en invierno, de encajes en verano. Considera que alegría la tuya cuando te encuentres en un palco del teatro Real, resplandeciente de luces, lleno de armonías, y veas que se dirigen hacia tí cien curiosos anteojos; cuando, por último, entres en un baile y te halles al instante rodeada de adoradores, que encomien tu gracia, tu belleza... Porque todas las mujeres son lindas en Madrid... ¡Todas, todas!.. Si no lo son, lo parecen... ¿Y cómo no lo habías de parecer tú, cuando puedo asegurarte que casi ninguna posee tu cútis de nácar y de rosa, ni la morbidez atractiva de tus formas?

Claudina escuchaba estas razones con los ojos bajos, y muy entretenida en formar montecillos con las chinas del arroyo.

—¿No viste ayer, repuso Márcos animándose,—no viste ayer lo que pasó en casa

de los señores?... Miéntras estuvimos en el campo, miéntras nuestros trajes fueron iguales, esos jóvenes fátuos alternaron conmigo y siguieron mis consejos para sorprender la caza; así que regresamos á la quinta, y que ellos se pusieron la levita con su cruz azul ó encarnada, para sentarse á la mesa, ya no hicieron más que mirarme de soslayo. Dice el señor cura que el hábito no hace al monje: no lo haría en su tiempo, que ahora es otra cosa. Ahora, en Madrid y aquí, todos se inclinan ante una levita y unos pantalones de rico paño, hechos por el mejor sastre, y se inquietan muy poco por saber, cuyo es el cuerpo que va dentro de aquel traje, y mucho ménos cuya es el alma habitante de aquel cuerpo.

Claudina dejó repentinamente de atormentar á las chinas del arroyo, y dijo, fijando en él sus hermosos ojos, que despedian un brillo inusitado:

—¡Mas de mil veces he pensado lo que dices: más de mil veces he pasado horas y horas probándome los vestidos de Teresa, que se traian aquí para lavarlos!... ¡Con sus trajes estaba yo mucho más linda que ella, muchísimo más linda!... En verdad que

tu plan me encanta y me seduce pero ¿Y Pedro?

—¡Pedro!... Un ganapan que nunca ha querido concebir lo que es medrar y hacer fortuna, ¡cómo debe quererlo toda alma bien nacida!... ¡Pedro, que nunca ha querido dejar el traje distintivo de su clase, ni las toscas costumbres de sus padres: que amontona una sobre otra las doradas peluconas ganadas con el sudor de su frente!... Y esto, ¿para qué? Para hacer un dotecillo á su hermana, huérfana como él; para pagar al médico que haga la operacion de las cataratas á su vieja abuela... ¡Oh, esto es muy santo y muy bueno, yo no digo lo contrario; pero entretanto tiene su salita adornada con sillas de Vitoria y cortinas de sarga verde... ¡Es verdad que cuando enseña sus trojes llenos de trigo, ó su bodega llena de vino, ya se figura que es más rico que un rey!... Nosotros, por fortuna, tenemos miras más elevadas, y nuestra madre ha sabido inculcarnos ideas muy distintas. ¡Cuántas, cuántas veces me decía, mostrándome la casa grande: «Si tu padre no fuese un tirano, ya les hubiéramos enseñado que nosotros valemos tanto como ellos. Pero si yo no puedo

realizar mi idea, realizadla vosotros despues que yo haya muerto, porque un saco de onzas en un cofre, equivale á un saco de hojas secas, que de nada sirven.» Mas tarde fuí á la córte para perfeccionar mis estudios, y entónces comprendí que tenía razon. Allí un real produce ciento; allí cualquiera adquiere en muy breve tiempo un par de millones; allí no hay distincion de clases y jerarquías, porque las jerarquías y las clases están niveladas por el sastre, el perfumista y el zapatero.

Claudina, que había dejado en paz las blancas guijas, cogió la rama de un arbusto, y empezó á deshojarla sin compasion ninguna.

—¡Véte tú!—dijo por fin, á Márcos, que parecia aguardar ávidamente su respuesta, —¡Vete tú!... ¿Quién te impide que vayas?

El jóven se puso encendido.

—¿Pero no comprendes,—dijo, que con mi sola legítima no soy bastante rico para aspirar á nada? Vendámoslo todo, juntemos nuestras fortunas, y cuando yo haya duplicado el capital y obtenido un alto empleo, podrás si quieres llamar á Pedro y elegirlo por esposo

Los ojos de Claudina chispearon de alegría; y pareció acoger con entusiasmo la idea de su hermano: era evidente que sólo deseaba un pretexto para transigir con su conciencia.

En aquel momento resonaron detras de la enramada dos alegres voces, que gritaban á la par:

—¡Aquí están! ¡Están aquí!

Al mismo tiempo penetraron en la alameda un jóven y un anciano: este llevaba un brevario debajo del brazo; aquel una hermosa cabritilla blanca, recien nacida.

—¡Mira el presente que te trae Pedro!—dijo el anciano, que era nada ménos que el santo cura del cercano pueblecillo, escondido como un nido de águilas entre las fragosidades de la sierra, y oculto á las miradas por un alto vericueto.—¿Ves las hermosas flores que adornan la cabrita?—prosiguió, dirigiéndose siempre á Claudina.—Pues le he sorprendido cogiéndolas con afan allá abajo, en la pradera grande...

Pedro era un gallardo mozo, lleno de varonil belleza, y no obstante, parecía tan cortado y conmovido en aquel instante, que balbuceó algunas palabras incoherentes y

puso vacilando la cabrita en la falda de Claudina.

Es verdad que ésta, tan confusa como él, no se cuidó en lo más mínimo de animar su timidez. No rechazó el presente; pero tampoco lo acogió con trasportes de alegría, y si dió las gracias con los labios, sus ojos, fijos en el suelo, no revelaron nada de lo que pasaba en su alma.

Pedro, sin saber por qué, sintió frío en el corazon, y retrocedió algunos pasos sin darse á sí mismo cuenta de lo que intentaba hacer.

—¡Qué muchacho este!—dijo el cura, dándole palmaditas en el hombro.—¡Bien supiste gritar el otro día, cuando se incendió la casa de la vieja Marta, y dar órdenes, y multiplicarte de tal modo, que estabas en todas partes con riesgo de tu propia vida!... ¡Bien supiste arrojarte como un leon, no hace mucho tiempo, sobre Andres el leñador que castigaba cruelmente á la pobre María Juana, á la pobre niña expósita que le sirve de criada! ¡Bien supiste, por último, convocar á los aldeanos en la pasada epidemia, y exhortartes á la caridad, y darles un bello ejemplo estableciendo un hospital en tu pro-

pia casa y dedicándote tú mismo á auxiliar á los enfermos! ¡Aun me parece verte en medio de la plaza, lleno de ardor y de entusiasmo dirigiéndoles un discurso, que yo no hubiera hecho mejor...

—Vamos, vamos, —prosiguió, advirtiendo la creciente turbacion del jóven,—no te pongas encendido; callaré... Solo queria decir, Pedro, que hay dos hombres en tí, y que me pasma el encontrarte ahora delante de Claudina tan débil y cobarde.

Calló el buen cura, y sucedió á sus últimas palabras un silencio embarazoso.

Claudina se entretenia en estirar las orejas á la cabritilla: Márcos fingia silvar con aire distraido; Pedro fijaba en el anciano miradas de angustia y desaliento.

—Ea, repuso éste,—lo que ha de decirse al fin, más vale decirlo desde luego... ¿Has hecho presente á tu hermana, Márcos, lo que te manifesté yo anoche? ¿La has dicho que Pedro casa por fin á su hermanita, y quiere realizar tambien su anhelado casamiento?

—Sí, sí,—dijo Márcos con ademan resuelto;—pero Claudina no acepta sus proposiciones; Claudina no piensa ya del mismo modo que ántes...

Pedro dió un salto y se abalanzó hacia la jóven, mirándola fijamente, como si no pudiese comprender el sentido de las palabras de su hermano.

—Semejante matrimonio no puede verificarse,—repuso Márcos con volubilidad;—no porque Pedro no sea muy digno de aspirar á la mano de Claudina, sino porque vamos á realizar nuestros fondos y á establecernos en Madrid.

—¡Estás loco!—dijo el cura.

—¡Claudina!—exclamó Pedro con acento desgarrador. —¡Claudina! ¿Será posible?

La pobre jóven estaba más muerta que viva. Trémula, fuera de sí, había tenido que asirse á las ramas de un arbusto para no caer al suelo. Un velo oscurecia su vista, su corazon palpitante parecia querer salir del pecho.

—¡Claudina, Claudina, Claudina!—gritó Pedro acercándose á ella con los ojos arrasados de lágrimas, con las manos juntas sobre el pecho.

Claudina, asustada, vencida casi, pero no resuelta, depuso la cabrita sobre la yerba, se levantó rápidamente, y quiso huir.

Pero Pedro la detuvo cogiéndola por un pliegue del vestido.

—¡No me mates!—dijo el infeliz entre sollozos. —¿Que te he hecho yo para matarme? ¡Mira que soy tu compañero de la infancia... mira que soy tu hermano... mira que, si te pierdo, no me queda ningun bien sobre la tierra!...

Márcos asió bruscamente el brazo de su hermana; conocía que flaqueaba su resolucion.

Tambien lo conoció Pedro, quien repuso:

—¿Te acuerdas de aquel día en que, jugando con las pérfidas ondas de la mar, te dejaste arrastrar por ellas hasta el hondo abismo?... ¡Yo te salvé, aun á riesgo de mi vida!... ¡Oh, no te recuerdo esto para echarte en cara un beneficio! ¡No!.. ¡Te lo recuerdo para traer á tu memoria las palabras que pronunciaste entónces arrodillada junto á mí... junto á mí, que yacía moribundo, tendido sobre la playa!...

—¡Entónces era una niña,—dijo ásperamente Márcos;—ahora es una mujer!

—Pues bien: responde,—dijo Pedro con energía,—responde tú Claudina: ¿quieres, ó

no quieres, cumplirme la promesa de aquel día?...

—¡No!—dijo Márcos.

—¡Qué responda ella!—gritó Pedro.

—Hija, piensa lo que vas á decir,—exclamó el cura.

El diablo, que entiende á las mil maravillas el arte de organizar una tentacion en regla; el diablo, repito, debió ser sin duda el que inspirase á los habitantes de la casa grande la idea de gozar de aquella espléndida mañana, porque, abriéndose de improviso y con grande estrépito sus puertas, apareció Teresa montada en un brioso corcel, y seguida de su esposo y sus amigos, quienes, con suma algazara, lanzando al galope sus caballos, descendieron tras ella la plataforma y se internaron en la selva.

Márcos apretó la mano de Claudina que conservaba entre las suyas, y sus ojos se fijaron en la brillante cabalgata.

Los labios de la jóven, que tal vez modulaban un dulce *sí*, pronunciaron un *no* claro y sonoro.

Pero al oir aquel *no* repetido por los ecos, huyó precipitadamente, asustada de sí misma, y corrió á encerrarse en su aposento.

Márcos la siguió tarareando una cancion.

¡Quería mostrarse insensible á esta escena; pero su rostro estaba lívido y descompuesto!

¡No se puede romper como se quiere con los gratos recuerdos del pasado!

En cuanto á Pedro, había permanecido inmóvil, mudo, helado, sin responder ni una sola palabra á los consuelos del buen cura, tan aturdido, tan desesperado como él.

De repente la abandonada cabritilla baló.

¡Tenia frío... tenía miedo!...

Pedro se abalanzó hacia ella, la arrancó las flores de que estaba adornada, y exclamó, estrechándola contra su corazon:

—¡Sólo me quedas tú, pobre cabrita mía, emblema de lo que fué, emblema de lo que jamas podrá volver á ser!..

Acababa apénas de pronunciar estas palabras, cuando giró sobre sí mismo y cayó desplomado al suelo como un árbol cortado por la hoz del leñador.

. . . . . .

. . . . . .

Cuatro meses más tarde, en una fresca mañana, no ya del risueño Mayo, sino del melancólico Setiembre, pararon dos coches

de camino, el uno delante de la casa chica y el otro de la grande.

Es que los habitantes de ambas se dirigian igualmente á Madrid; al golfo de las embravecidas pasiones, al golfo donde naufragan y perecen las ambiciosas esperanzas provincianas.

Pero los segundos iban para volver todavía, á pesar de las murmuraciones de los campesinos, que los suponían arruinados, y no se despedian, ni de su casa, ni de sus viñas, ni de sus sembrados... Márcos y Claudina, por el contrario, lo habían vendido todo, lo habían realizado todo. Ya no les quedaba en aquel país, en donde se avergonzaban de haber vivido tanto tiempo, ni una mata suya, ni una sola piedra...

Otro habitaría aquella casa, en donde habían nacido; otro tocaría aquellos muebles, santificados por las manos de sus padres.

Por fortuna, ese otro era el honrado Pedro, que había buscado, y había hallado el dinero para comprar aquel antíguo templo de su dicha.

Los aldeanos y las aldeanas se agrupaban con preferencia en derredor del coche que debían ocupar Márcos y Claudina, y se

entregaban en voz baja al sabroso placer de la murmuracion.

Más léjos, ocultos por un grupo de árboles, estaban Pedro y el venerable cura, quien se esforzaba en vano por calmar la angustia del desolado jóven, y más léjos aun se veía asomar por entre el follaje la rubia cabeza de una niña. Sus miradas, inquietas y centelleantes, vagaban de Pedro al coche, y por su rostro pálido corría á raudales el llanto.

Aquella niña era la pobre expósita, era la pobre María Juana.

¿Por qué estaba allí oculta? ¿Qué temía? ¿qué esperaba?

De repente todas aquellas cabezas se agitaron; de todos los labios se escapó un murmullo de asombro y descontento.

Es que acababa de aparecer Claudina.

Claudina, que no habiendo podido resistir al deseo de mostrarse á los ojos de sus antíguos compañeros ataviada con sus nuevas y vistosas galas, salía de la casa en aquel momento, y atravesaba el patio, llevando un traje de camino enteramente igual al de Teresa, y un sombrerito de fieltro, adornado de espigas y amapolas. Acomodóse la primera

en el carruaje, cuidando mucho de que no se arrugasen los pliegues de su falda, y dijo en voz baja á su hermano que se diese mucha prisa.

Quería que se diese prisa, porque sentía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, que su corazon palpitaba con violencia, y temía perder su sereno y majestuoso continente.

Pero á Márcos le temblaban las manos; se ponía y se quitaba los guantes, y daba vueltas á su cartera de viaje con tanta irresolucion y tanta torpeza, que al fin dió márgen á que Pedro se desprendiese de los brazos del cura, que queria detenerle, y se abalanzase á la portezuela, gritando:

—¡Claudina, yo no me casaré jamas! ¡Si te disgustas en Madrid, si necesitas de un amigo... aquí estoy... aquí te espero!...

Comprendió Márcos de repente, al oir tales razones, cuán acertada andaba Claudina en meterle prisa; y así precipitándose al interior del carruaje, mandó al cochero que arrease, y éste lo hizo tan de veras, que el lijero vehículo se alejó ántes de que las lágrimas hubiesen podido asomarse á los ojos de Claudina, ántes que las palabras hubiesen podido escaparse de sus labios.

Los honrados labriegos se quedaron con la boca abierta, porque habían venido desde muy léjos para presenciar aquella escena, que esperaban que fuese tan dramática y divertida, y que había pasado con la rapidez del relámpago.

Para colmo de infortunio, el camino daba mil vueltas y revueltas.

Nadie pudo, por lo tanto, ver á Claudina apoyada sobre el pecho de su hermano y llorando amargamente, tan amargamente como lloraba Pedro, recostado en la tapia de su nueva casa.

¡Claudina lloraba!... ¿Por qué lloraba, si llevaba traje elegante de señora, sombrerito de fieltro, adornado de espigas y amapolas?

## II

Son ya las doce del día, y en la metrópoli de España se suspenden los trabajos, porque ha llegado para el pobre la hora sacramental de la comida y del descanso. Reúnense aquí y allá los albañiles y mozos de cordel en animados grupos; se sientan formando círculos en las calles y las plazas, y saborean á la luz del sol la sopa, sazonada por su apetito, en medio de las risas de los alegres comensales.

A esa misma hora duermen todavía los ricos, fatigados por el insomnio y las desordenadas emociones de la noche precedente, consagrada á los placeres bulliciosos.

Y ricos debían ser los que habitaban en una magnífica casa de la calle de Alcalá, ya muy cerca del Prado, cuyos balcones per-

manecian herméticamente cerrados. Si queremos cerciorarnos de ello, oigamos la conversacion que la tendera de abajo sostiene con una viejecilla modestamente vestida.

—¡Unos provincianos,—decía la primera,—unos provincianos con más humo que fuego! Aquí han venido, aposentándose en ese cuarto amueblado, por el que pagan un Potosí... y tirando el dinero á manos llenas. ¡Si viera usted qué de coches, qué de teatros, qué de lujos! ¡Parecen unos verdaderos zarandillos, siempre de ceca en meca!... ¡Pero quién hace caso de eso en Madrid, en donde siempre es más el ruido que las nueces! ¡Puede ser que estos hagan como otros tantos, que vienen aquí á desplumarse, y acaben por ir muy pronto á dar con sus grandezas en la cárcel ó en el hospital!...

—¿Pero dice usted que se llaman Márcos y Claudina Rodriguez,—dijo la viejecita, procurando atajar aquel piélago de murmuraciones.

—Sí, señora.

—Pues entónces subo á ver si me reciben.

—¡Tal vez sí, y tal vez no!—dijo vivamente la tendera, contemplando con desden el humilde atavío de su interlocutora:—Ya

le he dicho á usted que gastan mucho humo y se dan más tono que unos príncipes.

A pesar de esa fraternal advertencia, la anciana no se desanimó, y entrando en el ancho portalon, subió lentamente la escalera, y, no sin vacilar, tiró del cordon de la campanilla.

—¿Qué quiere usted?—preguntó un criado que salió á abrir, mirándola con el mismo despreciativo desden que la tendera.

—Deseo ver á los señores.

—No reciben.

—¡Vivo tan léjos!

—No reciben.

Ya se disponia el descortés criado á cerrar la puerta, cuando llegó un lacayo con librea, diciendo á voz en grito:

—La señora marquesa de Lujar espera abajo en el coche.

El criado sin oir más, se lanzó al vestíbulo.

—Dígales usted tambien,—exclamó la viejecita siguiéndole,—que aquí está Úrsula Rodriguez, y que quiere verlos.

Al cabo de algunos instantes apareció de nuevo el criado, y dijo con una sonrisa, dirigiéndose al lacayo:

—Haga usted el favor de manifestar á la señora marquesa que mi ama acaba de levantarse, y que la suplica que suba.

Despues, y así que el lacayo hubo bajado se volvió hacia la anciana y la dijo, adoptando otro tono duro é imperioso:

—Entre usted aquí, y espere en el comedor. La señora la verá á usted luego.

La anciana Ursula se resignó; pero apénas hubo dado algunos pasos, cuando se detuvo irresoluta, más dispuesta á retroceder que á proseguir su camino. El pavimento estaba cubierto de magníficas alfombras, los muebles eran de terciopelo con márcos de ébano.

Sin duda la pobre Úrsula nunca había visto un lujo semejante.

Procuró sobreponerse, sin embargo, á su timidez, mas por no exponerse á la rechifla del grosero criado, que por su propio gusto, y entró en un comedor alhajado tan espléndidamente como lo demas de la casa.

El criado, que estaba poniendo la mesa, y ya había colocado en su centro el inmenso frutero, coronado por un ramillete de flores y rodeado de los innumerables platitos que contenían los postres, prosiguió tranquila-

mente su tarea, miéntras Úrsula, sentada en el ángulo más oscuro, le veía hacer con singular embobamiento.

Un buen cuarto de hora se habría pasado ya desde que estaba allí, cuando vió entrar á una jóven, la cual, á juzgar por su traje, creyó que debía ser el ama de la casa.

Llevaba un elegante vestido de lana, adornado de pasamanería, con un vuelo inmenso y una disforme cola, más chocante entónces, que empezaba apénas á iniciarse esta ridícula moda. Completaban su adorno, cuello y mangas bordadas, corbatita color de fuego y cinturon con grande hevilla dorada.

En cuanto al peinado, era rizado y altísimo por delante, y con una interminable moña por detras.

Úrsula se levantó desconcertada, no sabiendo si debía llamar de tú ó de usted á la recien venida.

Acordándose despues que mejor es pecar por carta de más que de ménos, se dirigió hacia ella, y la preguntó tímidamente.

—¿Es usted Claudina Rodriguez?

La jóven hizo una mueca impertinente.

—No...—dijo, como si la costase trabajo

pronunciar estas palabras;—no soy la señorita... aunque bien pudiera ser!...

Luego prosiguió con tono altisonante:

—Soy su doncella, ó más bien pudiera decir señorita de compañía.

Si Úrsula hubiese sido más experta, lo hubiera adivinado al ver sus modales duros y groseros y su aire desenvuelto, únicas cosas que las modistas no pueden prestar á la figura. La fábula de la mona vestida de seda, que al fin mona se queda, es tan antigua como el mundo, y vivirá tanto como dure el mundo.

Pero Úrsula era muy poco sagaz en estas materias, y así sólo contestó con un ¡ah! de asombro, que no desagradó del todo á su presuntuosa interlocutora.

—Por supuesto,—repuso ésta contoneándose,—que entre ambas no media más diferencia que la del dinero; y si yo quisiera... ¡La fortuna se ha hecho para todas, y tambien me llegará mi san Martin!... ¡Pero ya se cansará usted de esperar!—prosiguió mudando de tono.—¡Cuando viene la marquesa nunca piensa en marcharse!... ¡Marquesa postiza, porque su marido, que es un agente de negocios, un tronera, acaba de comprar á

peso de oro unos viejos pergaminos, que rezan que tiene sangre azul en las venas, cuando la que tiene es colorada, y supone que fueron sus abuelos personas que nunca jamas tuvieron que ver con ellos!... ¡A bien que, si yo quisiera sacar mis abolengos!... ¡Yo sí que desciendo en línea recta del Cid, que en paz descanse!... ¡Maldito dinero, que todo lo puede dar, y cuesta tanto el tenerlo!... En fin, quién sabe; no se ganó Zamora en una hora!...

—¡Lo que no ganas tú es el pan que comes!—dijo el criado que iba y venia, y acababa de colocar en la mesa la última copa.—¡Anda á arreglar el cuarto de tocador, holgazana!... ¡No dirás que esa no es incumbencia tuya!...

—¿Pues qué hace Micaela?

—¿No tiene que estar en la cocina?

—Que lo deje; mi obligacion no es otra que la de servir y acompañar á la señora. ¡Oiga, oiga! ¡Si se figurarán aquí que todos somos de la misma estofa!

—¡Desde que el señorito te mira de cierto modo, gastas unos humos!...

—¿Y qué tenemos con eso, Juan?—vociferó la doncella, olvidando su vestido de cola

y su alto tupé para ponerse en jarras, ni más ni ménos que una maritornes de otros tiempos.

—¡Ay Rita, que el que mal anda mal acaba!

—¿Y por qué no me he de casar yo con el señorito? ¿Qué hay de particular en esto? ¿Sería por ventura yo la primera criada de servir que hubiera acabado por andar en coche?

—¡No es poca presuncion!

—Mas presuncion es la tuya, que, porque sabes garrapatear la cuenta y hacer las sumas á tu favor, y porque llevas levita y sombrero de copa alta, ya no sirves á gusto, y quieres ser nada ménos que empleado en un ministerio, ó cosa que lo valga. . ¡Ya se ve, con lo sisado, te paseas tres meses ó cuatro haciendo el gran señor, y te metes á pretendiente!...

—¡Calla, víbora!...

—Difícil era que hubiese obedecido Rita, tan acalorada como estaba, si no hubiera sonado repentinamente la campanilla.

—¡El ama!—dijo Juan.

—¡El amo!—vociferó Rita.

—¡Te digo que no!

—¡Te digo que sí!

—¡Ve á verlo!

—¡Ve tú!

—¡No quieres hacer nada por nadie!

—¡Ni tú tampoco!

Y con esto salieron los dos refunfuñando.

¡Jesus! ¡Jesus!—dijo la cocinera, asomándose á la puerta.—Nunca hay ni un solo momento de paz en esta bendita casa. ¡Quieren ser más señores que los señores mismos! ¡Yo nunca he visto una cosa semejante!

Y gozosa de descubrir á la viejecita y tener con quien desfogar su bílis, prosiguió dirigiéndose hacia ella con pretexto de colocar bien un cubierto que estaba algo torcido.

—¡Y á fé, á fé, que si una se diese tono, tendría más motivos que ellos! Aquí me miran como á un estropajo; pero si me viese usted el domingo en los bailes de Paul ó de Capellanes, con mi vestido blanco de limon, escotado, mi collar, mis pulseras y mi redecilla de granos dorados, no conocería usted que soy la misma. ¡Los tengo así!—añadió juntando todos los dedos, y moviéndolos á la par.—¡Los tengo así, que quieran bailar conmigo!...

La fisonomía de la anciana se había cubierto con un velo de sombría tristeza.

—¡Ay, hija mia,—dijo con acento doloroso,—no vaya usted á esos bailes!

—¿Y por qué? ¡Allá vamos todas!... Está una dále que dále, trabajando toda la semana, y es preciso que el domingo se divierta. Ademas, cada una debe buscar sus medios de medrar, y seguir adelante con su suerte. Los señoritos, que aquí pasan por nuestro lado y apénas se dignan mirarnos, cuando nos ven allí tan compuestitas y tan lindas, nos hacen mil arrumacos.

—Compuestitas sí, lindas no,—dijo vivamente la anciana; — porque todos esos adornos se despegan á la que tiene costumbre de entregarse á ocupaciones más groseras... Pero diga usted: ¿á cuántas amigas suyas ha visto que hagan fortuna de este modo?

—¡Muchas!... ¡La Petra una!... La Petra se ha casado nada ménos que con un banquero, y está ¡á que quieres boca!... Pues bien: la Petra una... La Nicolasa... ¡No, esta al fin paró mal!... La Ambrosia... Tampoco... ¡Qué lástima de chica!... La Valentina tuvo suerte al principio; pero luego... Ni la Brí-

gida, ni la Victoriana, ni la Andrea... Pero, en fin ¡la Petra!...

—¿No encuentra usted otro nombre?—dijo la anciana con malicia.

—Y bien: ¿quién me impide á mi tener la suerte de la Petra?

—¡Pronto, pronto! Quieren almorzar,—dijo Juan, entrando precipitadamente.—¡Van á las carreras de caballos, y almuerza aquí la marquesa!...

Aun no había pronunciado estas palabras, cuando sus amos entraron en el comedor.

Úrsula se levantó, no sabiendo si debía irse ó quedarse.

La que entraba delante era Claudina; detras venía Márcos y la marquesa.

Claudina fijó la vista en la anciana, á quien había olvidado en medio de los afanes de su precipitado tocador, y á quien nunca había creído que los insolentes criados hiciesen esperar en aquel sitio. Al verla, al adivinar quien era, quedó trémula y confusa.

Abalanzóse hacia ella, y puso un dedo en sus labios.

—¡Silencio!—dijo empujándola hacia un

cuartito oscuro, que no tenía salida.—¡Silencio! Luego hablaremos...

—Soy Úrsula Rodríguez; soy tu tía, hermana de tu padre,—balbuceó la anciana, que creyó ser víctima de alguna equivocacion.

—¡Bien, bien; luego hablaremos! -repitió Claudina más y más turbada.—¡Espere usted un instante ahí, que pronto acabaremos de almorzar!

Y entornó la puerta.

Sentáronse á la mesa miéntras Juan y Rita, inmóviles y de pié, aguardaban para prestarles sus oficiosos servicios.

Claudina estaba evidentemente turbada y confusa, no sabemos si por la presencia de la anciana, ó porque aun no había podido familiarizarse con los usos y costumbres del gran mundo. Tampoco parecía haberse familiarizado mucho con su espléndido traje de señora, porque estaba tiesa y envarada, sin conservar siquiera vestigios de sus sueltos y graciosos movimientos de otros tiempos. Fuese por esto, ó porque hubiese perdido el color de sus mejillas, lo cierto es que estaba mucho ménos linda que cuando la vimos dando órdenes á los mozos en medio del patio de su casa.

No le pasaba lo mismo á Márcos, que aunque sus modales fuesen groseros, y aunque no estuviese muy á gusto dentro de su estirado pantalon y del corselito que gastaba para afirmar su talle, le sobraban desenvoltura y presuncion para obviar estos inconvenientes.

—¿Con que á Palacio, eh?—dijo, dirigiéndose á la marquesa?

—¡Si, ayer fuí presentada á S. M.! Debia ir á darla gracias por habernos otorgado el título...

—Sí, un título... ¡Valiente cosa!—dijo Márcos—¡En cuanto á ir á Palacio, si yo quisiera me sobrarían los medios!...

—Pues debes buscarlos,—respondió la marquesa con tono irónico,—porque aseguran que el baile de pasado mañana estará magnífico.

—¿Va usted!—preguntó tímidamente Claudina.

—Por qué no me llamas de tú, querida? respondió la marquesa.—Al fin y al cabo, nos hemos criado juntos. ¡Nosotros no somos vanos, y aunque tu padre haya sido durante tantos años nuestro arrendatario, y haya empezado á hacer su capital labrando nuestras tierras...

Las mejillas de Márcos y Claudina se enrojecieron á la par.

Tambien se tiñeron de un vivo carmin las de la anciana Úrsula, que empezó á temblar como si la hubiera acometido el frío de la calentura.

Rato hacia que estaba buscando en su imaginacion el parecido de la fisonomía de la marquesa, parecido que despertaba un mundo de penosas ideas, en su alma, cuando las últimas palabras de esta la revelaron que era ni más ni ménos que la señorita Teresa, dueña de la casa grande de Lújar.

Al hacer este descubrimiento, Úrsula se retiró al fondo de la estancia, y sentándose en un taburete, se tapó los ojos y los oídos, no queriendo ya ni oir ni ver lo que pasaba en el comedor.

—¡Pues yo voy á Palacio!—repuso lentamente, y con grande énfasis Teresa.—¡Yo voy! ¡Estoy convidada!...

—Pues yo no aspiro á semejante honra, repuso Márcos con afectado desden.—El Duque de Lérvis, muy amigo íntimo, me instaba el otro día en el Casino para que le acompañase, y me negué... ¡Yo soy rico! ¡Yo no necesito hacer la corte á nadie! .. ¿Qué va-

len los blasones? ¡En esta época es casi un desdoro el poseerlos!...

—Y sin embargo,—dijo Teresa con una fina sonrisa,—segun tengo entendido, tu familia no es tan plebeya; y si hubiesen querido tus antecesores...

—¿Qué?... —preguntó Márcos, cuyos ojos brillaron repentinamente.—¿Qué?

—Yo creo que consultando á un rey de armas entendido,—prosiguió Teresa,— te podría hacer un buen árbol genealógico.

Márcos dió un salto en su silla, y casi derribó una botella de cerveza que tenía á su izquierda.

—¿Será posible?—exclamó sin poder contenerse.

—¡Lo he oído contar cien veces á mi padre, y no sé como no ha llegado á tus oidos!

—Algo, algo se me alcanza, ¡pero mi padre era tan raro!...

—Hé aquí lo que nos contaba el mío:

«Parece que hace más de cien años, uno de tus ascendientes, hijo de unos ricos labradores de Motril, y sobrino de un obispo, entró mediante la proteccion de su tio, á servir en calidad de paje al príncipe de Astúrias, Luis I, hijo del gran rey Felipe V. El

paje era niño, niño el príncipe, y muy amable y muy llano, acaso en demasía, y se estableció entre ambos una amistad profunda y apasionada. El paje adoraba al príncipe; el príncipe adoraba á su paje favorito.

Andando el tiempo, y así que ambos fueron jóvenes, el paje participaba de las galantes y peligrosas aventuras de su señor, como antes había participado de sus juegos infantiles. Hé aquí, pues, que, cuando menos lo esperaban, Felipe V. puso coto á sus placeres, ciñendo á las débiles sienes de su hijo la pesada corona de la España. Luis, aunque dotado de un talento claro y despejado, no pudo olvidar que era aun niño, y continuó en sus travesuras. Casado desde la infancia, separado de su mujer desde la infancia, se enamoró ciegamente de una dama de su madastra, la severa Isabel de Farnesio. Una noche, dejando corona y altos negocios de Estado, se dirigió de incógnito con su paje favorito á San Ildefonso: tuvo la osadía de escalar como otro cualquiera las tapias del jardin, y de introducirse por la ventana hasta los mismos aposentos de la reina. Un torpe ujier dió alarma; Luis, que lo que más temia en el mundo era el enojo de su madrasta, volvió

á salir por la ventana, volvió á escalar la tapia del jardin, y saltando sobre su bridon, regresó desconcertado y mohino á su palacio. La noche estaba fría y nebulosa; Luis iba tiritando, y sentía un mal estar inconcebible, superior á su disgusto.

Al llegar al régio aposento no pudo dominar por más tiempo sus sufrimientos, y llamó á su servidumbre.

Tenía calentura: pocas horas despues los médicos de cámara declararon que estaba atacado de aquellas terribles viruelas que debían conducirle tan prematuramente á la tumba.

Quince días estuvo batallando entre la vida y la muerte, entregado al delirio de la fiebre.

Agotada, por fin, su naturaleza por la violencia del mal, y próximo á sucumbir, recobró repentinamente la lucidez de sus ideas. Entónces recordó con espanto que no había vuelto á ver á su querido paje desde su nocturna aventura de la Granja.

Instó, rogó, ordenó á los pocos servidores fieles que cercaban su lecho de muerte, para que le dijesen cual había sido la suerte de su compañero.

¡Ay, que el infeliz no había podido seguir al rey en su fuga! ¡Ay, que había sido preso en la misma antecámara de la reina madre! ¡Ay, que el generoso y esforzado jóven, no queriendo comprometer el nombre de su régio amigo, se obstinó en guardar silencio sobre los motivos que le habían conducido á aquel sitio! Sometido á los más crudos tormentos, el dolor no pudo arrancarle ni la confesion más mínima.

Entónces, como sus enemigos y émulos eran muchos, figurando en primer lugar la reina madre, que deseaba arrebatar á Luis aquel único y fiel amigo, y como el que podía defenderle yacía moribundo, el pobre paje expió en el cadalso su lealtad, su firmeza y su ternura.

Lágrimas de fuego corrieron por las mejillas del rey al saber tan fatal nueva, y quizas este amargo é imprevisto golpe le condujo más rápidamente al sepulcro. Antes de morir, sin embargo, quiso conceder al padre de su infortunado servidor, por vía de indemnizacion, títulos de nobleza, acompañándolos de un precioso autógrafo, trazado por su mano moribunda, y redactado en los términos más lisonjeros para el heróico paje.»

—¿Y bien,—dijo Márcos con ansiedad, asiendo á Teresa por la manga del vestido.

—Y bien,—prosiguió ésta:—el padre, honrado labrador, como te he dicho, no quiso usar de aquellos pergaminos, que conceptuaba como el precio de la sangre de su hijo, y resuelto á no hacer valer sus derechos, puso los títulos en un tubo de hoja de lata, y los enterró en un rincon de su casa, sin que sus descendientes pudieran adivinar en donde, á pesar de las diligencias practicadas.

Márcos miró con angustia á Claudina.

—¡Y hemos vendido la casa!—murmuró con desesperacion.

—Lo que no pudieron descubrir tus abuelos,—prosiguió Teresa, mirándole fijamente, —lo descubrió por casualidad tu padre; pero como tú sabes muy bien cuales eran sus ideas, dejó el precioso tubo en donde estaba, porque decía que la nobleza sin bienes que la acompañen más perjudica que favorece.

—Pero mi padre ha muerto, y se habrá llevado el secreto á la tumba,—interrumpió Márcos, enjugándose con el dorso de la mano el frío sudor que corria por su frente.

—No,—dijo Teresa sonriendo, y gozándose en prolongar su martirio.

—¿No?... —preguntó Márcos con creciente ansiedad. —¿Pues quién lo sabe? ¿Quién puede saberlo?... Explíquese usted, por Dios...

—¿No tienes una tia en Madrid, hermana de tu padre?

Márcos se turbó; aquella tia, que él ignoraba estuviese tan cerca, era la pesadilla de su vida. Si había soportado que los criados se enterasen de la diferencia que mediaba entre su orígen y el de la noble marquesa, no pudo soportar la idea de que se enterasen tambien del parentesco que le ligaba á una antigua criada de servir, que vendia hilos y sedas en una tiendecita de la calle de Santiago.

Así es, que se apresuró á hacerles señas para que salieran, mucho más, cuando, por fortuna suya, habían ya llegado á los postres, y podía ordenárselo sin que su órden pareciese extraña.

No se le escapó sin embargo, á Teresa su objeto, y como era satírica y mordaz por excelencia, tuvo que hacer un grande esfuerzo para no sonreirse.

—Pero mi tia,—dijo Márcos con angustia así que estuvieron solos;—mi tia falta hace ya mucho tiempo del país. No congeniaba con mi madre... ¡No era fácil: tan tosca, tan ruin!... ¡Sea como se quiera, no congeniaban y quiso venirse á Madrid, en donde la colocaron de sirvienta en una buena casa!...

—Pues bien,—repuso Teresa:—tu tia es una vieja loca, que, aunque sabedora del secreto, está vendiendo tranquilamente sus hilos y sus sedas detras del mostrador, sin dársela un ardite del paje favorito.

—¡Estúpida!—gritó Márcos dando un puñetazo en la mesa, que como era tal su fuerza y estaba tan ejercitada, amenazó derribar cuanto había sobre ella.

—¡Por Dios, por Dios!—exclamó Claudina, pálida como la cera y arrojando furtivas miradas al gabinete.—¡No la insulten ustedes... es anciana, es tia nuestra!

—¿Ves?...—dijo Teresa sin hacer caso de esta advertencia, y dirigiéndose siempre á Márcos.—¿Ves como no te vendría mal ir pasado mañana al baile de Palacio y trabar amistad con los que luego pueden servirte para llevar á un término feliz este negocio?

Márcos había inclinado la cabeza sobre el pecho, y se entretenia en desgranar un racimo de ubas, sin llevárselas á los labios.

—¡El caso es,—murmuró por fin,—que como yo me negué á las instancias del duque!...

—Yo te puedo proporcionar dos billetes, uno para tí y otro para tu hermana.

—¿Cierto?—gritó Márcos con una explosion de alegría que no supo dominar.

—Casi cierto; es decir, si yo voy, porque me falta un aderezo de perlas y diamantes, como el de la duquesa... ¡Mi marido ha hecho tantos gastos, que no sé, en verdad, si me atreveré á pedírselo!

Márcos, aunque provinciano, no era lerdo; comprendió perfectamente que se trataba de una venta; pero como le convenía hacerla, transigió sin vacilacion ninguna.

—¡El caso es,—dijo,—que como todos mis fondos están impuestos en el Banco!... Si no, tendría el mayor placer en ofrecérselo á usted.

—¡Dios me libre! ¡Muchas gracias!—replicó Teresa vivamente.—Por supuesto, que ese no sería óbice ninguno, porque mi marido es el gerente del Banco y te permitiría

sacar los fondos qne quisieras, aunque no le autorice el reglamento. No hablo por la joya; pero siempre que necesites dinero puedes dirigirte á él... ¡Es verdad que, como Gervasio tiene que contar con otros para que guarden el secreto, siempre se pierde una friolera!... En fin, él te lo arreglará, aunque tenga que comprometerse algo, porque al fin y al cabo somos amigos antíguos, y bien te ha probado su amistad instándote á que impusieras tus capitales en el Banco que él ha fundado, y haciendo el sacrificio de cederte la mitad de sus acciones, que segun van de viento en popa, deben producir ciento por ciento... ¡Pero, Dios mío, estamos aquí perdiendo el tiempo y ya habrán empezado las carreras!... Gervasio nos está esperando, y figúrate cual será su impaciencia, pues aspira hoy al premio una de de sus jacas más bonitas.

Con esto, levantáronse todos de la mesa; pero Claudina esperó á que su hermano y Teresa salieran del aposento, y luego se abalanzó al cuartito en donde la pobre Ursula estaba prisionera.

Vió á la anciana sentada en el taburete y con la cabeza escondida entre las manos, y

respiró, al lisonjearse de que nada habría oido de la anterior conversacion.

A pesar de esto, Ursula se levantó vivamente, y la dijo con acento de reproche:

—¡Ah! ¿Conque te has avergonzado de mí? ¿Conque no has querido que me viese esa fatua, porque estoy sirviendo, llevo vestido de percal y manto de merino?...

—¡No!—murmuró Claudina confusa.

—¡Soy tu tía!—repuso Ursula con dignidad. — Soy la hermana de tu padre, y llevo una diadema de canas en la frente!

—¡Perdone usted!— balbuceó la jóven más y más aturdida.

Ursula permaneció algunos instantes silenciosa; despues cogió apasionadamente las manos de la jóven.

—¡Ah!—repuso con singular enternecimiento.—¡Veo grabados en tu fisonomía todos los rasgos de la de tu buen padre, á quien yo amaba tanto! ¡Tiene tu fisonomía una espresion de candor y de bondad igual á la que tenias en tu risueña infancia!... ¡Pobrecilla! Pobrecilla, á quien han extraviado los malos consejos, los ejemplos perniciosos!... ¡Por Dios, Claudina, por Dios, mira que no hay traje brillante que honre más

que el manto oscuro de la honradez, que el velo modesto de la virtud!... ¡Por Dios, Claudina, por Dios, renuncia al aplauso de los nécios para conquistar el pláceme de los justos!.. ¡Es tiempo aun: lucha y vence, y busca un refugio entre mis brazos, que te servirán de escudo contra el mal!... ¡Pero ante todo, huye de Teresa; te lo suplico, te lo ruego!...

—¡Teresa!—dijo Claudina con ingenuo asombro.

—¡Ah, tú no sabes!... ¡Plegue á Dios que no sepas nunca lo que es esa mujer!... ántes buena como tú, ántes sencilla y noble como tú... ¡Huye de ella á todo trance! ¡Peligras tú, puede peligrar tu hermano!...

—¡Me está esperando ahora!—se aventuró á decir la jóven, para quien los minutos eran siglos interminables.—Vamos á las carreras de caballos...

Úrsula guardó silencio.

—¡Adios!—dijo al cabo de un instante.—Si algun día necesitas de mi apoyo; ven á refugiarte entre mis brazos, que siempre estarán abiertos para recibirte... ¡Adios!...

Y la anciana se dirigió con paso firme y mesurado hacia la puerta.

Claudina permaneció inmóvil, con el rostro escondido entre las manos, agobiada por el dolor y la vergüenza; pero sin pronunciar ni una sola palabra para detenerla.

Solo cuando oyó el ruido de la puerta que se cerraba detras de la noble anciana, soltó un profundo y amarguísimo suspiro.

Media hora despues ocupaba un lugar preferente en el Hipódromo de la Casa de Campo, y aspiraba, con las mejillas encendidas de placer, el incienso exhalado por la torpe adulacion, que tanto embriaga y enloquece las almas femeniles.

## III

Hé aquí la carta que trazaba Claudina al anochecer de una tarde apacible y deliciosa:

«Te escribo con lágrimas del corazon, querido Pedro; pero debo escribirte, porque no quiero que abrigues ninguna esperanza acerca de lo que jamas debe realizarse... ¡Jamas, Pedro, jamas!... ¿Lo entiendes?... Mi mano tiembla al trazar este *jamas,* y sin embargo, ya ves como lo he trazado... ¡Porque yo comprendo que no soy digna de tí, comprendo que no sabria hacerte dichoso!...

¿Te acuerdas aun de nuestra apacible infancia? ¿Te acuerdas de cuando niños, alegres é inocentes, recorríamos los sotos y los collados cogidos de la mano, entregando al viento nuestros sencillos cantos? ¡Ay, re-

cuérdalo!... Entónces prestaba yo más atencion á las bellas guirnaldas de flores que tejías para ceñir mi frente, que á tus tiernas palabras; prestaba más atencion que á tus sonrisas, á las sartas de conchas que ibas á buscar para mí á las orillas del mar, desafiando sus olas borrascosas!

¿Es un vicio de mi naturaleza este inmoderado afan de lujo? ¿Lo grabó en mi corazon mi pobre madre?... ¡No lo sé! ¡Dios me perdone, Dios la perdone si ha sido causa de mi ruina! ..

Pero dejemos esto... Dices que estás muy triste, que no vas al baile los días de fiesta, ni con los demas compañeros á la ronda... ¡No lo hagas!... ¡Mira que yo, por el contrario, me divierto mucho!... Es decir, no lo sé si me diviertol... ¡Paseo, bailes, teatro... á todas partes voy... en todas partes me encuentro!... ¡Eso sí, á veces me sorprendo á mí misma bostezando en una espléndida fiesta, y casi siempre me retiro con un peso enorme sobre el corazon!... A veces es porque otra llevaba un collar más bonito que el mio, ó el vestido de más gusto; á veces tambien es porque no me han sacado á bailar tantas veces como á mis amigas!... ¡Luego,

hay que estar tan tiesas en sociedad, tan circunspectas!... Es preciso medir las palabras, estudiar las sonrisas!... ¡Si vieras cuanto me acuerdo de nuestros bailes del domingo, adonde íbanos los dos juntos; en donde me ruborizaba de placer á cada palabra que tú me dirigías, á cada palabra galante que me dirigían tus compañeros! ¡Siempre que salía de un baile, llevaba conmigo alegría para toda una semana! ¡Creo que entónces era más dichosa, Pedro!... ¡Entónces nadie era más que yo, y yo me sentia instintivamente querida y respetada!... ¡Pero lo hecho está ya hecho!...

¡Si vieras qué traje tan hermoso tengo para ir al baile de Palacio! ¡Esta noche voy al baile de Palacio, Pedro! ¡Voy á bailar en el salon mismo de la reina!... ¿Lo hubieras tú creído nunca?...

¿Hubieras tú creido nunca, sobre todo, que fuese á Palacio con la señorita Teresa, que se mostraba tan orgullosa ántes conmigo, que se muestra ahora tan amable y complaciente?

Teresa es muy feliz; aquí, como allí, tiene un traje para cada hora del día, y no vive sino rodeada de placeres. Su marido la deja

en entera libertad, engolfado como se halla en sus negocios. ¡Su marido tiene un aire de tristeza y distraccion, que me aflijo al contemplarlo!

Antiguo empleado, y ahora agente de negocios, dicen que ha ganado enormes sumas... y así debe ser, supuesto que, cediendo á las instancias de Teresa, ha comprado un título y tiene un tren brillante. Bien es verdad, que para esto han vendido cuanto poseían en nuestros montes. Teresa, que me recibió con suma frialdad á la primera visita, ahora parece no poder vivir sin mí. Al ver su bondad y su afecto me pregunto mil veces á mí misma si es posible que sea ella quien expulsó tan cruelmente de su casa á a pobre María Juana, prohijada por la primera mujer de su marido.

Pero volvamos á mi traje.

El vestido es de gasa color de naranja con adornos color de rosa. Mi hermano lo ha escogido así, y es sumamente bonito, aunque á Teresa no le ha parecido bien.

Esta mañana me le he probado, y estaba muy linda con él.

¡Linda, sí... Pero si vieras... hay una expresion de tristeza en mi rostro que lo afea!...

¡Ah, no era así cuando estaba á tu lado y en medio de mi coquetería, me espejaba en la fuentecilla de los Fresnos!

¿Has vuelto alguna vez á la fuente de los Fresnos? ¿No te hablan de mí las aguas, los pájaros y los ecos?

Anoche soñé que estaba sentada en su florida márgen como en otro tiempo, que, como en otro tiempo, deshojaba las blancas margaritas para saber si tú me amabas!...

¿Ves cuán niña soy? ¡Siempre ligera y siempre niña!...

Si te casas con María Juana, como te aconsejo, debes hacerlo pronto. Es una pobre huerfanita, sin amparo de nadie, que te deberá su dicha... ¡Te ama desde su mas tierna infancia, Pedro; te adora de rodillas!... ¡La pobrecilla tenía celos de mí! ¡Cuánto ha sufrido!

¡Ella es mejor que yo: modesta, sencilla, llena de cándidas virtudes!...

Cásate, porque yo me voy á casar muy pronto... El esposo que me ha escogido mi hermano es noble y debe ser rico... Dice que tendré una magnífica casa, criados, y un coche tirado por dos caballos andaluces,

cómo no los hay semejantes en Madrid. ¡Mira, pues, si seré dichosa!

Es verdad que mi esposo, ni es jóven, ni es galante; pero tiene mucho partido entre las mujeres de la córte...

¡No vayas por esto á creer que no lo quiero; al contrario, le quiero bien!... ¡No como á tí; eso no, es imposible!...

Si te casas con María Juana, la enviaré como regalo de boda una crucecita de marfil que llevo siempre al cuello, para que la Vírgen Santísima la libre de todo mal y la inspire los medios de hacerte muy dichoso.

¿Recuerdas la historia de esa cruz, mi amado Pedro? ¿Te acuerdas de aquel día en que fuímos los dos, sin que nadie lo supiera, á llevar á la vieja Marta el dinero que contenían nuestras dos huchas?... ¡La pobre Marta acababa de perder á su nietecilla, y no tenía con que comprarle la mortaja y el ataud!... ¡Cuánto lloró al recibir nuestro presente!... «Toma, me dijo, poniéndome al cuello la crucecita; está tocada á la bendita Vírgen del Pilar de Zaragoza. ¡Que la Vírgen os una y os haga muy felices!...»

Salimos de allí cogidos del brazo y llorando... ¡Aquellas lágrimas inundaban el alma

de alegría; estas risas oprimen el corazon y lo torturan!... ¡La pobre Marta no creía que otra se encargase de labrar tu dicha!

¡Adios, Pedro!... Oigo á mi hermano que vuelve... ¡Adios!.. ¡cuando estés casado, y veas á María Juana atenta á complacerte, acuérdate de mí: acuérdate de mí cuando hagas jugar á tus niños sobre las rodillas!... ¡Acuérdate de mí siempre que seas feliz, porque tu felicidad es el sueño más hermoso de mi vida, es lo que pido á Dios con más fervor por mañana y tarde!... Perdóname si te he afligido, perdóname si te he enojado alguna vez!...

Ya no puedo escribir: las lágrimas no me dejan ver las letras, y siento que el corazon se hace pedazos... ¡Adios, mi noble, mi honrado, mi fiel Pedro!... ¡Adios!...

Claudina llegaba aquí de su carta, y no mentía al decir que sus lágrimas la impedían ver las letras, porque corrían hilo á hilo por sus pálidas mejillas.

Apoyó la frente en sus manos trémulas y permaneció algunos instantes silenciosa.

Despues, haciendo un supremo esfuerzo sobre sí misma, plegó la carta y puso el sobrescrito.

En aquel momento entró Márcos. Estaba verdaderamente ridículo con su frac negro; su chaleco blanco y su camisa con chorrera de encaje; cosas todas que hacían resaltar sus modales groseros y su curtida tez.

Y nada de esto os parecerá extraño, si considerais que el pobre jóven venia directamente, no de Motril, sino de las asperezas de los montes de Lujar, en donde había pasado su vida en contacto únicamente con los toscos labradores.

Aunque él hablaba siempre, y con énfasis, de haber terminado sus estudios en la coronada villa, esto no pasaba de ser una ilusion de su fantasía.

Cuando era niño, queriendo su madre á todo trance hacer de él un médico ó un abogado, aprovechó la ocasion de hallarse su marido ausente para mandarle á la córte, á casa de un hermano suyo, tratante en pieles, con objeto de que ingresara en la universidad. Pero, por desgracia ó por fortuna, su estratagema no tuvo éxito. Volvió su marido, y no sólo reprobó lo hecho, sino que se negó á costear á su hijo la carrera: de suerte que Márcos se vió precisado á regresar á su casa, reduciéndose su famoso viaje á un

paseo triunfal por las calles de Madrid, y al recuerdo que siempre conservó de sus lujosas tiendas, sus magníficas carrozas, que amenazaban aplastarle á cada paso; y las brillantes damas que parecían sonreir á todos los que pasaban.

Pero sea como se quiera, él estaba muy satisfecho de su traje, y así lo demostraba con su aire importante y envanecido.

—¿Qué haces que no te vistes?—preguntó con tono desabrido.—¿Escribias?...

—¡Sí!—respondió Claudina suspirando. —Me era imposible ir al baile con *él* sin escribir á Pedro y decirle la verdad. ¡Me hubiera parecido una traicion horrible!...

—Trae la carta, y vete á vestir: yo quiero poner una *posdata*... ¡Te juro que no le diré nada malo!...

A pesar de esta promesa, Claudina dudó un instante. Decidida por fin, puso en su mano la carta, y le dijo con voz trémula.

—¡Hermano, por Dios hermano!...

—¡Vete!—respondió Márcos con brusco ademan.

Claudina salió de la estancia comprimiendo un doloroso suspiro.

No debió gustarle á Márcos la carta que

leyó con suma atencion, porque borró muchas frases, y aun períodos enteros, teniendo mucho cuidado de que no se adivinase el sentido de las palabras suprimidas; y pareció quedar satifecho de su obra y del efecto que hacía la carta de aquel modo mutilada, porque se sonrió con aire de triunfo, mirándose al espejo.

¡Se creia un gran genio y un hábil diplomático!

Añadióla, como había dicho una *pos-data* de su puño y letra, la cerró; volvió á mirarse al espejo, se retiró los puños de la camisa, se retorció el bigote, y balanceando la cabeza al compas de los pies, salió gravemente de la estancia.

Eran ya cerca de las doce de la noche cuando Teresa, ricamente ataviada, entró en la habitacion de Claudina, que ya la estaba esperando, ó más bien, ya no la esperaba, rendida de sueño y abrumada de fastidio.

Acompañaba á Teresa un hombre de provecta edad, que parecía mas jóven merced á los ya visibles auxílios del cosmético y el colorete y cuyo mayor mérito consistía en la exquisita elegancia de su traje y la distincion algo estudiada de sus maneras.

Aquel era el rival que Claudina había dado á Pedro; pero como yo no le veo bajo el mismo prisma que ella, os diré lo que era en realidad este importante personaje.

Se llamaba Donato Salazar, y todos le tenían por rico, aunque nadie pudiera decir cual fuese el orígen de su fortuna, ni en qué consistiese esta fortuna.

Se daba de buena fé á sí mismo tanta importancia; manejaba con tanta finura la sátira, y sabía mezclarla de tal modo con la lisonja y los oportunos dichos, que no había persona de distincion que no aspirase á tenerle á su mesa, ó en su palco, ó en su coche.

Estaba, como suele decirse, en moda, y como le llovían de todas partes los convites, y como él era uno sólo y no podía acudir á muchas partes á la vez, esto daba márgen á que los aspirantes á la dicha de poseerle durante algunas horas tuviesen que avisárselo con anticipacion y aun atravesar algun empeño fuertecillo, cosas todas que acrecentaban muy mucho su importancia. Por lo tanto, Donato almorzaba en casa la marquesa de *A*, comia en casa de la condesa de *C*, iba al palco de la duquesa de *N*, y tomaba el té con la princesa de *X*, amen de la casa

de un senador, en donde se podía decir que habitaba en el invierno, porque Donato jamas pasaba el verano en la villa y córte de Madrid. ¡Eso de achicharrarse como San Lorenzo, ni por sueños! ¡Así que soplaban los primeros airecillos de la primavera, se largaba con unos y con otros; por supuesto, de convite... ¡Cómo era posible que le dejasen que viajara por su cuenta!... Y se iba á Bélgica, á Italia, á Suiza... y aun al país de los hotentotes hubiera ido, con tal de servir de escudo á alguna dama indefensa, ó de consuelo á algun amigo enfermo, porque en punto á abnegacion y complacencia, nadie podía jactarse de calzar tantos puntos como él. Y como la fama es una burbuja de agua, que se va hinchando y engrandeciendo con el aire, tanto se hinchó y engrandeció la suya de fino y elegante, que no había jóven de la aristocracia que no quisiera que él montase sus caballos, ó le diese el dibujo de sus trajes, ó le indicase cuáles eran sus colores favoritos. Con esto acudieron en procesion á él los sastres, los perfumistas y los zapateros, y Donato, que no tenía que pensar ni en la casa ni en la mesa, ya no tuvo que pensar tampoco en sus vestidos.

Ni nos atrevemos á decir otro tanto de nuestro héroe, porque al fin es preciso respetar á los amigos; pero lo cierto es que hay muchos y muchas en Madrid, que viven, gastan y se divierten del mismo modo, para lo cual sólo necesitan una dósis muy grande de egoísmo y otra grandísima de desfachatez.

Debemos, sin embargo, decir, en honor del siglo XIX, que aunque estos tipos abundan mucho más que en los siglos pasados, por el inmoderado afan de aparentar cada uno lo que no tiene, nuestro *gorrista* de hoy no es, ni humilde, ni rastrero, ni servil. En nada se parece á los degradados parásitos de otros tiempos, cuyo sombrero tocaba siempre al suelo, cuya voz no era mas que un eco de la del amo de la casa.

Léjos de esto, el *gorrista* de hoy se distingue por la petulancia de sus maneras, por el tono hinchado y altisonante de sus frases. No solicita proteccion, la vende; no adula, zahiere; no acepta el yugo, lo impone, y consigue los mismos resultados.

En fin, sea de todo esto lo que se quiera el caso es que Teresa, iniciada por instinto en los secretos de la vida de Donato, con ob-

jeto de que la hiciese partícipe de los coches que le prestaban á él y de los billetes de convite que á él le sobraban, porque no es oro todo lo que reluce, y algo, segun colijo, debía tener de falsa la posicion de la antigua señora de Lujar, había imaginado hacerle concebir la esperanza de una rica boda, término oscuro pero infalible, de la brillante carrera de *gorristas*; anzuelo dorado de que se sirve el diablo para llevarlos al infierno y darles allí su merecido.

Y lo más halagüeño del caso para Donato, consistía en que la novia propuesta no era, como acostumbra á serlo siempre, fea, vieja y caprichosa, sino una jóven linda, de carácter dulce y complaciente; y ademas, como decía Teresa, una de las mas ricas herederas de Motril.

Con tan buena fortuna, estaba el pobre Donato que bebía los vientos, y así no os parecerá extraño que ofreciese á Claudina un enorme ramillete, aunque sin acompañarle de frases galantes, sino, al contrario, haciéndose el desdeñoso y llamando á aquel obsequio insignificante bagatela, que había comprado por azar y no por deseo de complacerla, segun era su táctica y costumbre,

porque sabía que en amor se suele alcanzar más con el desden que con el rendimiento.

Y en verdad que tampoco Claudina aquella noche podía inspirarle frases lisonjeras, pues estaba mucho más ridícula que su hermano con su abigarrado vestido y el revuelto piélago de cintas, flores, plumas y encajes que ostentaba en la cabeza, amen de las infinitas pulseras que adornaban sus brazos y las innumerables sortijas que brillaban en en cada uno de sus dedos, y resaltaban sobre la piel anaranjada de los guantes, formando el conjunto más extravagante que pueda imaginarse.

En fin, dada la última mano á los respectivos trajes delante del tocador, empapados bien los pañuelos en esencia de mil flores, ellos y ellas se encajonaron en el coche, con gran detrimento de las gasas y los encajes, no obstante de ser el coche una magnífica carretela de cuatro asientos, forrados de terciopelo, que pertenecía nada ménos que al banquero más opulento de Madrid.

Claudina experimentó un vértigo al subir la alfombrada escalera de Palacio; otro vértigo al penetrar en el salon de baile, espléndidamente iluminado.

Donato las colocó en un rinconcito, en donde había dos asientos, los únicos desocupados, y sólo despues de un cuarto de hora, Claudina pudo darse á sí misma cuenta del lugar en donde estaba.

Hallóse entónces encajonada entre dos hileras de señoras, miéntras que las que tenía al lado, con sus pomposos trajes, cubrian completamente el suyo. Indignada de semejante descortesía, se levantó y acomodó los pliegues de su falda de modo que pudiesen lucir la hermosura de la tela y lo caprichoso del adorno; pero ¡cosa rara! le pareció que aquel vestido, que con tan inocente orgullo había descrito á Pedro, en vez de excitar la admiracion; excitaba las risas comprimidas de las que estaban á su lado. Parecióla que todas las miradas que se fijaban en ella tenian una expresion burlona é irónica, y que la señalaban con el dedo con un ademan hostil y despreciativo. Entónces miró á Teresa, que al entrar en su casa se había ofrecido á sus ojos deslumbradora de riqueza y de elegancia, y le pareció, con nuevo asombro, que su traje desdecía, por lo pobre y lo mezquino, de todos los demas. Su aderezo, que Márcos la había al fin regalado,

costándole muchísimo dinero, no despedia ningun brillo, ningun brillo despedian los pequeños diamantitos de la piocha que adornaba sus cabellos.

Luego había en ella un aire encogido, cierto no se qué, que demostraba claramente que aquel no era todavía su centro.

Las sucedia á entrambas, aunque en diferente escala, lo que á las amapolas de los campos, que crecén y se ufanan entre las verdes espigas, pero que, llevadas á un jardin, y al lado de las hermosas dálias y de las variadas francesillas, pierden todo su atractivo.

—¡Ah!—dijo Teresa en aquel instante, como si respondiese á su secreto pensamiento.—Es preciso que otra vez haga algun sacrificio más!... ¡No hay ninguna como yo, no hay ninguna! ¡Estoy avergonzada, corrida!...

É hizo trizas su pañuelo de encajes.

—¡Yo no sé de dónde sacan el dinero,—repuso con voz sorda—yo he gastado lo que nadie sabe, y todavía estoy mal!...

—¡Es que,—objetó Claudina, quien, á pesar de todo, tenía muy buen juicio,—ellas son damas de la grandeza: hagamos lo que

hagamos, ¿podremos nunca rivalizar con esas damas, que han nacido en medio del esplendor, que tienen medios para sostenerlo?

—¡Yo no sé que misterio es este!—prosiguió Teresa, sin escucharla.—Sales de casa muy satisfecha de tu atavío, y encuentras otra, y otra, y cien, no que te igualen, sino que te aventajen. ¡Es una lucha prolongada hasta lo infinito, porque nunca, nunca jamas, puedes llegar al término de tus afanes!...

—¡Es que todos hacen como nosotras, y gastan más de lo que requiere su estado!—murmuró Claudina.

—¡Entre dos señoras no hay ni puede haber distincion ninguna!—exclamó vivamente Teresa.—Y así te juro que otra vez cueste lo que cueste... ¡Mira aquel vestido rosa, recogido con broches de diamantes!... Yo quiero tener uno así para el primer baile; es preciso que lo tenga.

Claudina la miró con asombro: aquel vestido debía representar una fortuna.

—¡No, no!—repuso Teresa, cuyas miradas centelleaban de envidia.—Prefiero aquel otro azul, bordado de perlas... ¡Mira cuán fea es la que lo lleva! ¿No te parece que me estará bien á mí, que soy muy blanca?

Y Teresa, que devoraba con los ojos cuantos trajes veía, y que hubiera querido hacer suyos, se entregó á tales delirios, y formó tales planes, no todos sensatos é inocentes, que Claudina, estremecida de escucharla, exclamó sin poderse contener:

—¡Creo que tenía razon mi padre!...— ¡Creo que cada oveja debe estar con su pareja!... ¡Bien se solazan los pájaros en el espacio; bien se solazan los peces en el agua!... ¡Yo, ni parezco bien, ni me siento bien aquí!...

Teresa se encogió de hombros con ademan despreciativo.

Con esto transcurrió la mayor parte de la noche. Ya habían pasado revista á todos los trajes; ya habían contado hasta los alfileres que llevaba la reina, y ya empezaban á sentirse fastidiadas. Nadie las hablaba; por supuesto, no había que pensar en que nadie las sacase á bailar, porque para esto era preciso estar en su círculo, y tener muchos conocidos.

No sabían lo que se habían hecho ni Márcos ni Donato.

Claudina había visto al segundo maripo-

sear con sus condesas y marquesas, y estaba aun picada de su indiferencia.

—¡Bonito papel estoy haciendo!—pensaba para sí.—¡No valia la pena de haber dejado los bailes de mi aldea, de haber abandonado á Pedro, para pasar algunas horas de sueño y de fastidio en el salon de una reina, que ni siquiera sabe que existo, y en medio de una sociedad que, ó no me mira, ó, si me mira, es de un modo burlon y desdeñoso! ¡Estas brillantes fiestas son como un charco de agua, que visto desde léjos, cuando le hieren los rayos del sol, parece un diamante y visto desde cerca no es más que un poco de agua!... ¡Ellas, que están en su centro, no digo que aquí no hallen placer; pero nosotras!... ¡Esas gentes hablan un lenguaje distinto del nuestro; tienen modales distintos, y tal vez alma y pensamientos!... ¡Quizas se habrán divertido mucho esta noche... yo, no solamente me aburro, sino que sufro horriblemente!... ¡Y Donato que se quiere casar conmigo, y apénas me ha dirigido la palabra!... ¿Es esto amor?...

Claudina, al hacer esta última reflexion, tuvo que enjugarse á toda prisa una lágrima indiscreta que se asomó á sus ojos.

Quiso Dios, por fin, que S. M. se retirase, que cesara la música y se levantasen las señoras que tenían delante, para dirigirse á la sala de la cena.

Entónces Teresa que estaba lívida de coraje, se puso de pié; procuró desarrugar su vestido, y alargó el cuello, mirando á todas partes, y esperando en vano que algun alma caritativa viniese á sacarla de su purgatorio.

Pero no vino nadie.

Sólo uno ó dos caballeros la saludaron al pasar; sólo la saludó de léjos la anciana dama de la córte por quien había sido presentada S. M. la reina algunos días ántes, y la jóven esposa de un banquero, que estaba tan arrinconada como ella.

Claudina tambien se había puesto de pié, y entónces sí que pudo convencerse de que su vestido daba golpe, como suele decirse, aunque en sentido inverso. Todos los que pasaban la miraban y se reían, y cuchicheaban en voz baja cuantos estaban junto á ella.

Una vez, Claudina, cuya alma entera se había concentrado en sus oidos, sorprendió el siguiente rápido diálogo entre dos jóvenes caballeros:

—¿Quién será?

—¡Alguna lugareña!

—¡Qué ridícula!

—¡Y no es fea!...

—¡A mí me parece horrible!

—¿Quién la habrá traido?

—¡Casi me da compasion!

Claudina se dejó caer en su asiento, é incapaz ya de disimular su amargura, prorrumpió en sollozos.

Así que Teresa supo la causa de su pesar, irguió con aire orgulloso la cabeza, como diciendo:

—¡No dirán eso de mí!

Pero el caso es que el papel que representaba no era mucho más lucido.

Y volvieron á resonar los melodiosos acordes de la orquesta, y volvieron las señoras que tenían delante á ocupar sus asientos respectivos. ¡Hé aquí, pues, á Teresa y á Claudina emparedadas de nuevo entre aquella doble muralla de cabezas!

Por fin rayó el alba, terminando la noche cuyos minutos habian sido para ellas otros tantos siglos, y el resplandor de las luces empezó á quedar amortiguado por el bello resplandor del sol.

El pavimento estaba alfombrado de flores y de cintas, entre las cuales brillaba alguna joya.

Las mujeres tenían impreso en el rostro el sello de la fatiga; los hombres permanecían á su lado músticos y taciturnos. Aquel placer acaba en hastio, como todos los placeres tumultuosos de la vida.

Ya he dicho que el alma de Claudina se había reconcentrado toda entera en sus oídos.

La mitad de los concurrentes había abandonado ya el salon, y hé aquí lo que oyó decir en voz baja á dos damas que pasaban.

—¡Creo que es hermano suyo, y por eso se ha batido!

—¡Esos mozalbetes del día son tan imprudentes!...—exclamaba la más anciana. —¡Se burlan de todo sin reparo alguno!

Los convidados, que salían en tropel, se habían aglomerado en aquel sitio, y las dos damas, detenidas, continuaron en su peligroso diálogo.

—¡Dicen que estaba vestida de un modo muy ridículo!

—Yo siento el desafío por Alfredo... ¡Aunque si le sucede algo, lo tiene mereci-

do!... ¡Me gustaría saber quién es la infeliz causa del conflicto!

Empujadas las dos damas en este instante, se inclinaron hacia Claudina y fijaron por casualidad los ojos en ella.

Claudina creyó ver que se daban de codo y que la miraban como diciendo:

—¿Si será ésta?

—¡Vámonos, vámonos!—dijo, cogiendo convulsivamente la mano de Teresa.—¡Por Dios, vámonos!... ¡Mi hermano se ha batido por mí!

—¡Estás loca!

—¡Acabo de oirlo!

—Yo tambien; pero ¿no hay otras?

—¡Tan ridícula como yo ninguna!—sollozó la pobre Claudina, vertiendo un diluvio de lágrimas.—¡Vámonos ó me voy!,

—¿Sin Donato?

—¿Qué me importa?...

—¡Y hemos de bajar solas!... ¿No ves que cuando lleguemos abajo no encontraremos coche?

Claudina no se hallaba en estado de atender á estas razones, no veía más que á su hermano herido, y acaso moribundo, por su causa.

Se levantó fuera de sí; se abrió paso por entre la compacta muchedumbre, que se apartó sorprendida al ver su afliccion y su desórden; buscó la salida, bajó como una exhalacion la escalera, y por fin respiró hallándose en la plaza y al aire libre.

Teresa no la había seguido.

¿Cómo la había de seguir, para aventurarse á cruzar las calles de Madrid de día, con sus zapatos de seda y su vestido de baile?

Claudina era otra cosa: las personas criadas en medio de la naturaleza no razonan tanto.

Pero hallóse allí perpleja, confusa, en medio de aquel laberinto de coches que se cruzaban en todas direcciones. La infeliz no conocia las calles, no sabia adonde ir...

Quizas se arrepintió entónces de su impremeditacion y de su arrebato.

Algunos oficiales se acercaron á ella, y la dirigieron mil cumplidos impertinentes.

Por fortuna, en aquel instante oyó que la llamaban: era Donato.

—¡Mi hermano! ¿Qué se ha hecho mi hermano?—gritó abalanzándose hacia él.

Y luego, viendo que Donato buscaba en

su mente alguna respuesta tranquilizadora, prosiguió con fuego:

—¡Se ha batido, y se ha batido por mí! ¡Lo sé, lo sé todo! ¡Ha muerto? ¿Vive?...

—¡No ha sido nada!—dijo Donato.—Unos jóvenes imprudentes hablaron de usted con poco respeto: él se enfureció, y quiso absolutamente que salieran á darle razon de su insolencia. Rayaba el día y pudieron batirse ahí cerca, en el Campo del Moro. En una palabra; Márcos no tiene nada más que una ligera herida en el brazo, y está en casa de su tia. La encontramos que iba á la primera misa, y quiso con empeño que se quedase en la tienda.

Claudina ya no le oía.

Había echado á correr como una loca, y Donato tuvo que aligerar el paso para poder alcanzarla.

## IV

La tienda en donde habitaba la anciana Úrsula pertenecía á una de esas casas feas y ruinosas, que tanto abundan en Madrid, y su habitacion, interior, recibía un rayo de opaca luz, por una ventanita que daba á un patio estrecho, súcio y lóbrego.

Pero si el patio era lóbrego y sombrío, salian á alegrarle ocho ó diez vecinas, para quienes tenía tales encantos y tan misteriosos atractivos, que pasaban horas y horas contemplando las negras grietas de la pared, ó las corgaduras formadas por la araña laboriosa, con gran descontento de las cazuelas, sartenes y pucheros, que gemian y lloraban, y rabiaban de lo lindo, al ver que nadie acudía á retirarlos de la lumbre, en la cual se estaban achicharrando.

A veces despertaba los ecos lúgubres del patio una música deliciosa, formada por un concierto de voces, que tenian todos los timbres, desde el más agudo y argentino, hasta el más grave y áspero.

Este concierto solía empezar con algunas notas vagas y dispersas, que se reunian muy en breve en un *piano* prolongado y misterioso, para resolverse en un *crescendo* lleno de fuego, y concluir con un *tutti* estrepitoso, al cual, para darle mayor fuerza y valentía, se unía á veces el ruido de las cazuelas y pucheros, que, á guisa de proyectiles de guerra, se lanzaban los cantores á la cabeza los unos á los otros.

En el tribunal de aquel patio, más severo que el del Consejo de los diez de la tenebrosa Venecia, no se sabía lo que significaba la palabra *apelacion*, y no se imponia más pena que la de muerte. Allí iban á morir honra, virtudes, talento y reputaciones. Dejando muy atras en punto á libertad de pensamiento á las repúblicas más libres, allí todo se discutia, todo se analizaba, todo se sacaba á la luz del sol y se pasaba por el tamiz de aquellas inteligencias, que debían creerse á sí mismas el *non plus ultra* de la

rectitud y del saber, cuando tan sin tasa andaban en sentenciar pleitos ajenos.

En aquel patio, pues, y á la hora en que acababa de suceder cuanto os llevo referido, se fueron asomando, primero una, luego dos, y luego sucesivamente hasta diez cabezas, blancas, rubias y negras.

—¡Oh!... ¡Chist!.. dijo una robusta nodriza, que habitaba en uno de los dos cuartos principales.—¡Qué sucede en casa de la tia Úrsula?

—Hijas, —respondió con voz chillona otra que gozaba del alto privilegio de conversar con las nubes,—como mi buhardilla da á la calle, acabo de ver entrar á una señora vestida de baile... ¡No sé lo que la habrá sucedido, por que viene pálida y llorosa!

—Antes entró un caballero, tambien pálido, y al parecer enfermo.

—He oido decir que son sobrinos

—¡Pues!... ¡Sobrinos iban esos á ser de la tía Úrsula!

—Sí, hijas, sí, —dijo una vieja que habitaba en el otro cuarto principal, echándose casi fuera de la ventana para mirar á la vecina de arriba, y exponiendo con esta evo-

lucion á la luz del sol su blanca y enmarañada cabellera.—¡Sí! ¡Ahora todos somos unos! ¡En mis tiempos se podía decir aquello de: *¡Quien á los suyos se parece honra merece!..*, Ahora... ¡Que si quieres!... el que tiene más chispa en una familia se mete al instante á banquero, y mira á sus demas parientes de reojo... Así le sucede al padre de tu niño,—añadió dirigiéndose á la nodriza,—que andando en imprimiduras, supo pescar un empleo, y vive con mucho lujo y gasta coche, miéntras su hermano guarda una portería miserable y es semicriado de todos los vecinos de la casa.

—¡Pues ya vereis dentro de poco al del otro segundo,—dijo la habitante de la buhardilla,—que es *lotógrafo, fotrógafo,* ó qué sé yo como se llama eso!... ¡Un oficio muy decente! ¡Pero él no está contento, y así que ha podido reunir algunos cuartos, se ha puesto á jugador de Bolsa, y va subiendo lo mismo que la espuma!

—¡Sí!—respondió la vieja.—¡Con tal que no le suceda lo que al sastre de la esquina, que cuando tuvo una buena huchita, ganada con sus propios dedos y con alguna sisa de paño, quiso poner un café, y perdió dinero,

tranquilidad, salud, y con ella la posibilidad de trabajar en lo sucesivo!

—¡De esto tuvieron la culpa sus mujeres, an nécias, tan casquivanas, queriendo vestir siempre á lo gran señora!...

—¿Sabes que ayer ví á la casada con el zapatero?...

—¡Mujer, dí con el comerciante de calzado?...

—¡Si te oyera él llamarle zapatero!...

—¿Pues qué? ¿No le he visto yo cien veces tira que tira de la lezna?

—¿Y eso qué importa? ¡El caso es no llamar á las cosas por su nombre verdadero!

—¿Será por eso por lo que la de arriba no quiere que la llamen modista, sino la señora que confecciona sombreros?

—¡Lo mismo hace su vecino, el maestro de escuela, que tiene cuatro chicuelos por discípulos, y quiere que le llamen catedrático!

—Es que cada uno se avergüenza de su estado,—dijo la vieja, haciendo relucir otra vez al sol el bosque de plata que adornaba su cabeza.—Mirad, yo tuve un amo, que era cura y siempre me decia: «Los hombres de ahora hacen como cierto animalejo, que

cuando se ve perseguido esconde la cabeza entre las matas, y aunque deje el cuerpo fuera, está tranquilo, creyendo que nadie lo ve, porque él no se ve á sí mismo. Los hombres de ahora, con cambiar el nombre de las cosas, creen que las cosas ya no existen como son en sí, sino de otro modo muy distinto. Pues mi bendito amo no tenía esta opinion, ni yo tampoco. Yo quiero que al pan se le llame pan, y al vino vino; porque esta trocatina de nombres, hace que todo ande revuelto en el mundo y nadie sepa á qué atenerse. En mis tiempos se cantaba un cantar, que decía así:

Acuérdate de la hormiga
Si de volar tienes ansias,
Que hasta el cuerpecito pierde
Cuando le nacen las alas.

En verdad, que los paredones del patio debieron estremecerse hasta lo más recóndito de sus cimientos al oir la voz cascada y estridente de la vieja, que no contenta de cantar su cantar con una tonada monda y lironda, quiso maravillar á su auditorio haciendo mil primores de garganta, porque allá en sus mocedades se había preciado de ser una famosa cantarina.

Las vecinas acogieron la cancion con sendos palmoteos, que tenían más de chacota que de aplauso; pero la vieja continuó con ademan imperturbable:

—¡Si, señor! ¡Antes, como cada una sabia cual era su clase, sabia tambien como debía andar vestida, y estaba tan contenta!... Ahora todos jugamos al *¿subes tú?... ¿Yo quiero subir tambien?...* Ahora, la mujer del artesano, que ve á la del peon de albañil vestir como ella, para que no se las confunda, quiere vestir como la del artista, del abogado, del médico: la del médico como la del banquero; la del banquero como la del duque, y esta como la reina. ¡Y ved aquí como esta trocantina de nombres, que no parece nada, nos ha traido el lujo, que nos trae á mal traer! ¡Y así anda todo revuelto y fuera de su sitio! Y si no, cuando yo hago sábado, y tengo todos los trastos por en medio, ni sé por dónde ando, ni encuentro lo que busco: ya tropiezo con este mueble, ya derribo aquel, ya el de más allá se hace doscientos pedazos, miéntras que cuando todo está colocadito y en órden, cada cosita luce en su lugar, sin que haya miedo de que se estropee y se rompa, y la casa parece un paraíso!

—Pero vamos al asunto,—repuso el ama de cria con impaciencia:—todo esto no nos dice qué es lo que sucede en casa de la tia Úrsula.

—¡Chist!...—dijo la vecina de la otra tienda, haciendo una seña significativa, que queria decir: «Anda por ahí; ya os lo contaré despues.»

Reinó en el patio por algunos instantes un profundo y angustioso silencio, hasta que quiso Dios que la vieja Úrsula abandonase la cocina, y entónces la que había prometido contarlo todo, se asomó á la ventana y dijo, teniendo los ojos fijos en la habitacion inmediata:

—¡Son sobrinos!... ¡Hermano y hermana! ¡Millonarios!... ¡El hermano está herido de resultas de un desafío!... ¡Úrsula anda fuera de sí, por el gozo de tenerlos en su casa!...

—Ya se ve, como vive en esa absoluta soledad con el pobre paralítico!...

—Ya sabeis que es muy hurona!... Buenos días, buenas noches, y nada más! Desde que viven aquí, y ya hace años, ¿quién puede jactarse de haber puesto los pies en su casa?...

—¡Sí, pero no era así ántes Úrsula, ántes de perder á su niña, como ella la llamaba...—dijo la vieja, que no podía estar callando.

—¿Qué niña?

—¡Chist!... ¡Es otra historia!

—¡Cuéntela usted!

—¿Quién la sabe?...

—Lo que usted sepa.

—¡A fe de Samuela, que no son más que conjeturas!

—¡Dígalas usted!... ¡No viene!... ¡Yo estaré á la mira!—dijo la tendera.

Samuela se hizo de rogar un poco, y luego dijo:

—Lo tendré que tomar de muy atras. ¿Hay alguna que haya conocido al señor Anselmo? Y digo conocido, porque ahora no es más que una mómia, sin voluntad ni pensamiento.

—¡Yo, yo!...—respondieron tres ó cuatro voces.

—¡Se me figura que todavía le estoy viendo con su chaqueta de paño burdo y su gorrilla de seda en la cabeza! ¡Qué hombre de bien aquel! ¡Chapado á la antigua; eso sí, muy chapado á la antigua! Tenia un comer-

cio bien surtido, ahí cerquita, en la calle Mayor; tres ó cuatro dependientes, y con esto y con su honradez, era su tienda una de las concurridas de Madrid. Cuando vino á servir á su casa la tia Úrsula, aun estaba soltero.

Se casó al poco tiempo con una sobrinilla suya, bonita como un ángel. ¡Y qué felices eran al principio! Ella andaba muy bien vestida; pero conforme á su clase, porque, como os he dicho ántes, el señor Alselmo estaba chapado á la antigua. Eso sí, por las tardes del día de fiesta llevaba á su mujer á merendar al campo, ó á algun teatro, ó á los toros; pero á las nueve á casita, á rezar el rosario, y á la cama.

Pronto Clara, que así se llamaba la mujer, se puso muy triste, muy triste y cabizbaja. Yo, como soy lista, adiviné al instante la causa de su tristeza, viéndola pasar horas y horas delante del tocador, procurando ponerse los peinados de moda, y andando á caza de figurines para arreglarse los vestidos. Úrsula la daba gusto en todo, y trabajaba día y noche para comprarla algunas cosillas á escondidas de su amo. Úrsula es una encajera primorosa, la mejor que hay en Madrid, y gana lo que quiere.

Como yo ejercia ya entónces mi oficio de prendera, venia á mí para comprarme ya el velo, ya las mangas, ya otras mil chucherías, que yo le daba baratas, y que eran para Clara un verdadero tesoro.

En esto, se murió la madre del señor Anselmo, y él tuvo que ir á la tierra.

Al instante Clara arrinconó sus vestidos viejos, se hizo otros nuevos, salió, entró, yendo á los bailes y al teatro, y no volviendo á su casa hasta las doce de la noche, á pié algunas veces y muchísimas en coche.

Úrsula lloraba y la reñia, augurando muy mal de todo aquello, y yo tambien, pero Clara no hacia caso...

Cuando ménos lo pensaban, volvió el señor Anselmo de la tierra, y la paloma tuvo que dejar de volar y volver al nido... pero el nido quedó muy pronto vacío... ¡Se pasaron días y días sin verla!... ¡Yo tenía una curiosidad muy grande por saber lo que había sucedido!... ¡No era fácil!... El señor Anselmo ya no salia del rincon de su tienda; Úrsula ya no hablaba con nadie. Se mudaron aquí, como si aquella casa los embistiera... y yo tambien me mudé.

Despidieron á los dependientes, la tienda

fué estando mal surtida, y perdieron los parroquianos.

¡El señor Anselmo parecía que se alegraba de esto! ¡Se le hubiera visto sentado en el rincon más oscuro de su tienda, siempre con su rosario de grandes cuentas en la mano!... Como mi alcoba cae encima de la suya, por las noches le oia llorar amargamente... Pues, señor, ¿que habrá aquí? pensaba yo, llena de curiosidad. En la vecindad se dijo que Clara había muerto en los baños, adonde había ido para restablecer su salud. Y en verdad que Úrsula y el señor Anselmo habían vestido de luto. ¡Pero no se llora tanto porque Dios se lleve lo que es suyo! Yo estaba cierta de que en todo aquello había algun misterio, y así andaba de lista, atisbando aquí, atisbando allí, abriendo agujeritos en el suelo de la alcoba, de la cocina, para ver lo que pasaba abajo...

¿Está ahí?... Por Dios, que ahora no me oiga! ¡Avisa, Petra! ¡Hablaré bajito,—añadió, dirigiéndose á la nodriza.—¡Ya se lo contarás luego tú á las de arriba!

Pues una noche... Era una noche de invierno, y hacía un aire que bamboleaban las paredes, y en la calle se apagaban toditos

los faroles... El señor Anselmo estaba imposibilitado como ahora... Empezó por no poder salir á misa, y acabó por no poder abandonar la vieja poltrona de cuero en que está sentado, con la barba casi apoyada en las rodillas, y sin tener agilidad más que en los dedos para pasar las cuentas del rosario.

Serían ya las once, cuando oí que daban un aldabonazo á su puerta. No tuve pereza: salté de la cama, me envolví en una manta, y me asomé al balcon... ¡Justo y cabal! Era en su casa en donde llamaban, y lo que más me sorprendió, fué que la que llamaba era una mujer.

Aunque silbaba el viento, y aunque le dió la idea de cantar á lo lejos al bendito sereno, sin embargo, oí que decía distintamente:

—¡Clara!

—¿No había muerto?—exclamó la nodriza.

—¡Calla, boba no era ella! Ya os he dicho que había abierto agujeritos en todas partes, y asomé un ojo al que daba sobre la tienda.

¡Hijas! ¡Cómo me quedaría al conocer á una gran señora, á una de mis parroquia-

nas, con la que hago magníficos negocios, pues se cansa de sus vestidos apénas los lleva un par de veces, me los da en cambio de cualquiera chuchería que no vale nada!

Al verla allí, me acordé de que yo misma la había contado la historia de Clara, y el misterio con que Úrsula rodeaba su muerte ó su existencia. Recordé tambien que me había hecho muchísimas preguntas; pero como yo soy curiosa, encuentro natural que lo sean los otros.

¡Si viérais que escena se pasó allí!... Yo no sé lo que se dirian; lo que puedo asegurar es que la señora amenazaba y Úrsula suplicaba. ¡Eso sí, y con qué sollozos! Pero de pronto se trocaron los papeles: Úrsula se enderezó... ¡Parecía haber crecido un palmo! Se enderezó, y señaló á la otra la puerta con un ademan tal de imperio, que yo misma me sentí sobrecogida.

Pero la señora no se inmutó en lo más mínimo: se sentó en una silla, y habló largo rato.

Yo veía á la pobre Úrsula retorcerse las manos, arrancarse el cabello... ¡Daba lástima el verla!... Por último, sacó del mostrador una bolsita de seda y la puso en las ma-

nos de la señora. Despues se volvió hacia la Vírgen que, como sabeis, hay en la tienda, y pareció apelar á su justicia.

Preveí que la señora se marcharía... Me vestí apresuradamente, abrí la puerta de la escalera y me estuve queda...

Al cabo de poco rato la ví salir, en efecto, de la tienda.

—¡Ande usted con Dios,—la dijo Úrsula, —y que Él la tome en cuenta su vileza! ¡No vuelva á turbar la paz de un moribundo! ¡Pobre amo, pobre amo mío! ¡Qué él muera al ménos sin saberlo!...

—¿De qué se trataría?

—Seguí á la señora, que se marchó sola, hasta su propia casa. No me había equivocado: era la misma.

—¿Y qué colige usted de todo esto?—exclamó la impaciente nodriza.

—¡No he trabajado ya poco por saberlo! La señora no vino una sola vez: sino otras muchas, y la última trajo, y enseñó á Úrsula, una carterita verde... Pues bien, como yo entro á todas horas en casa de la señora, y como entro con cien ojos, siempre á caza del misterio, un dia atisbé la cartera verde en el fondo de un pequeño pupitre. Lo más

fácil del mundo era aprovechar una distraccion y apoderarme de ella.

—Úrsula,—la dije una mañana á esta al salir de misa,—¿qué me daría usted si yo echase el gárfio á cierta cartera verde, y la pusiera entre sus manos? ¡Su amo de usted es muy rico, y yo soy muy pobre!

¡Me parece que estaba en mi derecho al especular sobre el secreto, supuesto que especulaba sobre él todita una señora!

—¿Pues y el sermon que nos ha echado usted ántes sobre la ambicion y el lujo?—exclamó una vecina.

—¡Mira esto!—dijo la vieja, sacando al sol los andrajos de que estaba cubierta.—¿Se me puede acusar á mí de gastar lujo?

—Lo cual quiere decir, repuso la vecina,—que la ambicion es mala siempre, sea que se vista de oro, ó que quiera guardarlo en los arcones.

—¡Qué moral estás, hijita!—exclamó la vieja picada.

—¡Prosiga usted, prosiga usted!—gritaron á una todas las vecinas.

—Pues, señor, Úrsula se puso muy pálida al oirme. Me cogió la mano, y me la estrechó con un movimiento convulsivo.

—¿Qué querria usted? me dijo.

—Tres mil reales.

Ursula soltó mi mano, y creí que la daba una convulsion: tanto temblaba.

—Ah, yo todo lo daria, todo, por ahorrar un disgusto á mí pobrecito amo,—dijo con voz angustiosa;—pero no los tengo!

—El amo es rico.

—Lo que tiene el amo es suyo... ¡Es suyo!—repitió Ursula con un tono que me hizo bajar los ojos...

—¡Pero usted hace encajes muy buenos! la dije, sin dejarme vencer por su mogigatería.

—Los hacía. ¡Veo ya tan poco!

—Los hace usted todavía bien... aunque sean más ordinarios.

Úrsula estuvo un rato pensativa, y luégo dijo vivamente:

—¡Acepto la proposicion, la acepto!

—Cuando á fuerza de trabajo y de economía haya reunido la suma necesaria, iré á buscarla!

—¿Y qué más?—preguntó la nodriza.

—¡Nada más!... Así estamos.

—¡Chist!—dijo la atalaya de la buhardilla.—Oigo parar un coche.

Se metió dentro, y volvió á salir al cabo de un instante.

—¡Es un señoron!—exclamó.—¡A ver, á ver lo que pasa!...

Era, en efecto, un hombre de alta estatura, de exterior agradable, de modales finos y distinguidos, el que, bajando del coche, entró en la tienda y preguntó por Márcos.

Contíguo á la tienda había un gabinete con una alcoba. En el fondo de esta estancia, sentado en una poltrona de cuero, y tal como lo había descrito Samuela, tocando con la cabeza en las rodillas, y pasando entre sus dedos las cuentas del rosario, estaba el señor Anselmo.

Tenia el cabello completamente blanco, los ojos tristes y apagados. ¡Bien se conocia que el dolor moral había pasado por allí, destruyendo al mismo tiempo el cuerpo y el alma!

Tendido sobre un sofá, colocado debajo de una ventana que daba á la calle, estaba Márcos, con su brazo vendado y su aire orgulloso é impertinente, y junto á él Claudina.

Úrsula iba y venia del enfermo á sus sobrinos, teniendo para todos palabras de ternura y de consuelo.

Al entrar el desconocido, fuese por efecto de su natural timidez, porque ya sabemos que Úrsula era hurona, ó por cualquiera otra causa, lo cierto es que al verle se turbó en tales términos, que espiró la voz en su garganta.

Reunió, sin embargo, todo su valor, y dijo con una voz que en vano quería parecer segura:

—Pase usted.

No se turbó poco Márcos á su vez al recibir aquella visita inopinada, pues el que entraba era nada ménos que el director del Banco, el nuevo marques, el marido de Teresa.

—Salazar acaba de decírmelo y de indicarme la casa,—dijo éste sentándose sin ceremonias en el sofá.—¿Qué ha sido ello? ¡Un rasguño!... ¡Nada!... ¿No es verdad?... Me alegro...

Y satisfecho con las tranquilizadoras respuestas que se daba á sí mismo, se cruzó de brazos y fijó sus ojos en el techo, demostrando claramente que ya no sabía en donde estaba, ni cual era el objeto de su visita.

Demostrólo más, por cuanto miéntras Márcos le hacía una prolija relacion de un lance, le interrumpió diciendo:

—¿Conque estamos en familia, eh?... ¡Esta señora, segun me han dicho, es tía de usted!...

Y fijó en Ursula los ojos centelleantes.

Esta dejó escapar un ligero grito. Sin duda la expresion de aquellos ojos evocaba en ella algun penoso recuerdo.

Tambien él pareció turbarse y conmoverse.

—¿Hace mucho tiempo que habita usted en esta casa?—balbuceó con voz apénas inteligible.

—¡Cerca de quince años!—respondió Ursula, mirándole fijamente.—¡Hé ahí á mí amo!...—añadió, señalando al anciano y con un tono tan lúgubre, que el banquero se puso pálido como un difunto.

Instintivamente miró al paralítico; pero al instante apartó de él la vista y la fijó en el suelo.

—¡Hace diez años que está así!—repitió Ursula con el mismo tono.—¡Muerto para el placer, vivo para el dolor!...

—¡Y no crea usted,—interrumpió Márcos! que nunca perdia de vista su objeto, dirigiéndose al banquero;—no crea usted que mi tia esté sirviendo porque las circunstan-

cias la hayan obligado á ello; ¡no por cierto! Bien sabe mi tía que no le faltaba nada en casa, y que, por decoro al ménos, debía permanecer en ella. ¡Porque nosotros somos nobles... ¡Sí, señor, nobles! ¿No es verdad, querida tía?

Podía haber hablado Márcos mucho más tiempo, porque nadie le escuchaba.

Úrsula y el banquero se miraban fijamente, con expresion torva y sombría. Úrsula se iba acercando á él paso á paso, como atraida por una fuerza mágica, y cuando estuvo á su lado murmuró en voz baja:

—¡Gervasio!

El banquero se puso de pié por un movimiento instintivo, y se abalanzó á la puerta.

—¿Qué es esto?—dijo Márcos, sorprendido al ver su extraña accion.—¿A dónde va usted, Gervasio?

Gervasio, ni se detuvo, ni respondió; pero en vano trataba de huir, porque Ursula le iba siguiendo, y al llegar á la tienda murmuró de nuevo en voz baja:

—¡Clara!

Gervasio se detuvo.

—¿Quién me ha traído á este sitio?—balbuceó, pasándose la mano por la frente.

—¡Dios!.... dijo la anciana.

—¡Dios!—repitió Gervasio como un eco.

Miró en deredor de sí con ademan extraviado y se lanzó á la calle.

—¡Tía!...—gritó Márcos lleno de impaciencia, aunque procurando dulcificar algun tanto el tono de su voz.—¿Qué tiene usted que hablar con ese caballero? ¡Es un gran señor!

Úrsula se encogió de hombros y se dirigió lentamente hacia el enfermo.

Este de nada se había apercibido, y continuaba pasando con rapidez de unos dedos en otros las cuentas del rosario.

—¡Sed!...—dijo, fijando en Úrsula sus grandes y melancólicos ojos

La anciana le dió de beber con la solicitud de una madre.

—¿Y está siempre así?—preguntó con tierno interes Claudina.

—¡Siempre!

—¿Por quién reza?

—¡Por su difunta esposa!

—¡Desgraciado!

—Tía,—repusò Márcos, para quien los minutos que pasaba en aquella casa eran siglos de oprobio y de tormento, y que desea-

ba alcanzar pronto el objeto por el cual había consentido en confesar su parentesco con la anciana; ¿no me dirá usted, tía, ahora que estamos solos, en donde se hallaba escondido el canuto de hoja de lata que encierra nuestros títulos de nobleza?

A la verdad, toda la atencion, todo el cariño de Úrsula estaba reconcentrado en Claudina, y no oyó, ó no quiso responder á esta pregunta, previendo acaso que su respuesta debía separar á la jóven de su lado.

Pero Márcos repuso:

—¡Usted es nuestra tia carnal; somos sus únicos parientes, y no puede usted ménos de interesarse por nuestro engrandecimiento!

—¡Sí!—dijo Úrsula con ternura.—Vosotros sois mis únicos parientes, los hijos de mi querído hermano. ¡Ah! ¡Con que júbilo fuí á veros así que supe por Simon que habiais llegado á Madrid!... ¡Pobre Simon! ¡Habeis hecho mal en no querer recibirle!...

—¡Un tratante en pieles!—exclamó Márcos con desden.

—¡Tío vuestro como yo!... ¡Hermano de vuestra madre!...—se apresuró á decir Úrsula.

—¡Oh!... ¡Usted es distinto!—balbuceó Márcos.

—¡Tambien os negasteis á verme!

—¡No volverá á suceder!

—No me sería posible molestaros aunque quisiera! ¡No puedo dejar á ese infeliz!

—Vendrá Claudina.

Los ojos de la anciana despidieron un rayo de júbilo.

—¡Oh!... ¡Si tú vinieras alguna vez!...—exclamó, dirigiéndose á la jóven.

—¡Muchas, muchas veces!—dijo esta con efusion.

—Pero entre tanto, no nos revela usted, —repuso Márcos,—en donde está el canuto.

Úrsula le miró con expresion dolorosa.

—¡Sea!...—dijo al cabo de un instante.—¡Sea, pues, ya que lo quieres! ¡Y Dios haga que mi revelacion no me acarree un desengaño, como me lo acarreó mi silencio en otro tiempo! Yo sabia efectivamente en donde se hallaban escondidos los títulos de nobleza; pero mi hermano me había hecho jurar que no lo revelaria jamas... Este fué el motivo de la disputa suscitada entre vuestra madre y yo; disputa que me condujo á abandonar mi aldea. Poco tiempo despues, y tú te acor-

darás de ello, Márcos, se incendió un ala de la casa. El incendio fué ocasionado por un descuido de tu madre, que bajó con una luz al sótano en busca de esos mismos papeles que deseas, y que se quemaron con cuanto había en aquel sitio.

Imposible sería expresar con palabras la sorpresa, el disgusto y el enojo que se pintaron sucesivamente en la fisonomía de Márcos al oir estas palabras.

—Es decir, exclamó con ímpetu,—que quiere usted continuar la farsa de que fué víctima mi pobre madre, y que tanto la hizo sufrir en este mundo. ¡Es decir, que persiste usted en engañarme!

—¡Te juro por lo más sagrado que he dicho la verdad!...—respondió Ursula.—¡Y sábete que yo no he mentido nunca!

—¡Tía, por Dios, no le haga usted caso! —interrumpió Claudina suplicante.

—¿Para que quieres esos papeles?—repuso la anciana con vehemencia.—¿Qué te importan? Procura engrandecerte tú por el lustre de tus acciones, y deja en paz á tus abuelos! pero Teresa, que, segun dices, te ha contado todo esto, sabe muy bien que los papeles se quemaron, porque tu padre se lo

reveló al suyo cuando este último quiso mediar en la desavenencia suscitada entre ambos esposos por el suceso que acabo de referirte. Si lo sabe, ¿por qué te engaña? ¿Por qué te hace concebir esperanzas infundadas? ¡Ay Márcos!... ¡Márcos!... Tú no eres mas que un pobre niño grande, ajeno á las sutilezas de la córte. ¡Teresa está esplotando tu vanidad! ¡Lo conozco! ¡Sabe que eres rico, y quiere gastar á tus expensas!

—¡Tía, me parece que injuria usted á Teresa, que es tan buena!—se atrevió á observar Claudina.

¡Jamas la calumnia ni la difamacion han mancillado mis labios,—exclamó Ursula con tono solemne;—pero os aseguro que Teresa os está conduciendo al precipicio!... La pasion del lujo la extravía, y con tal de convertir en oro cuanto toca, no repara en los medios á que apela.

Márcos, convencido, mal de su grado, de la certeza de cuanto había dicho la anciana respecto á los títulos, se recostó despechado en el sofá, y permaneció silencioso, afectando no prestar atencion á sus últimas palabras.

De pronto se levantó, y ajustando bien

su brazo herido en el pañuelo de seda que llevaba al cuello, dijo, interrumpiéndola con sequedad:

—Vea usted si pasa algun coche. No nos podemos ir con estos trajes!

—¿Te vas porque ya nada esperas de mi? exclamó Ursula con tono doloroso.

—¡No piense esas cosas, tía!—se apresuró á decir Claudina.—¡Si nos vamos ahora, porque es preciso, ya volveré cien veces!

Pasado un cuarto de hora, cuando la jóven iba á subir al coche de alquiler, en donde ya se había instalado su impaciente hermano, Ursula la detuvo y la dijo al oido:

—¡Por desgracia creo que pronto necesitarás de mí! ¡Si necesitas de mí, ven á buscarme!

Claudina le dió las gracias rodeándola el cuello con sus brazos, é imprimiendo un tierno beso en sus pálidas mejillas.

## V

Dos veces se habían reproducido las flores de primavera y las nieves del invierno.

Dos veces habían ido los pájaros viajeros á buscar sol y alimento á mas templados climas.

En una tarde de otoño, triste y melancólica, Claudina estaba asomada al balcon de su casa que casi lindaba con el Prado.

Las ramas de los árboles tocaban al balcon y le azotaban, meciéndose al impulso de la brisa, ya convertida en cierzo.

El cielo tenía un color aplomado, la tierra estaba cubierta de hojas secas y amarillentas que crujían bajo las pisadas de los transeuntes. Los transeuntes iban de prisa, envueltos ya la mayor parte en la graciosa capa española, precursora del invierno.

sentiría yo en perder mi libertad, en darte el título de esposa, si no te amase, vida de mi vida? ¡Ah! ¡Si alguna vez estoy á tu lado distraido, si alguna vez dirijo á otra mis obsequios, es porque el exceso de mi amor me hace ser demasiado susceptible y ofenderme de tus más inocentes acciones, de tus palabras más inofensivas!... ¡Ven, Claudina, ven!... ¡Dentro de un instante nada podrá ya separarnos en la tierra!... ¡Ven á hacerme el más feliz de los hombres... ven á unir mi suerte con la tuya!...

Y quiso arrastrarla consigo.

Pero Claudina, aunque débilmente, se resistia.

—¡Será posible que dudes en este solemne instante? ¿Será posible que llores y te aflijas cuando nuestro amor va á ser bendecido y santificado?—prosiguió Donato con fuego.—¡Oh, Claudina, mi Claudina, ocúltame tus lágrimas, no desgarres mi corazon con la vista de un dolor que troncha mi esperanza!...

Claudina dió algunos pasos más; pero de repente se detuvo y se arrodilló en el suelo.

—¡Perdóname, perdóname,—exclamó,

tendiendo hacia Donato sus manos suplicantes.—¡Soy débil, soy cobarde!... ¡Pero amo á mi hermano, no puedo abandonar á mi hermano!...

—¡Tu hermano!—dijo Donato con ciega cólera.—Tu hermano, que protegió, avivó nuestros amores, dispuso nuestro casamiento, y ahora se niega á que lo verifiques, sin alegar razones, sin protestar ninguna excusa!... ¡Ah!—añadió con ironía.—Bien sé que la razon de su proceder es una de aquellas razones que se ocultan!... ¡Como ántes me protegía á mí, ahora proteje á ese banquero, viejo, feo, ridículo!... ¡A ese banquero, que solo me aventaja en tener muchos doblones! ¿Sería esa, tal vez, la razon por la cual tú dudas tambien Claudina?...

La jóven se levantó con aire digno y ofendido.

—¡Vamos!—exclamó con entereza.—¡Lo he prometido!... ¡Cúmplase mi destino!...

Donato se abalanzó á una silla en donde estaban el abrigo y el velo de la jóven: se los puso por sí mismo con impaciente anhelo, y la arrastró consigo hasta la puerta.

Pero la puerta se abrió de par en par, empujada violentamente por la parte de afue-

ra, y Márcos, con el traje y el cabello en desórden, penetró en el aposento.

—¡Ah!... —dijo, mirando en derredor de sí con aire extraviado.—¿Conque el aviso era cierto?...

Hubo un momento de angustioso silencio. Claudina retrocedió hasta ir á apoyarse en el marco de la chimenea, y permaneció allí inmóvil, muda como una estatua de piedra.

Márcos se dejó caer en una butaca: en su rostro no se pintaban ni la cólera ni la altivez, sino un pesar amargo, un profundo desaliento.

—¡Acérquese usted,—dijo por fin bruscamente, dirigiéndose á Donato;—acérquese usted: tenemos que hablar!... ¡Pero acérquese usted, Dios mio!—añadió con febril impaciencia, viendo que Donato vacilaba.—¡Acérquese usted, porque están contados mis momentos!... ¡Usted ama á Claudina! ¿No es verdad? ¡Dígame usted que sí! ¡Por Dios, dígame que sí; se lo ruego con el alma!...

Claudina y Donato le miraron fijamente: por un instante creyeron que se había vuelto loco... Tan angustioso era su ademan, tan desesperado su acento.

—Ayer no quería consentir en este casamiento,—balbuceó Márcos;—hoy quiero!... ¡La verdad: ayer aspiraba para Claudina á más rica boda; hoy mi única esperanza estriba en su amor de usted, Donato!

Levantóse con impetuosidad, corrió hacia la jóven y se arrodilló delante de ella.

—¡Hija mía!...—dijo con una inflexion de voz, que Claudina jamas había oído en sus labios.—¡Bien puedo llamarte hija, porque soy mayor que tú, porque mil veces te he mecido en mis brazos cuando niña!... ¡Y sin embargo, yo te he perdido, yo te he arrastrado al precipicio sin fondo en donde acabo de caer!... ¡Oh! Dios mío, pobre Claudina!...

Y Márcos empezó á arrancarse el cabello y á golpearse el rostro con las manos.

Era imposible ver una desesperacion más profunda, más aterradora.

Donato y Claudina estaban consternados.

—Pero en fin; ¿de qué se trata?—dijo el primero con verdadera zozobra.—¡Por Dios, hable usted, explíquese usted por Dios!...

—¿De qué se trata?—dijo Márcos lentamente y como si procurase reunir sus ideas. —¿De qué se trata? ¡Ah!—prosiguió, con una

explosion de dolor amargo.—¡Se trata de que estoy perdido, arruinado!... ¡Hace mucho tiempo que mis negocios se hallan en mal estado!... ¡Hace mucho tiempo que sólo sostengo por el crédito el lujo de mi casa!... ¡Por esto queria casar á Claudina con un banquero que me prestase su apoyo!... Cuanto más se menguaban mis fondos, más desesperados esfuerzos hacía yo por duplicarlos!... Mil veces quise detenerme en la pendiente funesta!... Mil veces quise volver á mi lugar con el poco dinero que me restaba, y reconstruir de nuevo mi fortuna!... El orgullo me detuvo.. ¡Ademas, me había acostumbrado al lujo y al despilfarro! .. ¡Es muy fácil subir por la escala del fausto; es casi imposible bajar por un simple acto de nuestra voluntad! ¡El caso es no poner el pié en los primeros escalones!... ¡A pesar de todo, conservaba ilesa mi honradez, y en mis aventurados juegos de Bolsa jamas, jamas quise tocar los fondos de mi hermana!... Pero se encargó de eso el destino... ¡El Banco en donde los tenía depositados quiebra; el Banco se va á presentar en liquidacion!... ¿Comprende usted, Donato? ¡Ya no nos queda nada, ni á ella ni á mí: nada más que deu-

das!... ¡Gervasio está tan arruinado, tan acosado de acreedores como yo; me condujo días pasados á una casa de juego, y pusimos cuanto nos restaba á una sola carta!... ¡Ganamos una vez y perdimos ciento!...

Márcos, al decir esto, volvió á todas partes sus azorados ojos, y luego añadió en voz muy baja, cogiendo las manos de Donato:

—¡Por Dios, cásese usted con Claudina; salve usted á mi pobre hermana!... ¡Por Dios, por Dios, se lo suplico!... ¡Tal vez mañana esté yo preso!...

—¿Pero qué ha hecho usted?—exclamó Donato, cuya frente estaba inundada de sudor.—Quizas alguna estafa?...

Márcos irguió la frente con orgullo.

—¿No le he dicho á usted,—replicó vivamente,—que mi honradez era lo único que había salvado del naufragio?.. ¡Honradez, honradez!—repuso luego con amargura.—¿Es acaso honrado un hombre que tiene deudas y no puede pagarlas?... ¡Mañana vencen una infinidad de letras contra mí; mañana los acreedores que me acosan realizarán su amenaza de embargar cuanto poseo, y acaso me arrastren á la cárcel!...

¡Hermano! ¡Hermano!—gritó Claudina fuera de sí:—¡Hermano mío!

—Y ahora que lo sabe usted todo,—prosiguió Márcos, dirigiéndose á Donato,—maldígame usted, desprecíeme usted; pero haga usted feliz á mi pobre hermana! ¡Qué no participe la inocente de mi miseria, de mi deshonra! ¡Ya ve usted que no he querido abusar de las circunstancias! ¡Yo podía haberle á usted dejado ir al altar, adonde arrastraba á mi hermana, sin mi consentimiento, y he preferido decírselo á usted todo ántes, he preferido que usted la consolara de mi traicion; dándola una prueba de amor y de desinteres!... ¡No he querido, sobre todo, que mañana pudiera usted acusarnos á mí y á ella de un engaño!...

Donato, que sin duda tenía ya preparada una de aquellas famosas transiciones que tan admirablemente sabía ejecutar, se atusó el bigote, ladeó el sombrero, y dijo con tono enfático y retumbante:

—¡Y ha hecho usted muy bien en decírmelo! Como usted mismo acaba de confesar, no es honrado el hombre que se empeña por valores que no puede satisfacer. Estafar con firma falsa, ó por medio de una absoluta

insolvencia, todo es estafa; porque de igual modo pierden sus intereses los que habían confiado en su buena fe! ¡Ahora bien: el honor es la joya que en más estima tiene mi familia, y yo no puedo enlazarme con quien lo haya perdido!...

Márcos, como herido del rayo al oir estas palabras, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y su rostro, encendido, se tornó lívido y sombrío.

—¡Claudina,—añadió Donato, dirigiéndose á la jóven, muda tambien y abatida,—me asocio á su desgracia!... ¡Cuente usted conmigo como con un amigo verdadero!... Dejo á ustedes con el objeto de que discurran el mejor medio para salir del paso... ¡Acudan ustedes á mí siempre que lo necesiten!... ¡No se dejen abatir por las pequeñas contrariedades de la suerte!... ¡Adios; yo me retiro!...

Abrochóse el gaban, por hacer algo con las manos y darse cierto aire de dignidad, y salió majestuosamente de la sala.

—¡Claudina! —gritó Márcos, cayendo otra vez de rodillas á las plantas de su hermana, y tendiendo hacia ella sus manos suplicantes.

Claudina se inclinó sobre él, rodeó su cabeza con los brazos, la apoyó amorosamente sobre su seno, y durante mucho tiempo mezcló con él sus sollozos y sus lágrimas.

—¡Si recurriéramos á nuestros parientes!...—dijo de improviso la jóven.—El tio Simon...

—¡Nos hemos negado á verle!

—¿Y la tia Ursula?

—Hace cerca de dos años que no hemos puesto los pies en su casa!... ¡Desde aquel día!...

—¡Tú no has querido!

—Es verdad, de todo soy yo el culpable.

—¡Pero la tia Ursula es muy buena! ¡Estoy cierta que nos perdonará!... ¡Vamos, hermano mío, vamos pronto! ¡Quizas nos facilite algunos fondos con qué hacer frente á las necesidades del momento!... ¡Vamos ántes que sea más tarde!... ¡Te lo suplico, te lo ruego!... ¡El corazon me dice que ella querrá y podrá salvarnos!...

Y Claudina, llena de esperanza en aquel postrer recurso, arrastró consigo á su hermano, que no opuso resistencia.

¡Ni una lágrima, ni un suspiro costó á la jóven la vileza de Donato!

## VI

Era una noche lúgubre y borrascosa la que había sucedido á aquella melancólica tarde. El invierno hacía su entrada solemne en Madrid, arrastrando en pos de sí lluvias, nieves y embravecidos aquilones, juntamente con las lágrimas, las quejas y la miseria desastrosa.

Tan recio era el vendabal, que parecían oscilar las altas casas; tan heladas las gotas de la lluvia, que ningun transeunte se atrevia á cruzar las desiertas calles, á pesar de que las metálicas campanadas de las doce no habían anunciado aun el nacimiento del nuevo día.

La estrecha y tortuosa calle de Santiago estaba casi á oscuras, y reinaba en ella el silencio más profundo.

Solo se divisaba en toda su extension la titilante luz de una lámpara, que brillaba al traves de los cristales de un cuarto bajo: era la luz que alumbraba á Úrsula.

Úrsula estaba en el mismo aposento que hemos descrito ántes, sentada delante de una mesita, en la cual apoyaba su almohadilla de hacer encajes; encajes primorosos, que, como había dicho Samuela, vendía á muy alto precio.

Pero en aquel momento los boliches pendían inmóviles á lo largo de la almohadilla. Úrsula tenía en sus manos una cartera verde, y hojeaba los varios manuscritos que contenía, auxiliada en tan ardua tarea por unos descomunales anteojos.

Aquella era la cartera de que tambien había hablado Samuela. ¡Para adquirir aquel tesoro, la pobre Úrsula había trabajado sin tregua ni descanso cerca de dos años! ¡Pero ya era suyo!

¡Es verdad, que en dos años parecía haber envejecido diez! Los surcos de sus arrugas eran profundos, el temblor de sus manos incesante, casi totalmente apagado el brillo de sus ojos.

—¡Cuán encorvada anda ya la pobre Ur-

sula!—decían las vecinas.—Se va á morir ántes que su amo!

—¿Cómo hará esos hermosos encajes?—se preguntaban otras.—Porque sólo la deben quedar el instinto y la voluntad.

¡Y era cierto!

El señor Anselmo aun vivía: ¿cómo y por qué vivía?

¡Sólo Dios poseía la clave de este enigma!

Pero ya no se sentaba en su poltrona de cuero: pasaba los largos días, las interminables noches, en la cama gimiendo y suspirando...

Gruesas lágrimas corrrian por las mejillas de Úrsula á medida que adelantaba en su lectura, y pronto no pudo contener sus sollozos; sollozos que se mezclaban con los gemidos, cada vez más fatigosos, del enfermo.

Y tan fatigosos se fueron haciendo, que Úrsula se levantó precipitadamente y corrió hacia el lecho.

Nunca el rostro del paralítico, demacrado por el sufrimiento, había aparecido á sus ojos más lívido y cadavérico: ostentaba aquel sello extraño y especial que imprime la muerte en los elegidos por su saña.

—¡Ursula!—dijo el enfermo con voz entrecortada, buscando aquí y allá su mano para asirla.—Úrsula, creo que es así como se muere!...

Úrsula soltó un grito de espanto...

Hacía muchos años que el infeliz no había podido pronunciar tantas palabras seguidas

—¡Pero mira, — añadió débilmente, — aquel peso que me oprimía el corazon! aquel velo que me ofuscaba la mente, parece que se han desvanecido como por encanto!... ¡Sufro más y me siento más dichoso!... ¡Clara! ¡Clara! ¿Es que nos vamos á reunir para no separarnos nunca?...

Había en su tono tranquilo, en la lucidez de sus ideas, cierta cosa que demostraba claramente que su alma se aproximaba á aquella mansion de luz, en donde ya se está libre de los dolores físicos y de los dolores morales.

Úrsula se apartó vivamente del lecho, y corrió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?—gritó el moribundo.

—¡En busca del médico!

—¡Ven, mi pobre Úrsula, ven!... ¡No hay tiempo!... ¡Ven!...—repuso con un tono de autoridad, que la obligó á retroceder.

Hubo un intérvalo de doloroso silencio.

El enfermo trataba de reunir sus fuerzas aminoradas por la misma lucha que sostenían el cuerpo y el alma.

Así que creyó haberlo conseguido, puso su mano trémula sobre la blanca cabeza de la anciana, arrodillada junto al lecho, y la dijo con solemne tono:

—¡Dios te bendiga, Úrsula! ¡Sólo Dios sabe, sólo saben los ángeles, cuán bien los has imitado!... ¡De cuánta solicitud, de cuánta ternura has rodeado el lecho de este infeliz enfermo, dulcificando sus penas, mitigando sus dolores, con sin igual abnegacion, con sin igual paciencia!... ¡Dios te bendiga, Úrsula! ¡Pero justo es que tambien yo te recompense; mis parientes son ricos, y me han tratado con harto desden al verme modestamente empleado en mi comercio! ¡Dentro de ese escritorio hallarás un cofrecito de ébano: dentro del cofrecito está mi testamento, hecho diez años atras, y al cual nada tengo que añadir! ¡Tú eres mi única heredera, mi legataria universal!... ¡Se trata de una fortuna de un millon y medio, Úrsula!... ¡Tu sabrás emplearla bien: estoy seguro!...

Las pálidas mejillas de Ursula se enro-

jecieron súbitamente: experimentó un vértigo tal, que tuvo que agarrarse á la colcha para no caer al suelo.

¡Un millon y medio!... ¡Un millon y medio para ella, que tanto había sufrido en este mundo!...

¡Podría volver á su país, comprar una rica hacienda, rodearse de parientes pobres, á quienes haría dichosos y cuidarían de su vejez triste y solitaria!...

Este sueño de felicidad pasó como un relámpago por delante de sus ojos.

El deber se apareció á ella con su faz rígida y severa.

La lucha que Úrsula sostuvo consigo misma duró sólo un minuto; pero un minuto que equivalia á la eternidad, segun fueron de tumultuosas sus ideas y sensaciones.

Levantóse casi al instante, con la frente iluminada por un resplandor divino, y fué á sentarse al lado de la cama.

—¡Señor Anselmo!—le dijo con tono resuelto.—¿Qué diría usted si hasta ahora yo le hubiese ocultado un secreto que debía amargar su existencia en la tierra; pero que ya no debe amargarle, próximo como está á remontarse á los cielos!... Dichoso

usted, que próximo á solicitar el perdon del Padre de los justos, podrá presentarse ante Él, habiendo á su vez perdonado y bendecido!...

El enfermo volvió hacia ella sus ojos entelados y vidriosos.

—¿Se trata de Clara?—murmuró en voz baja.

—¡De Clara!—respondió Úrsula temblando.

El Señor Anselmo aplicó vivamente su mano á los labios de la anciana.

—¡Calla!—dijo—¡Si se trata de ella, calla!... ¡Todo lo sospecho, todo lo adivino!... ¡Hace muchos años ya que lo adivino pero no quiero saberlo con certeza; calla!...

—¡Pude callar ayer!—dijo Ursula.—Hoy no puedo!... ¡Hace quince años que trabajo y me desvelo por ocultar á usted lo que tengo precision de decirle en este instante!...

Hubo un momento de silencio.

—¡Habla, pues!—repuso, por fin, el moribundo.—¡Acaba pronto!...

—¡Clara, ántes de ser su esposa de usted, era su sobrina!—dijo Úrsula con la mayor volubilidad posible.—¡Era la hija de su santa hermana, de su hermana más querida!...

La anciana calló, arrollando entre sus dedos las sábanas de la cama.

—¿Y bien?...dijo el enfermo con voz anhelante.—¿Y bien?...

—¿No le parece á usted, señor, no le parece á usted,—prosiguió Úrsula,—que si Clara no hubiese sido su esposa, si hubiese sido la esposa de otro, la hija de Clara, la nieta de su buena hermana, huérfana, sola, triste, sin amparo en este mundo, hubiera tenido más derecho que yo á la herencia que quiere legarme ahora?...

El enfermo se incorporó en la cama como movido por un resorte, y fijó en ella sus ojos, que centelleaban con un fuego sombrío.

Daba miedo verle con el cabello erizado, con las manos crispadas, con el rostro lívido y desencajado, uniéndose al desórden físico el desórden moral de su alma destrozada.

—¡Clara! ¡Clara! ¿Será posible?—exclamó con una inflexion de voz, que se iba dulcificando por grados.

Se cubrió el rostro con las manos; prorrumpió en sollozos tan desgarradores, que Úrsula casi se arrepintió de haber turbado la paz de su agonía.

—¡Señor, mi buen señor!—gritó con tono

suplicante.—¡En nombre del Crucificado, perdon para la pobre Clara, perdon para su inocente hija!...

—¡No!—dijo el moribundo, balanceando la cabeza y moviendo apénas los labios.

—¡Ah, señor! Clara cedió á un pasajero deseo de lujo, á un pueril deseo de placeres: su alma estaba inmaculada, y expió con la miseria, los remordimientos y la muerte, la culpa de un momento!...

—¡No...!—repitió el enfermo con el mismo tono lúgubre.

Úrsula corrió á buscar la cartera, sacó un papel, y leyó con voz temblorosa lo siguiente:

«Si llega á tus manos, Úrsula, esta carta, quiero absolutamente que la pongas en las de aquel á quien no debo nombrar, porque soy indigna de pronunciar su nombre!... ¡Quiero absolutamente que ántes de morir sepa cuánto le he amado y cuán culpable he sido!...

¡Me recogió huérfana, pobre y sin amparo; me dió consideracion, apoyo y dicha

Fuí débil, fuí insensata!... ¡Abandoné la paz de mi existencia por el brillo de un instante!...

Ah, si huí de su casa, fué porque su bondad me destrozaba el alma!... ¡Díle!... ¡Ah, díle para mi eterna vergüenza, para mi remordimiento eterno, que no le he abandonado por el amor de otro hombre, sino por amor de un dije, á un frágil pedazo de tela!... ¡Díle que por un pedazo de tela vendí la felicidad que él me había dado!... ¡Pero díle tambien que mi corazon fué siempre suyo, y será suyo miéntras le anime un soplo de existencia!... ¡Díle que le reverencio y le adoro de rodillas, y que en su lecho de muerte me perdone!... ¡Tengo una hija, Úrsula! Qué será de este pobre ángel, nacido en el oprobio, condenado al oprobio miéntras viva?. . ¡Su padre tiene esposa; su padre la desconoce y la abandona!. .

¿Te acuerdas de la enfermedad con la cual luchaste, Úrsula, y del desvelo con que yo te prodigaba mis cuidados?...

¡Entónces me juraste obedecer á mis menores deseos, y hoy reclamo de tí que cumplas tu juramento.

¡Por más que tiendo en derredor mis miradas, solo veo á un hombre de bien entre cuántos me rodean, y este es aquel cuyo honor he escarnizado y pisoteado!... ¡Pero

tengo tanta fe en la bondad de su alma, que aunque está ofendido, me atrevo á elegirle por apoyo de la huérfana que voy á dejar tras de mí sobre la tierra!...

¡Díselo así mismo, Ursula, ruégaselo con fervor!...

¡Pídele perdon para mí!... ¡Pídele el perdon para mi hija!... ¡Haz que me perdone en la tierra, para que podamos volver á juntarnos en el cielo!...»

Ursula interrumpió su lectura.

—¡Ah, señor! —dijo —¡Este grito de perdon sale de una tumba!...

El enfermo había dejado caer los brazos á lo largo de su cuerpo, y se bamboleaba como si estuviese próximo á desplomarse.

—¡Clara!—balbuceó con tono doloroso.

—¡Perdon! ¡Perdon!—repitió Ursula.

—¿Y esa hija, en donde está?—repuso el moribundo.—¡Habla!... ¿No ves que ya sube á mi pecho el estertor de la agonía?...

¡Era verdad!

—¡Hasta ayer no había llegado á mis manos esta carta!—dijo Ursula. ¡Hasta ayer yo ignoraba la existencia cierta de esa niña!... ¡La esposa del seductor tenía en su

poder estos papeles, y me amenazaba de contínuo con turbar su paz de usted, revelándole el deshonor de su esposa!... ¡Y era tan vil, que por precio de su silencio me exigia dinero!... ¡Mi buena suerte quiso, por fin, que hallase quien me prometiese rescatar estas pruebas del estravío de Clara!... ¡Las he rescatado trabajando de día y de noche, para reunir la cantidad que se me había pedido!...

—¡Bien, Ursula, bien...!—murmuró el señor Anselmo.

—¡Mi objeto era quemar los acusadores documentos!...—¡Mi objeto era que ni usted ni nadie pudiese descorrer el velo de cuanto había pasado; pero la lectura de esa carta me ha hecho variar de pensamiento!... ¡Clara me recuerda una promesa sagrada, y debo cumplirla, aunque desgarre su corazon de usted!.. ¡Aunque desgarre su corazon, debo poner á la niña huérfana bajo su amparo!...

—¿Y dónde está esa niña? ¿En dónde está?...

—¡Oh, si Dios quisiera prolongar su existencia de usted, señor!... ¡Si Dios quisiera conservarle algunos años más de vida,

la hariamos venir á nuestro lado!... Alegraría con su presencia esta casa silenciosa!...

El señor Anselmo movió tristemente la cabeza, y preguntó de nuevo:

—¿En dónde está?...

—¡Aquí he hallado una carta suya, escrita á esa mujer sin corazon, que la echó de su casa, al parecer!... ¡Por ella comprendo que se halla en mi país, y que está sirviendo á un leñador! ¡Tambien hay aquí su fe de bautismo!... ¡Nació en Sevilla, está bautizada como hija de Clara Morlán y de padre desconocido, y se llama María Juana!...

—¿Y tú lo quieres, Ursula?—dijo el señor Anselmo.—¿Lo quieres tú?... ¿Tú quieres renunciar á las riquezas en favor de una niña desconocida?...

—¡Es hija de Clara!—exclamó la anciana con efusion.

—¡Pues bien: ella y tú quedareis satisfechas!... ¡Traéme el pupitre, los anteojos!... ¡Dios me dará fuerzas!...

Parecía imposible que sus manos trémulas pudieran sostener la pluma... Parecía imposible que sus ojos, ofuscados por la muerte, pudieran distinguir las letras.

¡Dios hizo el milagro!

«Instituyo heredera universal de todos mis bienes, muebles é inmuebles,—escribió, —á mi sobrina María Juana, hija de Clara Morlán, prohijándola por hija, y autorizándola para usar de mi nombre y apellido, si tal fuese su deseo.

Con esta disposicion, dejo sin efecto mi testamento anterior, ménos en lo que atañe á legar á mi buena sirvienta Ursula la tienda que poseo y cuantos objetos hay en ella.»

Como si Dios hubiese sostenido sus fuerzas hasta aquel momento, así que hubo estampado su firma al pié de este escrito, cayó desplomado sobre el lecho.

—¡Dios perdona á los que perdonan!—murmuró, cruzando sus manos sobre el pecho—¡Dios bendice á los que bendicen!...

Aquellas fueron sus últimas palabras: pasados algunos instantes, sólo se oian en el aposento su estertor y el murmullo de las preces de Ursula, que había llamado al sereno para que fuese á buscar á un médico y á un sacerdote.

El vendabal seguía rugiendo en la calle; la lluvia seguía cayendo y golpeando los cristales.

Llamaron á la puerta: Ursula creyó que

serían el médico ó el sacerdote, y se dirigió casi arrastrando á abrir... La escena anterior había agotado sus fuerzas... Sentía un peso enorme en la cabeza, un peso enorme sobre el corazon.

Los que llamaban eran Márcos y Claudina: ambos pálidos, ambos llenos de confusion y de vergüenza.

—¡Vosotros aquí!... —exclamó Ursula estupefacta.

No pudo decir más, porque por la puerta, entreabierta, asomó una cabeza blanca y enmarañada.

Era Samuela, que poco á poco fué introduciendo todo el cuerpo.

—¿Qué sucede, pues, vecina?—dijo con voz gangosa.—¡Usted nunca llama á nadie! ¡He oido que mandaba usted al sereno á alguna parte!...

Y paso á paso ganó el interior del aposento.

Sobrevinieron en aquel instante el médico y el sacerdote con la Sagrada Uncion.

Ursula no se ocupó más que de ellos.

El médico era un hombre bondadoso, que habitaba en la misma calle y que admiraba sinceramente la santa abnegacion de Ursula.

Acercóse al señor Anselmo; pero así que le hubo examinado, en vez de dirigir á la anciana palabras de esperanza, se las dirigió de consuelo.

El estertor del moribundo se había aminorado; su respiracion era débil y lenta: parecía dormir.

El Sacerdote se acercó á su vez á él, y murmuró dulces palabras en su oído.

El señor Anselmo permaneció inmóvil.

De repente, cual si se despertase de un sueño, agitó los brazos y dijo con voz apagada:

—Ursula, Clara, María Juana...

Buscaba á tientas en derredor de sí.

¿Qué es lo que buscaba?

Halló el crucifijo que el sacerdote le tendia...

Se abrazó con él y le llenó de besos.

Luego reclinó la cabeza sobre la almohada.

¡Había muerto! ¡Había muerto; pero una inefable sonrisa entreabría sus labios; una expresion de calma y de beatitud se dibujaba sobre su pálido semblante.

¡Había muerto con la muerte de los justos: amando y perdonando!

Claudina y Samuela lanzaron un grito al cerciorarse de esta horrible verdad; pero Ursula permaneció inmóvil y muda.

Había visto, sin proferir un ay, una queja, que el sacerdote se alejaba, dándolo todo por concluido; había visto al médico como extendia la fe de difunto.

Estaba de pié, con los miembros rígidos, con los ojos fijos.

—¡Úrsula!—exclamó el doctor abalanzándose á ella.

A este grito, como si se hubiese sentido herida en medio del corazon, la anciana cayó al suelo desplomada.

—¡Un ataque cerebral fulminante!—prosiguió el médico.—Ya la veía yo amenazada de esto hace mucho tiempo! ¡Pronto, pronto, á la cama!

Lleváronla á la cama que había en un cuartito, situado á los piés de aquella misma habitacion.

—¿Son ustedes alguno pariente de esta pobre mujer?—preguntó el médico miéntras la prodigaba sus primeros auxilios homeopáticos.

Márcos y Claudina se acercaron á él.

—Mucho temo,—repuso el doctor;—mu-

cho temo que ántes de rayar el alba haya dos cadáveres en esta casa... Tengo un enfermo de mucho peligro á dos pasos de aquí: voy y vuelvo... Permanezca usted al lado de la enferma, caballero: puede ser que salga del letargo para caer en el delirio, y tenga usted que hacer uso de la fuerza... Cada ocho minutos déla usted una cucharada de lo que contiene este vaso.

El médico se marchó dejando á Márcos sentado junto á la cama de Úrsula, y á Claudina arrodillada al otro lado.

Entre tanto, Samuela se había asomado cautelosamente á la ventana del patio y había llamado á las vecinas, llenándose á poco la estancia de mujeres, contentas de poder al fin penetrar en aquel santuario del misterio, aunque sus puertas les hubiesen sido franqueadas por la muerte.

Posesionada ya del aposento, aquella falanje de curiosas iba y venia, olfateándolo todo, registrándolo todo, y sirviendo de mucho más estorbo que provecho. Lo único que de provecho hicieron, fué encender cuatro cirios para que alumbrasen el cadáver.

De repente Samuela llamó á las vecinas

con una seña, y estas corrieron á agruparse junto á ella.

Samuela acababa de descubrir la última declaracion del señor Aselmo, que estaba sobre el pupitre.

—Creo que he dado con el misterio!—dijo en voz baja.

Cercioróse bien de que los sobrinos no podían verla, y se puso á leer á media voz para que todas la oyeran. ¡Y por cierto que la oyeron con mucho gusto, pues nada podía serles más grato que el saber que Úrsula iba á ser despojada de la herencia, entregándose con este motivo á la más sabrosa de las murmuraciones!

—¡Calle!...—volvió á decir Samuela, dejando otra vez el precioso documento sobre el pupitre y apoderándose de la cartera, que estaba junto á él.—Mi carterita verde!... ¡No lo sé bien de fijo todavía, pero me parece que se me presenta un buen nogocio!

Y la hizo desaparecer en su inmensa faltriquera.

—¿Pero qué sospecha usted?—preguntó á una vecina.

—Nada: que Clara tenía una hija, que esta hija es la heredera, y que algo debe

tener que ver con la herencia y con la hija mi hermosa parroquiana...

Atajóla un grito de la enferma y algunas palabras que pronunció delirando; y con esto, haciendo de nuevo su oficio la curiosidad, todas fueron á apoyarse en el márco de la puerta, figurando un verdadero cuadro de ánimas.

No sabemos por qué razon debió incomodarle á Márcos esta solicitud de las vecinas, por cuanto se levantó de un brinco, y las puso, juntamente con su curiosidad, como suele decirse, de patitas en la calle.

Márcos, así que se vió libre de ellas, volvió al lado de la cama, y se inclinó con el oido tan pegado al rostro de Úrsula, que hubiera podido recoger hasta sus suspiros.

—¡Sí!... balbuceaba la anciana en medio de su delirio:—¡No toqueis al testamento, que se halla en un cofrecito de ébano, que está dentro del escritorio, cajon segundo!... La llave está en el primero .. ¡No lo toqueis: yo no debo ser la heredera, yo no quiero ser la heredera: hay otra, hay otra!... ¡Un millon y medio!... La hija de la pobre Clara va á ser rica!... ¡Todo para ella, Dios mio, todo para ella!... ¡Lo que vale es su última

voluntad!... ¿Dónde he dejado el papel?... ¿En dónde le he dejado?... ¿Sobre el pupitre?... ¡Sí!... ¡No!... ¡Dios mio, dónde le he puesto!...

Y Úrsula parecía buscar en derredor de sí con indecible angustia.

Márcos se levantó muy despacio, salió muy despacio del cuartito, dirigiéndose al aposento inmediato; se acercó al escritorio, abrió el primer cajon, sacó una llave, abrió el segundo... buscó durante algun tiempo, y por fin ostentó en sus manos con aire de triunfo un abultado manuscrito.

Leyólo con avidez, apoderóse del papel que estaba encima del pupitre, y quiso hacerlo pedazos; pero Claudina, que había observado todos sus movimientos; Claudina, que presentia el infame crímen que iba á cometer, se abalanzó hacia él, gritando:

—¡Hermano!... ¡Detente, por Dios, hermano!...

—¡Un millon y medio!...—dijo Márcos con voz sorda. -¡Morirá ántes del alba!... ¡Nosotros somos sus sobrinos carnales, sus legítimos herederos!...

—¡Esta tarde aun blasonabas de honrado!—dijo Claudina.—¡Es posible que tan

pronto hayas descendido por la escala del crímen á la infamia?... ¡Estamos en presencia de dos muertos! ¡Nuestros padres nos miran desde el cielo!...

Un copioso sudor corría por la frente de Márcos; sus dientes castañeteaban.

Dudó un instante, y repuso con tono sombrío:—¡Un millon y medio!

—Y como si se decidiese repentinamente, alargó el brazo y puso el papel sobre la llama de la lámpara.

El papel empezó á arder.

—¡Hermano!—gritó Claudina fuera de sí, sujetándole por ambos brazos.—¡Yo no acepto la responsabilidad de tu crímen, no la acepto!

—¡Calla!...

—¡Nunca!...

—¡Habla pues, y me conducirás por el camino de presidio!

Claudina soltó otro grito más estridente, más doloroso; cayó de rodillas y prorrumpió en sollozos.

Llamaron á la puerta.

Márcos guardó el papel medio abrasado en el bolsillo, puso el testamento en donde estaba y cerró el escritorio.

—¡Es preciso que seas ciega y sorda!—dijo al pasar junto á Claudina.

El que llamaba era el buen doctor.

—¡Fatal noche es esta!—dijo al entrar. —Mi enfermo se halla en la agonía!

Se dirigió á la cama de Úrsula, la tomó el pulso, contempló su rostro desencajado y lívido.

—Es preciso no perder tiempo,—repuso; —es preciso llamar á un sacerdote su estado va siendo cada vez más grave... ¡Vaya usted, caballero, vaya usted!...

Márcos tomó su sombrero y salió del aposento.

—¿No tiene usted á nadie que la ayude, niña?—dijo el doctor á la jóven.—¿A nadie que la consuele en tan amargo trance? ¿Qué se han hecho las vecinas?... ¡Válgame Dios! En la otra casa sobran los servidores, las hermanas de la caridad!... Voy á mandarla á usted una al instante... ¡No se apene usted no se aflija! Corro al lado del infeliz moribundo, y vuelvo... ¡Es uno de mis más queridos amigos de la infancia!...

Claudina no respondió.

Permanecia de pié, muda é inmóvil como Úrsula, y tan pálida como ella.

No obstante, así que resonó la puerta que el médico cerraba tras de sí, Úrsula se agitó convulsivamente.

—¡Samuela!...—dijo con voz apagada.—¡Que venga Samuela!... Cuarto principal, izquierda... ¡No quiero morir sin verla!... ¡No no, no!...

Claudina estaba aterrada entre aquel cadáver, alumbrado por la titilante luz de los cirios y aquella moribunda, que se revolcaba en su lecho de muerte.

No necesitaba más que una indicacion para llamar gente en su socorro.

Echó, pues, á correr, loca, desatentada; abrió la puerta, subió la escalera...

Cuando la volvió á bajar, arrastrando consigo á Samuela, halló cerrada la puerta del aposento que creía haber dejado abierta.

¿Era el aire el que la había cerrado?... ¿La habría cerrado ella misma sin pensar, en medio de su aturdimiento?...

Tuvieron que derribarla.

Era ya de día, y acudieron muchos vecinos; pero al entrar en el aposento se ofreció á su vista un extraño cuadro...

¡Úrsula estaba tendida en el suelo, en medio de la estancia!... ¡Úrsula estaba muerta!

—¡Sin auxilios, sin socorros!... exlamó Samuela.—Pobrecilla, cuán horrorosa habrá sido su agonía!... ¡Se conoce que ha querido llamar! .. ¡Mirad qué arrugado se halla este hule que cubre el escritorio!... ¡Sin duda al caer se ha asido á él!... ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!...

Y durante mucho tiempo resonó en la fúnebre estancia un concierto de lamentos tristes y dolorosos.

## VII

Aquella misma noche, y cuando habían dado ya las tres todos los relojes de la coronada villa, una mujer velaba, alumbrada únicamente por la escasa luz que despedia su lamparilla.

Era Teresa.

Pero Teresa despojada de sus galas, Teresa sin el prestado arrebol que embellecía sus ya marchitas y lívidas mejillas.

¡Tenía apénas treinta años, y parecía haber contado los cuarenta!

El resplandor del sol, las brisas de los campos, la vida apacible y uniforme, la tranquilidad del alma, prolongan la juventud de un modo indefinido; el resplandor de las mil luces de un baile, el aire sofocado de los salones, la agitacion, el ruido, el movimiento,

las tempestades del corazon, producen una vejez anticipada.

¡La producen más anticipada aun esos falsos colores, con que la moda exige que se embadurne la tez, de un rostro de quince años!

Teresa tenía el traje en desórden, los cabellos en desórden, y la mano que sostenía su frente estaba crispada y contraída.

Sobre el velador en que se apoyaba había un tintero, plumas y varios papeles esparcidos y cubiertos de guarismos.

De repente cogió la pluma, y se puso con ansiedad á trazar algunas cifras.

¡Malditos números! —exclamó, por fin, arrojando léjos de sí la pluma.—¡Malditos números, que siempre dan el mismo resultado, inflexible y positivo!... ¡Y pensar que aun no habrá salido el sol, cuando ya vendrán á traerme sus cuentas la modista, el comerciante de sedas, el de la tienda de comestibles!... ¡Y no es esto sólo! ¿Cómo envío yo á la plaza?... ¿Qué les digo á los criados?... ¿Qué le digo á mi marido?... ¡Debia tener de sobra para todo el mes, y lo empezamos!... ¡Ya no me queda que vender!... ¡Ya no hay más que las sábanas precisas,

los preciosos colchones, y aun estos con mucha lana ménos de la necesaria!... He vendido la sillería de mi tocador con pretexto de renovarla, la del gabinete azul... ¡No sé de que echar mano!... ¡No lo sé!... ¡No tengo camisas, ni ropa interior!... ¡No tengo más que dos mantelerías!... ¡Calla! ¿Para qué quiere mi marido la ropa de verano, si estamos ya tocando á Navidad? ¿Qué idea tan feliz?... ¡Venderé su levita nueva, su abrigo claro, su pantalon de casimir, y aun debe de tener unos gemelos de brillantes!... Todo esto, no es dinero!... ¡Y cómo envío yo á la compra!... ¡Nada, salgo de casa al amanecer con pretexto de ir á la Iglesia, y me olvido de dar el dinero!... ¡Me llamarán dejada, estrafalaria!... ¿Qué importa, con tal de que no me llamen pobre?... ¡Por supuesto, que no haré más que vencer la primera dificultad, porque todavía quedan en pié las deudas grandes!... ¡Es verdad que estas no rebajan á los ojos del mundo!... ¡Amigas tengo, que sólo por darse tono, no pagan lo que deben!... ¡Si recurriese otra vez á la mágica cartera!... ¡Pero me fastidia tanto aquella vieja con sus lamentaciones!... ¡Este será, como siempre, el último recurso!...

¡Tambien he perdido el que me ofrecia la vanidad de Márcos! ¡El pobre, segun dicen, está completamente arruinado!... ¡Buen chasco se va á llevar Donato! ¡A bien que yo ya tengo en mi podor el regalo, ganado con mis buenos oficios para arreglar su boda!... ¿Si se habrá casado en efecto?... ¡Claudina me habrá estado esperando; pero es preciso aflojar poco á poco las relacienes con esos toscos lugareños, cuyo trato no puede darme ni honra ni provecho!... ¡Ademas, he estado tan ocupada, intrigando aquí y allá para lograr que me convidasen al baile de la embajada! Vamos, traeré todos estos objetos á mi cuarto... Al amanecer salgo para ir á vender los gemelos, y aviso de paso á Samuela, que me dará lo que quiera por la ropa... Si esta idea se me hubiese ocurrido ántes, no hubiera pasado una noche tan inquieta!... ¡Estaba tan desesperada, que ni aun ha podido regocijarme la vista del vestido!... ¡Que lindo es, y sobre todo, que rico!... ¡Habrá mucho lujo en el baile! ¡Gastan tanto esos diplomáticos!... ¡Pero yo dudo que haya ninguna con un traje como el mío!... ¡Más joyas, eso sí, eso siempre!... ¡Aunque es lindísimo el aderezo que me ha regalado

Donato!... ¡Cuando hasta mi marido se sorprendió al verle, el que jamas se inmuta!...

Teresa, al decir así, tiró del cajon de una cómoda que estaba detras de ella, y sacó un estuche.

—¡Qué buen gusto!—dijo, abriéndolo y acercando las joyas á la luz, para gozarse en los brillantes reflejos que despedían.

Contemplóla un rato en silencio, y luego prosiguió con un suspiro:

—¡Qué cosas hay en casa de Samper! ¡Yo no puedo pasar por la calle del Cármen sin perder dos horas delante de los escaparates!... ¡En fin, cómo ha de ser!...

Y Teresa, dando otro profundísimo suspiro, volvió á cerrar el estuche, y lo colocó de nuevo en su sitio, permaneciendo algunos instantes inmóvil, con los ojos fijos y las manos cruzadas sobre las rodillas, como si se extasiase en la contemplacion de un invisible objeto.

Dieron las tres y media en un cercano reloj.

Teresa soltó un grito comprimido, y se levantó rápidamente.

—¡Si volviese más temprano que otras veces!—pensó llena de espanto.

Cogió la lamparilla, y se dirigió á la puerta.

Estaba pálida y trémula; parecía más pálida y más trémula á los reflejos de la titilante luz, que se apagaba.

Fuese que hubiera arreciado el aire, ó que el movimiento de la puerta al abrirse hiciese crujir la ventana, lo cierto es que sonó un ligero ruido hacia aquel sitio.

La ventana daba á un jardin, y al traves de los cristales se veian las ramas desnudas de los árboles.

Teresa se paró á escuchar.

—¡Siempre tiene una miedo sin saber de qué, cuando anda en estas cosas!—murmuró en voz baja.

Dió un paso hacia la ventana y se paró de nuevo.

—¡Qué niña soy!—repuso haciendo un esfuerzo sobre sí misma.—¡Será el aire, que agita las ramas de los árboles!... ¡Nunca cierro los postigos!...

Se encaminó lentamente á la puerta; pero tuvo que detenerse otra vez para poner la mano sobre su corazon y tomar aliento.

—¡Me ahogo!—suspiró en voz baja.—¡Siempre me sucede así!...

Se había internado ya en el corredor que separaba su aposento del de su marido.

De pronto creyó ver dibujarse una sombra en el extremo de aquel corredor oscuro, adonde no llegaban los reflejos de la lámpara.

Lanzó un grito, y corrió á refugiarse en la estancia de Gervasio, cerrando la puerta tras de sí.

No era una alucinacion de su fantasía lo que la había causado tal espanto. Un hombre se deslizó silenciosamente á lo largo de la pared, y entró en el cuarto que ella acababa de abandonar. Andaba con tal tiento, que á pesar de la oscuridad, no tropezó con ningun mueble. Llegó á la cómoda, la abrió, buscó á tientas y sacó el estuche, objeto poco ántes de la contemplacion de Teresa.

—¿Qué habrá ido á hacer mi mujer á mi cuarto?...—dijo, hablando consigo mismo.

Se encogió de hombros; puso el estuche en su bolsillo, y volvió á salir con las mismas precauciones con que había entrado.

Recorrió lentamente el oscuro corredor, y se detuvo en su extremo, ocultándose detras de la puerta, hasta que vió salir á su

mujer de su propia estancia, llevando debajo del brazo un abultado lio.

. . . . . .

—¡Hija, si el amo acierta á llamar, no sé lo que voy á decirle!... ¡Las ocho de la mañana, y aun no tenemos nada en casa!...

Esto decía un rollizo asturiano, recien llegado de la tierra, á una mujer ya entrada en años, que estaba arrimada al fogon de la cocina de la casa de Teresa, procurando, aunque en vano, reavivar dos medio apagados carboncitos.

¡La cocina ofrecia un deplorable aspecto de absoluta desnudez!... ¡Nada de brillantes cacerolas, peroles y sartenes que formasen la espetera!... ¡Nada de relucientes cazuelas y pucheros! ¡Algunos de Alcorcon, y eso cojos y desportillados, que se veian sobre la cornisa de la chimenea, y algunos platos descabalados sobre los vasares, formaban todo su adorno!...

La mujer soplaba la lumbre con un fuelle roto, que dejaba escapar el aire por todas partes, y no hay por qué repetir el rosario de palabras inconvenientes que rezaba en voz baja con vivas muestras de impaciencia.

—¡Si las aguas no quieren calentarse, que no se calienten!—gritó, tirando el fuelle.—¡Bien hizo Benita en marcharse ayer! ¡Lo que es, yo, no paro ni dos segundos más en esta dichosa casa!... ¡Créeme, Manuel: aquí no hay ni un ochavito partido por la mitad!

—Eso decía el tendero de abajo, que ya no quiere fiarme nada; pero yo le convencí de lo contrario, asegurándole, como es verdad, que ayer fuí á llamar al tapicero para que alfombrase la sala, y al dorador para que dorase los marcos de los cuadros y los espejos.

—¡Tá, tá, tá!... ¡Tantas veces los manda á llamar, y luego no quedan en nada!... ¡Eso no es más que un subterfugio para que no se adivine la maraña!...

—¡Yo creo que es avara!

—¡Pobre!

—¡Quita allá, mujer, y tú misma has visto el traje que se acaba de hacer para ir al baile de la embajada!... ¡Mira como yo no me compro una chaqueta mejor que esta, porque no tengo dinero!

—¡Ya verás cuando estés en Madrid algun tiempo como aprendes á gastar lo que

no tienes!... ¡Aquí todo es farsa!... ¡Aquí todo el afan es aparentar mucho lujo, sea como se quiera!... Yo he estado en algunas casas, en donde se servian pollos á la mesa, y en donde se escatimaban hasta los mendrugos de pan en la cocina: he visto más; he visto á un infeliz pollo, convertido en pollo de respeto, ir por espacio de quince días de la mesa á la alacena, para ser enterrado al fin en la espuerta de la basura, en vez de serlo en los hambrientos estómagos de los que solian contentarse con su olor y con el placer de que lo vieran sus amigos. Casas hay, en donde amos y criados ayunan toda la semana para comprar las velas que alumbren su tertulia dominguera, y las hay en donde unos y otros duermen sobre un gergon sin sábanas, miéntras la sala esta puesta con gran lujo. ¡Eso, sí, todas las mañanas hay que cubrir la cama de los amos con una colcha de seda, figurando el embozo con una tira de finísima holanda, guarnecida de puntillas, lo mismo que los almohadones! Yo he estado en casas en donde los criados se veían obligados á hacer el gasto diario, y cuando llegaba el momento de ajustar cuentas, los echaban bonitamente á la calle, tra-

tándoles de ladrones, y tardando mucho tiempo en entregarles lo suyo. Por supuesto, que no les venía tan mal á los criados el que los llamasen ladrones, pues solían ajustar las cuentas de modo que su dinerito ganase el veinticinco por ciento, si tenían la fortuna de cobrarlo. En una casa he estado yo, en donde el ama no necesitab cofres ni armarios para guardar sus vestidos y pañuelos, porque no hacían más que ir y venir de su cuerpo á la prendería. ¡Para ver á Madrid por dentro, no hay más que servir como yo quince años, tener mal genio, é ir rodando de casa en casa.

Aquí llegaba la maritornes de su edificante discurso, cuando sonó repentinamente la campanilla, y tanta prisa debía tener el que llamaba, que la hizo resonar tres veces consecutivas, sin que mediase de una en otra vez el espacio de un segundo.

Casi al instante se presentó Teresa en el dintel de la puerta. Traía el semblante severo y el aire enojado.

—¿Qué haceis aquí?—gritó con tono brusco.—¿En qué estais pensando?... El chocolate...

El criado, que se había quitado la go-

rra, empezó á darla rápidas vueltas en sus manos.

—Es que,—dijo con timidez,—la señora sin duda se habrá olvidado que ayer no me dió el dinero, cuando se lo pedí para hoy...

—¡Cómo... ¿No tienes dinero?... ¡Tanto has gastado!... ¡Me parece, Manuel, que no vamos bien! ¿Pero por qué no me lo has vuelto á pedir? ¿Por qué no has puesto de lo tuyo? ¿No te habían pagado tu sulario en la otra casa?...

Manuel vaciló sobre sus piernas: tan fuerte había sido el puntapié aplicado á su tobillo izquierdo por su maliciosa y expresiva compañera.

—¿Tampoco tenía Catalina?—prosiguió Teresa.

—¡Yo, señora,—dijo la maritornes guiñando un ojo al aturdido Manuel;—yo no tengo dinero para remediar trampas ajenas!

—¡Insolente — gritó Teresa.—¡Véte al instante de mi casa!...

—¡Pues sí que me iré! ¡Como que no deseaba yo otra cosa! ¡Ya me lo dijeron ántes de entrar; ya me dijeron que aquí no se puede tener más que un criado, y que para tener tres, se los echa á la calle á los quince

días, se les da la mitad de lo que ganan, y con esto, y con estar otros quince días sin ninguno, se guardan las apariencias!

—¡Catalina!—gritó Teresa, poniéndose roja de cólera, al ver descubierto su manejo.

—¡Ya me voy, ya me voy!—vociferó la criada, procurando gritar más que su señora.—¡Pero ántes he querido decirla la verdad, porque álguien se la ha de decir en este mundo!

Cogió su lio, que ya lo tenía hecho, y se marchó, dando un golpazo á la puerta; pero casi al instante volvió abrirla, y á asomar por ella su rostro amoratado diciendo:

—¡Ahí ha estado su compinche de usted, Samuela! ¡Ha venido tres veces esta mañana, y sin duda querrá llevarse el ajuar de la cocina para que coman ustedes hoy!

Y despues de lanzar este sangriento epígrama, la grosera criada desapareció, satisfecha, segun ella decía, de haber desembuchado las verdades

En esto resonó otra vez la campanilla.

—¿Qué hacemos?—dijo el honrado asturiano, lleno de consternacion.—¡Es el amo que pide el desayuno!...

—¡Toma! —dijo Teresa, arrojando sobre

el fogon una moneda de oro.—¡Que traigan el chocolate del café, el almuerzo y la comida de la fonda, y cuando venga Samuela que pase á mi aposento!

Y Teresa se marchó al pronunciar estas palabras con el aire altivo de una reina.

—¡Yo tenía razon!—murmuró el asturiano, contemplando con embeleso la moneda. —¡No es dinero lo que falta aquí, sino entendimiento y buen gobierno!

. . . . . .

Tres horas despues marido y mujer se desayunaban en silencio, sentados el uno enfrente del otro. ¡Nada entre ellos de mútuas atenciones, de expansivas confidencias: eran dos extraños, unidos entre sí por una pesada cadena, que sólo la vanidad hacía ménos pesada. El interes era lo único que había presidido á su matrimonio. Gervasio había pretendido á Teresa por creerla rica, mucho más rica de lo que era en realidad; Teresa había aceptado los obsequios de Gervasio, porque vivia en Madrid y prometia realizar el sueño de su ambicion insaciable; y ambos habían hallado el castigo de sus mezquinas é interesadas miras en donde habían creído hallar la recompensa.

En aquel instante estaban mudos y sombríos, pensando él en sus desgraciados negocios de la Bolsa, en las especulaciones negativas de su Banco, en sus diferentes empresas fallidas; cosas todas que, si se habían sostenido hasta entónces sin dar una ruidosa explosion, era merced á esos prodigiosos milagros de equilibrio que se efectúan muy á menudo en el comercio; verdaderos castillos de naipes, que el más leve átomo de viento puede hacer venir al suelo. ¡Y hé aquí que ese átomo de viento había soplado!... ¡Hé aquí que su aparente fortuna se había deshecho repentinamente, como una burbuja de agua, dejando en su lugar la oprobiosa bancarrota y la miseria horrible y merecida!...

¡Tales eran los lúgubres pensamientos que agitaban á Gervasio!...

En cuanto á Teresa, ya no pensaba, como otras veces, en el modo de salir del día, en su traje de baile, en el carruaje de lujo que se vería obligada á alquilar, en sus guantes, en su ramillete; ya no pensaba en nada de esto; en su mente bullia un proyecto más vasto, y la fortuna con todos sus goces se ofrecía á sus ojos.

—¡Esto no puede seguir así!—dijo repentinamente Gervasio.

En vez de continuar, sacó su petaca de oro, y de ella un enorme puro, y se puso á contemplarlo.

Teresa le miró fijamente, y tomó por costumbre una expresion ceñuda; ya sabía que cuando su marido la dirigía la palabra era para promover una cuestion

—¿Qué hay?—dijo con tono breve.

—¡Hay,—repuso Gervasio,—que ya no me queda ningun recurso!... ¡Hay, que ya no poseemos nada más que esta petaca de oro, último resto de esplendor pasado, último trofeo de mi vanidad ridícula!... ¡Hay, para decirlo todo de una vez, porque el disimulo me repugna, que me he convertido en ladron de mi propia casa, entrando furtivamente en tu cuarto á las altas horas de la noche, y robándote el aderezo que te regaló Donato!... ¡Queria tentar por última vez la suerte!... ¡Queria ver si una carta me devolvia la fortuna!... ¡Lo he jugado!... ¡Lo he perdido!...

Gervasio, que había pronunciado con suma volubilidad estas palabras, sorprendido de no haber evocado ya con ellas la tor-

menta, alzó sus sorprendidos ojos, y los fijó en Teresa.

Teresa había desarrugado el ceño, y aparecía tranquila y resignada.

—Cuanto me acabas de decir lo sé,—respondió con perfecta calma.—Se encargó de revelármelo un amigo oficioso, á quien encontré esta mañana, y ya ves que no te hago ningun cargo.

—¿Puedes hacérmelos, por ventura!—exclamó Gervasio, que deseaba descargar sobre álguien la furia que rugía en su pecho destrozado.—¿Puedes hacérmelos tú, que me has conducido, arrastrando paso á paso, por el camino del lujo y de la vanidad, al abismo espantoso de la ruina y la deshonra? ¡No, no; tú, mujer vana, frívola é inconsiderada, no puedes hacerme ningun cargo! Antes de conocerte, y cuenta que yo tenía ya cuarenta años, era un hombre como todos los demas, respetando las leyes del honor, atento al cumplimiento sagrado de mis deberes, sin ambiciones desmedidas, sin vanidad necia y pueril que empañase todas mis acciones! Me casé contigo: tú eras más rica que yo; tú eras única heredera de una gran casa, que tenía, no obstante, muchos

atrasos y muchas deudas. Yo quise poner en órden tus negocios, yo quise levantar tu hacienda; hasta quise sacrificar mis antiguos gustos, estableciéndome en el campo... Pero tú, que sólo deseabas brillar; tú, que sólo anhelabas la vida de placeres bulliciosos y desordenados, gritabas sin cesar á mis oídos: ¡A Madrid! ¡Vamos á Madrid! Lo quiero! Y este grito me atormentaba por mañana y noche, en la cama, en la mesa, en todas partes. ¡Fuí débil y cedí!... Así que llegamos á la córte, te engolfaste en la sociedad, empezaste á derrochar el oro á manos llenas. ¡El afan del lujo te corroía el alma! ¡A cada una de mis súplicas, á cada una de mis observaciones, contestabas con altivez. «¡Soy rica! ¡Gasto de lo mio!» Entónces, humillado, envilecido á mis mismos ojos, quise, con los escasos restos de mi propio caudal, improvisarme una fortuna. ¡La improvisan tantos en el día! Aquel fué el primer paso que dí en la senda del precipicio, en donde estoy sumido ahora... ¡Mis negocios al principio me produjeron buenos resultados! ¡Este fué el néctar venenoso con que quiso embriagarme la fortuna!. . ¡Me puse al frente de varias empresas; fuí direc-

tor de un Banco! ¡Entónces sentí hervir en mis venas la fiebre de tu locura, me sentí atacado del contagio de tu ambicion loca é insensata! ¡Querias coches, caballos, preseas! Yo tambien los quise: tú querias brillar en los bailes; yo en el casino, en el teatro, en las carreras de caballos... ¡Pronto mi vida fué tan disipada como tu misma vida! Loca tú, deslumbrada, envanecida, quisiste un título, y yo vendí hasta el último rincon de tierra que poseias en Motril para comprarlo. ¡Te digo que tu fiebre se había comunicado á todo mi ser; te digo que estaba ya tan demente como tú, quizas más demente que tú, en aquella época funesta!... El primer reves de la fortuna me hizo recobrar la razon. Quise retroceder en mi camino: te lo dije, y me contestaste con una insolente carcajada. ¡Desde aquel instante mis negocios se embrollaron cada vez más, cada vez más se aparecian, distintamente á mis ojos, con su faz escuálida, con su lúgubre ropaje, el deshonor y la miseria!... Quise luchar, quise vencer. . ¡El oro de mis compañeros estaba á mi alcance: hundí mis manos en las cajas ajenas, confiadas á mi lealtad, de las que era depositaria mi hon-

radez!... Un crímen conduce irremisiblemente á otro crímen. ¡Para cubrir mi desfalco, recurrí á los azares del juego! ¡Gané; gané sumas inmensas, que desaparecían en el golfo anchuroso de nuestro comun desórden! ¡En una palabra: ayer jugué tu aderezo y lo perdí! ¡Ya ves que he descendido hasta el último peldaño de la degradacion humana, entrando en tu cuarto como un ladron, robándote una joya! ¡Esta joya era mi única esperanza! ¡Hoy se presenta el Banco en liquidacion; hoy vencen todos mis compromisos! ¿Qué recurso me resta? ¡El suicidio! ¡La fuga!... ¡Mujer, mujer, yo fuí débil, fuí culpable; ¿pero crees que cuando comparezcas ante el Trono del Eterno no tendrás que darle cuenta de haberme empeñado, arrastrado en una senda á cuyo extremo se hallan todos los delitos?

La voz de Gervasio era vibrante y dura. Se había levantado, y con los brazos extendidos hacia Teresa, parecía evocar sobre ella los rayos de la cólera divina.

Pero Teresa no se inmutó.

—Siéntate,—le dijo sonriendo;—siéntate y hablaremos.

Gervasio, desconcertado por aquella fría

calma, se dejó caer de nuevo en la silla que ocupaba.

—Díme,—prosiguió Teresa con ironía; —ántes de conocerme, ántes de sentir el maléfico influjo de mi ejemplo, ¿no cometiste ningun otro delito?

Gervasio se turbó; su rostro, inflamado, se tornó instantáneamente pálido.

—Más de una vez,—dijo con tono lúgubre,—más de una vez he pensado que esto era expiacion de aquello! ¡Crímenes horrendos, que cometemos en la juventud por pasatiempo, que expiamos con lágrimas de sangre en nuestros viejos dias, sin que tal vez queramos comprender que nuestra amargura es un castigo justo que nos impone la justa Providencia. Tenía apénas veinticinco años entónces,—prosiguió melancólicamente, abandonándose por completo á sus recuerdos.—Vine á Madrid con una comision de mi empleo. Yo era en Sevilla empleado del gobierno; tenía doce mil reales de sueldo, y una esposa jóven y bella, á quien amaba tanto por su belleza como por la bondad de su alma y su angélica dulzura. Vine á Madrid, y la dejé. ¡Su recuerdo me perseguia por todas partes, y no obstante... Un

dia entré en una tienda para comprar algunos objetos que ella me encargaba... Ví en el mostrador á una mujer, y la dirigí, por puro pasatiempo, algunos galanteos. Tuve precision de volver, obligado por los mismos encargos... al principio volví por precision, luego volví por gusto... ¡Aquella mujer era esposa, aquella mujer era honrada! Pero había concebido un capricho por ella, y era fuerza que lo satisfaciera. Pronto comprendí que la infeliz amaba frenéticamente el lujo, y que se abrasaba en el deseo de adornarse con los atributos de otra clase... Redoblé mis seducciones; tuvo galas, preseas: su marido estaba ausente, y yo pude conducirla sin peligro á los bailes, al teatro. La desvanecí con las vistosas galas, la deslumbré con los placeres. La inocente creía que aquella vida no debiese concluir nunca. Pero volvió el marido... El capricho estaba satisfecho, las dificultades me enojaban. Regresé á Sevilla sin verla, sin hablarla. ¡Sin dirigirla ni una sola palabra de consuelo! ¡Pobre Clara! ¡A los pocos meses supe por un amigo que había huido de su marido, llena de vergüenza y de remordimiento; supe despues, que había muerto en la flor

de su juventud, en el apogeo de su belleza!

—¿Y no sabes nada más?—preguntó Teresa.

Gervasio levantó la cabeza, que había escondido entre sus manos, y la miró fijamente.

—¡Pues yo se más! ¡Mucho más!—Repuso la primera—Escucha... ¡Hace quince años llegó á Sevilla una mujer, pálida, demacrada, moribunda!... Esta mujer acechaba continuamente la puerta de tu casa; esta mujer no tenía casa ni abrigo. Una vieja de esas que acostumbran inmiscuirse en los negocios ajenos, pero que tenía un corazon excelente, la hizo algunas preguntas, se enteró de su desgracia, y aunque sólo tenía por albergue un miserable chiribitil próximo á tu vivienda, se lo ofreció de buen grado. No pudo ejercer su caridad por mucho tiempo. La infeliz murió dando á luz una tierna niña.

Has dicho que tu esposa era un ángel, y has dicho bien, Gervasio. Cuando el Rey de los Cielos iba á visitar á la triste moribunda en su agonía, se encontró con tu esposa que venía de paseo. Tu esposa sabía que en aquella casa habitaba la miseria, y no quiso

pasar de largo. ¿Fué la Providencia, ó la fatalidad, quien la arrastró á asistir á aquel lúgubre cuadro del dolor humano?...

Al verla junto á su lecho, la moribunda lanzó un grito de dolor y de cólera, pero al oir las palabras consoladoras de tu esposa, y sus piadosos ofrecimientos, se arrojó en sus brazos, la hizo una confesion de sus culpas inmensas y sus inmensas desventuras, y la entregó á su niña, recien nacida, á la que acababan de bautizar en aquel mismo instante.

Despues dobló la cabeza, como una lozana flor tronchada por la tormenta, y se durmió en el seno del ángel de la expiacion, que purifica el alma. Tu mujer, triste y gozosa á la vez, llena de santo entusiasmo por la accion magnánima que iba á llevar á cabo, entró en tu casa con la niña desamparada en los brazos, y te suplicó de rodillas que la admitieras por hija...

—¡María Juana!—gritó Gervasio, poniéndose de pié, y con el acento de un dolor inmenso.

—Ella no quiso,—prosiguió Teresa,—avergonzarte, humillarte delante de sí misma, con la relacion que acabo de hacerte.

Guardó los papeles que atestiguaban el nacimiento de la niña, las cartas que te dirigia su madre, llamándote en su auxilio; lo guardó todo en un pequeño pupitre, y dejó al tiempo el cuidado de revelarte estos sucesos... ¡Pero el tiempo la trajo una muerte inopinada y repentina!

Dos años despues de ser yo esposa tuya, registrando el viejo pupitre, hallé la clave del secreto, hallé el por qué de que estuviera á tu lado aquella niña misteriosa, á la cual querias con tanto extremo.

Gervasio, trasportado de ira, se abalanzó hacia su mujer.

—¡Lo sabias,—dijo con tono amenazador;—sabias que era mi hija, y la declarabas una guerra sorda y sin tregua, para perderla en mi concepto, para destruir mi cariño, acabando por expulsarla ignominiosamente de mi casa!

Pero así que hubo pronunciado estas palabras, sucedió á su furia un total abatimiento. Dejó caer los brazos, y prorrumpió en sollozos.

—¡María Juana, pobre María Juana!—exclamó fuera de sí.—¡Quién más culpable que yo, hombre débil y cobarde, que te

amaba, y no obstante, consentía en que te arrancaran de mis brazos.

—¿Querias que dejase junto á tí,—murmuró Teresa con voz sorda,—aquella rival peligrosa, á quien me posponias, y que si se hubiera descubierto el misterio, podía llegar á ser más peligrosa todavía? Pero si algo se ha hecho mal!—repuso sonriendo,—aun es tiempo de repararlo, y mucho más cuando en esta reparacion va envuelto el bienestar de todos. ¡María Juana, pobre ayer, es rica hoy! ¡El esposo de su madre, y á la vez tio suyo, la ha dejado heredera de cuantiosos bienes, que ascienden á un millon y medio!

Gervasio la miró con aire estúpido, como si nada hubiese comprendido.

—María Juana es menor de edad,—prosiguió Teresa:—reconócela; yo no tengo hijos, y te daré mi consentimiento. Reconócela; serás tutor de tu hija, y podrás manejar sus intereses.

—¡Teresa!... ¡Teresa!...—gritó Gervasio con voz estridente. ¡Tú me aconsejas, tú pretendes que especule con la herencia de mi hija!...

—Yo no te aconsejo nada que no sea justo! ¡No siempre has de ser desgraciado en

tus cálculos; no siempre han de fracasar tus empresas! ¡Sal del ahogo del día, y te juro que nada haré para contrabalancear tus intenciones, sean las que se quieran! El viejo tio de la niña acaba de morir, y no tenemos tiempo que perder. Sólo hay una dificultad: he perdido, sin saber como, la cartera que contenia los papeles de Clara... ¡Por fortuna, la ha encontrado una prendera y ha venido á traérmela; pero es sórdida y avara!... ¡Tú la verás, y la prometerás cuanto quieras, que de tí y de tu firma hará más caso!... ¡Pronto, Gervasio, pronto!... ¡Que venga un escribano!... ¡Reconozcamos á María Juana ántes de que puedan decir que es por el interes de la herencia!

—¡Ah!—exclamó Gervasio con voz sorda.—¡Rechacé á mi hija pobre y desvalida; la acojo ahora que es rica!...

—¡Tú no sabías entónces los lazos que te unian á ella!... ¡Quieres que una niña de catorce años, sin amparo de nadie, herede un millon y medio, para exponerla á las asechanzas de todos los ambiciosos!...

—Será un préstamo, nada más que un préstamo,—murmuró Gervasio, como hablando consigo mismo.

Su conciencia empezaba á flaquear. Veia por un lado la vergonzosa bancarrota, la miseria horrible; por otro, la fortuna conquistada por un sólo acto de su voluntad; la fortuna que él, con su ingenio y travesura, podía volver triplicada á la heredera.

Teresa observaba, con el corazon palpitante de temor y de esperanza, los tumultuosos y encontrados sentimientos que se iban reflejando en su semblante.

Por último, cuando le vió coger apresuradamente su sombrero y lanzarse fuera del aposento, gritó con una expresion de júbilo inmenso:

—¡Rica, seré de nuevo rica!

## VIII

El lóbrego patio estaba de fiesta; en cada ventana había cinco ó seis cabezas asomadas, y las vecinas hablaban á la par y con tanta algarabía, que no bastaban los sonoros écos á recoger y transmitir sus palabras.

Es que se preparaba un grande acontecimiento, y ellas habían sido actoras en este acontecimiento.

La casa habitada por el señor Anselmo, en la cual había puesto sus sellos la justicia, iba á ser abierta aquella mañana misma para dar posesion de ella á sus herederos.

Ahora, bien: los herederos eran los sobrinos de Úrsula: eran Márcos y Claudina.

A las vecinas les parecía tanto más monstruosa é injusta esta sentencia de los jueces, cuanto que todas unánimemente habían de-

clarado haber visto, tocado y leído la última disposicion del señor Anselmo, nombrando heredera universal á una sobrina suya, llamada María Juana.

El que representaba á María Juana, que era nada ménos que su propio padre, había acusado á Márcos y á Claudina de haber robado y hecho desaparecer este importante escrito, para que tuviese fuerza el testamento otorgado ántes por el señor Anselmo á favor de su tia Úrsula, de la cual eran legítimos herederos; aduciendo como prueba de su acusacion, ademas del testimonio unánime de las vecinas, el singular empeño del presunto heredero de echarlas de la casa mortuoria, en unos momentos angustiosos, en que tanto se necesitaba de auxilios y consuelos. Aducía la declaracion del mismo médico, el cual había enviado á la casa á una hermana de la caridad, visto el extraño y absoluto aislamiento en que se hallaba Claudina. No dejaban de ser tambien pruebas morales y convincentes, las confusas declaraciones de esta, sus lágrimas, sus suspiros y las incoherentes palabras que pronunciaba en los interrogatorios, no teniendo tampoco Márcos más aplomo, pareciendo aver-

gonzarse y aturdirse en presencia de su hermana.

Sin embargo, como los jueces suelen atenerse á la letra escrita, y la letra escrita estaba completamente á su favor, si bien las aseveraciones de la parte contraria sirvieron para enredar un pleito, que tardó en desenredarse cerca de un año, no pudieron inclinar la balanza, que cayó con todo su peso del lado de Márcos y Claudina, obteniendo los acusadores por premio de su empeño el cargo de las costas y demas gastos consiguientes.

—*¡Allá van leyes donde quieren reyes, hijas!*—decia Samuela con tono contristado.—Y pensar que yo misma lo he leído con mis propios ojos, y que no han de creer mis palabras, y que han de venir esos sobrinos á alzarse con la herencia!... ¡Ahí es nada lo que pierdo, porque los acreedores del padre estaban á la expectativa, y sólo esperaban la sentencia para echarse encima; de modo, que si algo le queda, que no lo creo, ellos serán los primeritos que se cobren!... ¡Lástima de cartera! ¡Un negocio tan bonito!...

—¡Qué lástima de millon y medio, digo

yo!...—exclamó una vecina,—porque, segun tengo entendido, los sobrinos se hallan en el mismo caso, y apénas tendrán con que pagar sus deudas, aumentadas con el mucho dinero que les han adelantado para terminar el pleito.

—¡Ahí me las den todas! ¡Yo no pienso más que en una cosa! Figuráos que el padre en cuestion iba á hacer bancarrota el mismito día en que se murió el señor Anselmo, y ahora se cayó la casa acuestas, perdida la esperanza de la herencia. ¡Ya! ¡ya! ¡No se adonde irán á parar los lujos de mi hermosa parroquiana! ¡Cuando se leyó la sentencia estaba amoratada de ira!

—Pues no se mostró más placentera Claudina, que no cesó de llorar ni un sólo instante.

—Pero Márcos parecía un pavo de engreido y satisfecho.

—¡Ya lo creo! ¡Con tanta trampa como tenía encima de sus costillas!

—¡Dicen que á Claudina la ronda otra vez el novio que la dejó por pobre!

—¡Pero ella no le atiende, y hace lo que debe!

—¿Y donde está esa bendita chica,

causa de tanto belen?—preguntó una vecina.

¡Toma! ¡En Andalucía, sin dársela un ardite de la herencia! Cartas van y cartas vienen, y ella no quiere venir. ¡Dice que se rie de las riquezas, y que prefiere su tranquilidad! ¡Qué prefiere su saya! burdo á los vestidos de seda, y el pan ganado honradamente con el trabajo de sus manos, á comer ricos manjares en la mesa de su madre adoptiva, que la hizo en otro tiempo esclava de sus caprichos. Que su padre la echó de su casa cuando niña, y que ahora está bien en donde está. Y otras mil sandeces que ensarta en cada epístola. ¡Ni porque se haya escrito al alcalde, ni al señor cura, nada, no hay quien la haga venir!

—¿Serán amores?—dijo la nodriza.

—Algo puede ser que se mezcle el pícaro amor en todo esto, aunque la niña no tiene más que catorce años... Mi parroquiana sospecha que está enamorada de uno que no la quiere, porque quiere á otra; y así es que no ha perdonado artificio para arrancarla de allí; pero parece que la niña es el ojo derecho de toda la gente del lugar, y hasta el cura y el alcalde han dado en protegerla...

¡Chiton!... ¿No oís ruido en la calle? ¿Si vendrán ya?...

La atalaya de la buhardilla corrió á verlo.

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué de gente! -dijo volviendo á asomarse.—¡Toda la del barrio está en la calle! ¡Tanto, que apénas podían pasar dos coches que se han parado á la puerta!

—¡Será la Justicia!—exclamó Samuela.

—¡O los herederos!—objetó la nodriza.

—Vamos abajo, vamos...

Todas las cabezas desaparecieron á la par, y el patio quedó en silencio.

Pero el tumulto y la algarabía se trasmitieron á la calle.

Era, en efecto, la justicia, como la llamaban las vecinas, la que descendió del coche, bajo la forma de un juez de paz, un escribano y dos testigos. En el segundo coche venian Claudina y Márcos, con otros dos testigos. Ambos hermanos estaban vestidos de negro; ambos tenían el ademan sombrío y preocupado.

Ni uno ni otro eran ya ni la sombra de sí mismo.

Estaban flacos, pálidos, demudados; la inquietud, la pena, los remordimientos, les

habían impreso en el rostro sus huellas funestas é indelebles.

¡En aquel momento, al penetrar en aquella casa, en donde no habían puesto los pies desde la última espantosa escena, creian ver alzarse delante de ellos los cadáveres del señor Anselmo y de Úrsula, para maldecirlos é infamarlos!

Las miradas de Márcos y Claudina se encontraban sin cesar, á pesar suyo, para desviarse al instante y buscar el suelo. ¡Tenían vergüenza de sí mismos! ¡Tenían miedo de su propia conciencia!

¡Sólo Dios sabe cual había sido su vida durante aquel año en que se habían entregado con más locura á los placeres, para hacer que entre su torbellino enmudeciera aquella voz terrible, que resonaba sin cesar dentro de su corazon para acusarlos! ¡Días de aparente júbilo y noches de tortura verdadera, habían sido para ellos los que formaban aquel año memorable!

Cuando el juez puso la llave en la cerradura, Claudina se acercó á su hermano temblando, y le dijo en voz baja:

—¡Oh, si lo que ha sido pudiese dejar de ser!

Márcos la apretó el brazo, y la obligó á guardar silencio.

¡En verdad que todos los circunstantes experimentaron una sensacion penosa cuando la puerta se abrió de par en par, saliendo de ella un aire espeso y sofocante!... ¡Parecía que se exhalaba como un sordo gemido de aquel mostrador cubierto de polvo, de aquellos anaqueles llenos de objetos, que ya no debía tocar la mano de su dueño!...

Pasaron por la tienda con el corazon oprimido, y penetraron en la estancia iluminada por la débil claridad del patio...

Allí estaba la poltrona del señor Anselmo vacía, vacío su lecho, vacío el lecho de la pobre Úrsula.

Estaban vacíos para todas las miradas, ménos para las de Márcos y Claudina, que de uno y otro lecho creían ver alzarse dos sombras acusadoras...

Era tal su espanto que á la primera palabra pronunciada por el escribano dieron un grito; dieron un grito al ruido que produjo una llave que cayó rodando al suelo.

El escribano se sentó gravemente delante del pupitre y levantó el acta.

El silencio que reinaba en la estancia

tenia algo de solemne y siniestro al mismo tiempo.

Los vecinos habían ido adelantando paso á paso, y formaban ya una muralla detras de los testigos.

De pronto, entre todos aquellos rostros animados por la curiosidad asomó un rostro demudado y lívido.

Era el rostro de Teresa.

—¡Protesto!—dijo con una explosion de ira, que ya nada bastaba á contener.—¡Protesto contra la injusta causa y arbitraria sentencia que despoja á mi hija adoptiva, á la sobrina del difunto, de sus legítimos derechos!

—¡Es cosa juzgada!—respondió una voz.

—¡Protesto! ¡protesto!—repitió Teresa con creciente furia —Y ya que no otra cosa, he venido para decir delante de vosotros todos á ese hombre y á esa mujer, que son unos ladrones... ladrones infames, que han robado la herencia de una huérfana, más viles que los salteadores de caminos, pues han cometido el crímen, poniéndose al mismo tiempo bajo el amparo de la ley!

Ni Márcos ni Claudina respondieron. En vez de responder, ambos giraban en torno

Márcos la apretó el brazo, y la obligó á guardar silencio.

¡En verdad que todos los circunstantes experimentaron una sensacion penosa cuando la puerta se abrió de par en par, saliendo de ella un aire espeso y sofocante!... ¡Parecía que se exhalaba como un sordo gemido de aquel mostrador cubierto de polvo, de aquellos anaqueles llenos de objetos, que ya no debía tocar la mano de su dueño!...

Pasaron por la tienda con el corazon oprimido, y penetraron en la estancia iluminada por la débil claridad del patio...

Allí estaba la poltrona del señor Anselmo vacía, vacío su lecho, vacío el lecho de la pobre Úrsula.

Estaban vacíos para todas las miradas, ménos para las de Márcos y Claudina, que de uno y otro lecho creían ver alzarse dos sombras acusadoras...

Era tal su espanto que á la primera palabra pronunciada por el escribano dieron un grito; dieron un grito al ruido que produjo una llave que cayó rodando al suelo.

El escribano se sentó gravemente delante del pupitre y levantó el acta.

El silencio que reinaba en la estancia

tenia algo de solemne y siniestro al mismo tiempo.

Los vecinos habían ido adelantando paso á paso, y formaban ya una muralla detras de los testigos.

De pronto, entre todos aquellos rostros animados por la curiosidad asomó un rostro demudado y lívido.

Era el rostro de Teresa.

—¡Protesto!—dijo con una explosion de ira, que ya nada bastaba á contener.—¡Protesto contra la injusta causa y arbitraria sentencia que despoja á mi hija adoptiva, á la sobrina del difunto, de sus legítimos derechos!

—¡Es cosa juzgada!—respondió una voz.

—¡Protesto! ¡protesto!—repitió Teresa con creciente furia —Y ya que no otra cosa, he venido para decir delante de vosotros todos á ese hombre y á esa mujer, que son unos ladrones... ladrones infames, que han robado la herencia de una huérfana, más viles que los salteadores de caminos, pues han cometido el crímen, poniéndose al mismo tiempo bajo el amparo de la ley!

Ni Márcos ni Claudina respondieron. En vez de responder, ambos giraban en torno

sus azorados ojos. ¡Les parecía imposible que aquella voz acusadora viniese de la puerta, y no de los lechos mortuorios!

El juez respondió por ellos.

—Ha dicho usted muy bien, señora que los herederos están bajo el amparo de la ley: por lo tanto, repórtese usted, ó salga de este sitio.

—La firma de los interesados,—dijo el escribano.

Márcos y Claudina se acercaron al pupitre.

Sus manos temblaban tanto, que no podían sostener la pluma, y el escribano tuvo que señalar por tres veces el sitio en donde debían poner su firma.

¡No veían!

Firmaron despues los testigos, y en seguida se procedió á levantar los sellos.

A cada una de estas formalidades llevadas á cabo, Teresa soltaba una imprecacion ó un denuesto; pero subió de punto su ira cuando vió que el escribano entregaba á los herederos la llave de un arcon de hierro, que había traido consigo en el coche, y en el cual se encerraba el codiciado tesoro, doblon sobre doblon!

¡Oh, cómo le había visto ella girar por delante de sus ojos en sus noches intranquilas! ¡Cómo había soñado que hundía en él sus manos trémulas de alegría!

Dió un sordo rugido de cólera al ver aquella funesta llave, emblema de la fortuna y se clavó las uñas en el pecho.

Entre tanto, Samuela, codeando á este y á aquel, se había ido abriendo paso hasta ponerse al lado del escribano.

—¡Pobrecilla Úrsula,—decía en voz baja y con suma volubilidad á la vecina de la buhardilla, que era la que con más intrepidez la había seguido;—hé ahí su almohadilla como ella la dejó... ¿Vé usted ese hule arrugado que cubre el escritorio? ¡Ahí mismo cayó, y se conoce que se había asido del hule para sostenerse! ¡Me parece que veo aun las huellas de sus manos, trémulas y descarnadas!

Al decir esto, quiso estirar el hule, y tocó un papel.

—¡Calle!—repuso, sacándolo con mucho disimulo.—¡Qué lastima que no traiga yo mis antiparras! ¿Qué dice ahí, vecina?

Esta lo tomó, y lo leyó en voz baja.

—Yo no entiendo nada de justicia,—

dijo;—pero me parece que esto puede servir.

Samuela, que gustaba sobremanera de entremeterse en todo, se lo arrebató de las manos y se lo dió al escribano.

—¡Poco á poco!—gritó este, dirigiéndose al juez y á los testigos que ya se marchaban.—¡Lo hecho está mal hecho!

Resonaron tres gritos simultáneos de terror y de esperanza, y todos los circunstantes se agruparon en torno del escribano con una ansiedad indecible.

—Una última disposicion de Úrsula,—dijo éste hablando muy de prisa;—una últi- disposicion de Úrsula, declarando su heredera universal á la niña María Juana... ¡Se conoce que la ha escrito recientemente; quizá en la agonía!... La tinta está fresca: pulso trémulo, pero letra intelegible.

—¿Será cierto?—gritó Teresa, abalanzándose hacia él y arrebatándole el escrito. —¡Eso es, eso es! ¡La providencia ha sido justa! ¡María Juana es la heredera! Ahora, ladron infame,—prosiguió dirigiéndose á Márcos,—no podrás ocultar este documento como ocultaste el otro!

Y bien,—respondió Márcos con voz sor-

da;—ni usted ni yo nos aprovecharemos de la herencia. ¡María Juana tiene esposo, y yo he hecho el casamiento para impedir que viniese á Madrid; yo he escrito á Pedro Moraton que debía casarse con ella, sustrayéndola de este modo al gravísimo peligro que corria si se juntaba con usted! ¡El casamiento se ha verificado ya! ¡Estamos iguales señora!

Dos gritos estridentes respondieron á estas palabras, dos gritos dolorosos, escapados de los labios de Teresa y de Claudina: pero miéntras Teresa se retorcia las manos con desesperacion, Claudina caía al suelo desmayada.

## IX

Corría el año 62... Era á principios de Octubre, y el otoño asomaba su rostro coronado de pámpanos por entre el follaje y mostraba sus manos llenas de sabrosos frutos.

En ningun país del mundo los frutos se ostentan entre las verdes hojas de los árboles con tanta abundancia como en la risueña Andalucía.

El sol había pasado ya de su zenit, y todo era fiesta en aquel cielo azul y diáfano, todo era fiesta en la naturaleza, en donde brisas y fuentes elevaban un grato murmurio de alegría.

Tambien estaban de fiesta los corazones que palpitaban en aquellas fértiles comarcas.

Los entusiastas andaluces iban á saludar

á su reina amada; la reina venía sembrando de beneficios su camino, y los ecos de los montes repetian los vítores y las bendiciones que poblaban los espacios.

En medio de un valle delicioso se levantaba desde el día anterior una tienda de campaña, adornada por dentro de emblemas y de espejos, adornada por fuera de flores y banderolas.

Delante de la tienda corria un plácido arroyuelo; detras se alzaba un florido bosquecillo de naranjos, que daban al viento sus perfumes.

Los altos picachos, las informes crestas de la sierra, yermas las unas, coronados de una lozana vegetacion los otros, limitaban por todas partes el horizonte, y en cuanto alcanzaba la vista no se descubria ningun vestigio de vivienda humana.

Sólo se alzaba como un fantasma, en medio del camino, una antigua torre morisca, sobre la cual había brillado en otro tiempo la orgullosa media luna, que, convertida en rústica posada, ofrecía reposo á los viajeros que iban de Granada á Málaga.

Allí debían de mudar de tiro los viajeros reales; allí habían acudido las diferentes di-

putaciones de los pueblos comarcanos, que venían á ofrecer á la Reina los tributos de su amor y los productos de su industria.

Allí habían acudido tambien con este motivo infinidad de viajeros; detenidos unos por falta de trasportes: detenidos otros por el deseo de asistir á la entrevista de un pueblo amante con su amante soberana.

En la posada, pues, no cabían los viajeros, y muchos habían tenido que pernoctar en el campo.

A la hora de que hablamos, el ancho portalon de la torre estaba obstruido por gentes de todas clases, formaban un golpe de vista original aquel remolino de trajes distintos y distintas fisonomías.

El posadero y la posadera, sentados detrás del mostrador, como dos reyes en su trono, daban órdenes á los toscos criados que iban y venian empujando y derribando á la revuelta muchedumbre.

El portalon tenía dos escaleras que guiaban á los cuartos superiores; una á la derecha, otra á la izquierda, y ambas súcias, oscuras y tortuosas.

En lo alto de la izquierda, apareció de improviso un hombre dando el brazo, ó más

bien sosteniendo á una jóven pálida y demacrada, que fué descendiendo con sumo trabajo los carcomidos escalones.

—¡Cómo ando tan despacio,—decía ésta con débil voz,—necesito mucho tiempo para llegar, y es hora! ¡Qué pesar tendría si no pudiese ver y bendecir á la reina bondadosa que te ha indultado á los tres meses de condena!

El rostro del hombre expresó, si cabe, mayor tristeza que la que expresaba ántes, al oir estas palabras.

Era un rostro que habría sido bello cuando le animasen la alegria y la juventud; pero que había dejado de serlo, marchito, como al parecer estaba, por el sufrimiento.

¡Descansa un poco, descansa,—dijo á su compañera con el tono cariñoso de una madre que quiere alentar á su hijo enfermo.—¡Hace tantos días que no sales de ese oscuro caramanchon! ¡Es preciso ejercitar las fuerzas!...

—¡Oh, si pudiera!...—murmuró la jóven, doblando la cabeza sobre el pecho, para ocultar la lágrima dolorosa que se asomaba á sus párpados.—¿Crees tú que podré llegar á mis queridos campos?—¿Crees que

podré pedirle perdon y darle gracias de rodillas?

—¡Dios es bueno!—se apresuró á decir el hombre con fe profunda.—Dios es bueno!... ¡Esperal...

¡Aquel hombre abatido, aquella jóven exánime, eran Márcos y Claudina!

Llegaron abajo.

—¡Eh... posadero!—dijo en aquel instante una voz de mujer áspera y gangosa al mismo tiempo.—¡Un aposento, el mejor, yo pago bien!

Era una mujercilla quien hablaba así cuya estatura no excedia de la que pudiera tener una niña de ocho años; pero á su naturaleza le había dado el capricho de extenderse por lo ancho, en vez de hacerlo por lo largo, y ostentaba adelante y atras dos magníficas jorobas. A pesar de esto, como si la persona era chica, la locura y la presuncion debían de ser muy grandes, llevaba una graciosa papalina con una pluma de pavo real, y una manteleta de encajes, que dejaba muy al descubierto todas sus hermosas perfecciones.

Llevaba ademas la cabeza tan alta y los pies tan en punta, ayudada por unos enor

mes tacones, que aumentaba con su actitud lo risible del conjunto.

Para hacer más extraño el contraste, seguíala un hombre, ya entrado en años, pero alto y de bellísima apostura. Es verdad que participaba algun tanto del ridículo de su compañera, llevando en el brazo derecho el abrigo de ésta, en el izquierdo un hermoso perrito americano que ostentaba un lazo azul en el cuello, y á mayor abundamiento, en una mano un frasco de esencias, y en la otra una sombrilla y un abanico.

La diminuta mujer, que tambien debía tener muy bien desarrollada la bílis, halló en seguida ocasion para trabar disputa con cuantos halló al paso: con éste porque la pisaba, con aquel porque se sonreía, con el otro porque se ladeaba el sombrero.

—¡Pero, mujer! -la dijo con tono humilde su compañero.

—¡Pero, marido!—gritó ella con su voz chillona y enfática.—¡Yo soy rica! ¡Yo viajo en coche propio! ¡Se me deben consideraciones!

Márcos y Claudina, que se habían quedado inmóviles y como petrificados al pié de la escalera, murmuran al oído el uno del otro:

—¡Es Donato!

—Vámonos, que no nos vea!—dijo la jóven.

—¿Cómo quieres que pasemos? ¡El portal está lleno de gente!... ¡Estémonos quietos, y no nos verá!

—¡Hé ahí...—dijo á este tiempo un señor gordo que estaba delante de ellos, dirigiéndoles la palabra;—hé ahí el resultado de la pereza y de la holgazanería! ¡He conocido á ese hombre cuando era jóven haciendo el vago, y ahora tiene que comer el pan de la vergüenza y la esclavitud! ¡Para qué quiere ese pobre marido más infierno que semejante mujer!

—¿Pero en dónde está Teresa? ¿En dónde está Teresa?—vociferaba entre tanto la mujercilla, golpeando el suelo con sus pies. —¡Parece que se olvida de quién soy y de quién es!... ¡Preciso será recordárselo!...

—¡Pero, mujer!—repitió Donato, que parecía no tener otra frase en su boca.

—¡Al fin y al cabo,—prosiguió la enana sin oirle,—debe hacerse cargo de que es una doncella honrada, y que, aunque yo tenga la bondad de tratarla con el pomposo título de amiga delante de las gentes, en realidad

está para servirme! ¡Me parece que debía acordarse de que cuando su marido tuvo á bien desembrollar sus embrollados negocios con el suicidio, vino á mí llorando, y se ofreció hacerlo todo en mi casa, con tal de que la concediese un asiento en mi mesa, en mi coche y en mi palco!

—¡Pero, mujer! —repuso Donato con tono angustioso, señalándola á Teresa, que acudia presurosa.

¡Ay, Teresa no era ya ni jóven ni bella! Su cara estaba tan embadurnada de blanquete y colorete, que parecía una verdadera muñeca.

Su traje de seda, descolorido y roto, pero sobrecargado de adornos formados de encajes viejos y terciopelos rojos, era el sello de la vanidad humana, ridícula y mezquina.

Ella tambien llevaba en una mano una enorme caja, y en la otra un pequeño mico, que la iba enseñando sus dientes largos y afilados, en señal de enojo.

—¡Tamir se me había escapado! —se apresuró á decir para disculpar su detencion.—¡Es tan revoltoso este bicho!

—Y usted muy torpe, señora,—gritó la mujercilla con tono acre.—¡Cada día es us-

ted más torpe! ¡El caso es que nunca está usted á mi lado cuando la necesito, y si yo me canso, no sé lo que sucederá!...

—¡Vamos á ver!—añadió dirigiéndose al posadero.—¿Me responde usted, sí ó no? ¡Quiero un cuarto!

—¡No los hay!—respondió con sorna el interpelado.

—¿Cómo que no los hay? ¡Yo soy rica!... ¡Yo pago!...

—Sí, hombre; el de la esquina,—dijo la posadera:—suba usted por la escalera de la derecha.

—¡Por esa escalera tan sucia y tan tortuosa!...

—¡Ó por ninguna!—dijo el posadero, que era orgulloso, como buen español, y que ademas tenía la casa llena de gente.

La enana comprendió que no podía escoger, y abriéndose paso por entre los circunstantes con sus codos y denuestos, subió majestuosamente la escalera, arremangándose hasta las rodillas, y seguida de sus dos satélites.

—¡Vamos, hermano, que me ahogo!—dijo Claudina.—¡Esta escena me ha hecho mal!

—¡Salgan ustedes por aquí!—dijo el complaciente señor que tenían al lado.

Y abrió una puertecita que daba al campo.

De repente poblaron los aires entusiastas vivas, resonaron las músicas que acompañaban á las diputaciones de los pueblos, y se oyeron en señal de alborozo infinitos disparos de escopeta.

Era que la regia comitiva se acercaba.

Entónces el inmenso gentío abandonó los frondosos sotos y la sombría posada, para aglomerarse en derredor de la tienda de campaña y á los dos lados del camino.

Los unos agitaban las banderolas amarillas y encarnadas, los otros las palmas y laureles de que venían provistos, y los otros, en fin, tiraban al aire sus monteras

Márcos había colocado á Claudina en primera fila, á la entrada misma de la tienda, y como se hacía una ley de obedecer á sus menores caprichos, hubiera muerto ántes de permitir que nadie la privase de su sitio.

Tampoco era necesario, porque la pobre jóven estaba tan pálida y extenuada, é inspiraba tanto interes y compasion, que cuantos se hallaban junto á ella se esforzaban en

protegerla contra las oleadas de la curiosa muchedumbre.

Creció el entusiasmo de punto, cuando se divisó ya cerca el coche de la ilustre viajera, la cual descendió de él entre los plácemes, los vítores y las bienvenidas, para entrar en la tienda de campaña, en donde halló, en su obsequio, una mesa cubierta de ricos manjares y exquisitos vinos.

Despues que hubo pronunciado algunas palabras elocuentes de amor y gratitud; despues que hubo tomado algunos dulces, se acercaron á ella, hincando una rodilla en tierra y ofreciéndola las primicias de su suelo, los representantes de las diputaciones á quienes Su Majestad fué recibiendo con su gracia sencilla y encantadora.

El último era un hermoso jóven, que, aunque bien vestido, conservaba el pintoresco traje de labrador de su país, formando un raro contraste con los otros diputados, á quienes se despegaban los fracs y los guantes blancos.

Fuese por su belleza, por su traje, ó su ademan noble, y resuelto, lo cierto es que el diputado fué acogido con un murmullo de admiracion; murmullo de que sofocó un

agudo grito, escapado de uno de los ángulos de la tienda.

—Yo te he visto otra vez!—dijo la Reina al apuesto jóven.

—¡Sí, señora!

—¿En qué ocasion?

—¡Cuando fuí á echarme á los pies del régio trono, con el objeto de pedir gracia para un amigo mio de la infancia, condenado á presidio por falsificacion de letras, delito al cual le habían arrastrado su inexperiencia y su juventud!

—¡Me dijeron que habías pagado con sin igual generosidad todas sus deudas.

El jóven se inclinó sin responder.

—¿Cómo te llamas?—repuso la Reina.

—Pedro Moraton.

—¡Pedro Moraton! ¡El que fletó por su cuenta un buque para el trasporte de mis valientes soldados, cuando marcharon á Africa; el que armó todo un batallon de voluntarios, manteniéndolos á sus expensas durante la campaña!.. ¡Bien, Pedro Moraton, muy bien! ¡Actos semejantes merecen el loor de tu patria y de tu Reina! ¿Pero qué cruz es esa que ostentas sobre el pecho?

—La de beneficencia, señora.

—¿Y cómo la alcanzaste?

—En la pasada epidemia.

—¡Buen patricio, buen ciudadano, buen amigo! ¡Bien Pedro, muy bien! ¡Miéntras el Rey de los Cielos concede un premio á tus virtudes, quiere concederte alguno la Reina de la tierra! ¡Recibirás la cruz de Cárlos III y cartas de nobleza para tí y tus hijos!

—¡Ah, señora, mal se avendrian esos títulos con mi humilde traje de labriego!

—¡Pedro, son los nobles hechos, no es el frívolo atavío, los que realzan y prestan dignidad al hombre! ¿Tienes mujer?

—Modesta y virtuosa, señora.

La reina se arrancó una bellísima joya que ostentaba en el pecho.

—¡Dásela,—dijo con acento conmovido, —como un eterno recuerdo del aprecio que me inspiras!

—En este caso, si Vuestra Majestad lo permite, ella vendrá á recibirla de sus regias manos,—dijo Pedro.

Y á una señal de asentimiento de la Reina, fué á buscar á su mujer, confundida entre los espectadores de esta escena.

Adelantóse María Juana, más fresca que una rosa, más encendida que una amapola,

más graciosa con su traje de labradora andaluza que las hadas del paraíso mahometano.

Postróse con sin igual donaire, pero sin igual modestia, á las plantas de su hermosa soberana.

—¡Sé digna de tu noble esposo,—la dijo ésta más y más enternecida;—haz que sus hijos sean dignos de él... ¡Nada más te encargo!

Colocó por sí misma la joya en el pecho de la jóven, y la dió á besar su regia mano.

—¡Viva la Reina de España!—gritó la entusiasmada muchedumbre.—¡Viva la madre de su pueblo! ¡Viva!. . ¡Viva!

Al punto prorrumpieron en bellísimas tocatas las músicas, agitáronse las palmas y las banderolas, y la Reina benéfica que acababa de premiar la sencilla honradez y la virtud humilde, subió de nuevo al coche, colmada de bendiciones.

Siguiéronla los vítores, siguiéronla las bendiciones hasta que el coche hubo doblado un recodo del camino, fué la Reina agitando su pañuelo blanco para saludar al pueblo heróico y magnánimo, digno de sus magnánimos y heróicos sentimientos.

¡Ah, fortuna fué para ella el dejar tan

pronto aquel risueño valle! ¡El dolor va siempre pisando las huellas del placer! ¡No hay ningun placer que no termine en llanto! ¡Esta es la vida!

Pasados algunos momentos, la muchedumbre que se aglomeraba trasportada de júbilo junto á la tienda, estaba reunida en derredor del bosquecillo de naranjos, enjugando sus lágrimas, conteniendo hasta el aliento, y murmurando en voz baja:

—¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!

Sobre un ribazo de olorosas flores yacía una moribunda: era Claudina.

Claudina no había podido resistir al espectáculo de la dicha ajena que debía ser su dicha; débil y enferma como estaba, el exceso del dolor había roto una de las venas de su pecho.

Un médico que se halló allí por casualidad, ordenó que no la moviesen de aquel sitio, en donde había ido á ocultarse para exhalar su dolor en lágrimas y quejas, prodigándola por sí mismo los más solícitos cuidados.

¡Ah, el alma de Claudina, apacible, inocente, tranquila, que necesitaba la felicidad apacible y tranquila para vivir, que no es-

taba templada para las pasiones violentas, no había podido resistir al choque de las embravecidas pasiones que se habían desencadenado en torno suyo, y volvía á su patria, el cielo.

Volvía á su patria purificada por la amargura, y se sentía casi feliz al morir, porque moria sobre sus flores queridas, porque estaban arrodillados junto á ella Pedro y Márcos, los dos únicos seres á quienes había amado en este mundo, y ambos lloraban y ambos gemían con el corazon hecho pedazos.

La sacudida moral había sido tan fuerte, que el cuerpo carecía de fuerzas. Claudina no podía hablar; sus miradas, dulces y resignadas, vagaban de sus rostros queridos al cielo azul y esplendoroso.

—¡Perdóname, perdóname, pobre hermana mía,—decía Márcos en voz baja;—tú, á quien yo he arrastrado al precipicio, y que has sido, no obstante, mi ángel bueno, acompañándome en la cárcel sombría, acompañándome en el oprobioso presidio!...

La moribunda reunió sus fuerzas, intentó hablar por dos veces, y por fin lo consiguió á la tercera.

—Son mis últimas palabras,—dijo son-

riendo al médico, que queria imponerla silencio.

Despues se inclinó hacia su hermano, y le dijo con voz lenta y apagada.

—¡No te acuerdes del pasado, Márcos! ¡Yo te perdono y te amo! ¡Recuérdalo sólo para pensar que en la vida no hay que seguir más que un camino, y es el derecho: que no hay más que un lujo razonable, y es el de las buenas acciones; que no hay más que una fortuna sólida, y es la que se gana con la honradez y el trabajo! ¡Pedro se ha casado con una pobre huérfana para arrancarla al infortunio, y esta le ha traido en dote la dicha y la riqueza!

Calló Claudina un instante.

—¡Pedro, Pedro! —exclamó luego con una explosion de dolor profundo—¡Cuánto te he amado! ¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te amaré en el cielo, en donde me será permitido amarte!

Tuvo que callar otra vez, ahogada en un mar de llanto.

Otros sollozos respondieron á sus sollozos.

Claudina miró á Pedro y á Márcos, y preguntó en voz baja:

—¿Quién llora? ¿Quién se lamenta?

Pedro y Márcos callaron.

—¿Quién llora? ¿Quién se lamenta.—prosiguió Claudina.—¡María Juana!—gritó de repente, como si un amargo recuerdo asaltase su memoria.

Y oyendo que se redoblaban los sollozos, dijo, cambiando de tono:

—¡Ven, María Juana, ven, pobrecilla, ven!

Acercóse á ella la niña, que estaba escondida detras de unos arbustos; acercóse á ella con la cabeza baja y cubriéndose el rostro con el delantal.

—¡Ah,—dijo arrodillándose:—yo soy la causa de tu muerte! ¡Eras tan buena tú con la pobre huérfana, y yo te amaba tanto, que hubiera renunciado á mi felicidad con tal de labrar la tuya!

—¡Tú la mereces, tú!—dijo Claudina pasando su yerta mano sobre la cabeza de la niña y acariciando sus cabellos.

Luego murmuró en su oído.

—¡Hazle muy dichoso! ¡Díle que rece por mí! ¡Enséñales á rezar por mí á tus hijos! ¡No se tienen celos de una muerta!

La emocion la ahogaba; su vida se extinguia.

—¡Quisiera ser enterrada!—repuso al

cabo de un instante;—quisiera ser enterrada junto á la fuentecilla de los Fresnos; quisiera que el señor cura bendijese aquel lugar, y pusiera allí una cruz para recordar á todas las jovencillas mis amigas adonde conducen la vanidad y el pueril afan del lujo!

Calló; calló, durante largo tiempo; durante largo tiempo sólo se oyeron en torno suyo los sollozos comprimidos de los circunstantes.

—¡Márcos, Pedro,—murmuró por fin con voz entrecortada,—sed benditos!

Quiso bendecir á María Juana, y ya no pudo...

Abandonó las manos de Pedro y de su hermano, que tenía cogidas, y cruzó las suyas sobre el pecho.

¡Fijó los ojos en el cielo y exhaló un suspiro.

¡Aquel suspiro era el último suspiro de su alma, que atravesaba los espacios para volar junto al Trono del Eterno!

. . . . . .

Hace algunos meses, queridas hijas mías, pasé por los agrestes montes de Lújar, y visité la fuentecilla de los Fresnos. ¡Allí se alza, en efecto, sobre su florida márgen,

un humilde túmulo; allí descuella una cruz de enebro entre el frondoso ramaje de los árboles!

¡Allí van á esparcir rosas y jazmines todas las jovencillas del contorno; allí van Márcos y Pedro á llorar, cuando la naturaleza llora, cuando el sol se pone!

¡Márcos que trabaja á jornal en casa de su bienhechor, no quiere dejar la azada, no quiere dejar de ser el último de sus compañeros, en expiacion de sus pasadas culpas! Pedro, aunque es dichoso, aunque tiene esposa bella y honrada, tres hermosos niños y cuantiosos bienes, siempre suspira, siempre mira al cielo... ¡Diríase que es en él una costumbre!

María Juana nunca le pregunta por qué suspira ni por qué mira al cielo. Suspira con él y calla...

Pero no callan las auras, no callan los ecos, no callan las avecillas que giran en torno del humilde túmulo, y que parecen repetir incesantemente.

—¡Duerme, duerme en paz, Claudina!

FIN.

# ÍNDICE


| | Págs. |
|---|---|
| I. | 5 |
| II. | 34 |
| III. | 59 |
| IV. | 85 |
| V. | 110 |
| VI. | 130 |
| VII. | 155 |
| VIII. | 180 |
| IX. | 196 |